



21-22

primavera-verano
2000



**Giacomo
Leopardi**
en su
bicentenario

Cayetano Cantú
y los románticos
griegos

Incursiones en la poesía de
Rafael Torres Sánchez, Edén Ferrer

y
Ángel José Fernández

Víctor Toledo: itinerario de la poesía rusa

Esculturas y dibujos de **Aníbal Angulo**

 **UNAM** •  **INBA**

Índice

LA ESCRITURA COMO RADIOGRAFÍA DEL ALMA

- 1 Viaje al corazón de las cosas. Entrevista con Rafael Torres Sánchez por Armando Oviedo
- 2 Jamais de la vie
- 8 Estela de voces
- 10 Poemas de Rafael Torres Sánchez

POEMAS

- 13 Mariángeles Juárez Téllez ♦ Gabriela Borunda ♦ Julián Herbert ♦ Eugenio Valle Molina ♦ Adriana Jáquez Garnica ♦ Carlos Nóhpal ♦ Claudia Posadas ♦ Ricardo Yáñez ♦ Blanca Estela Domínguez ♦ M. E. Germinal

EN MEMORIA DE EDÉN FERRER

- 28 El gran Bricoleur ♦ Verónica Volkow
- 31 Partida ♦ José Luis Sánchez
- 32 Poemas de Edén Ferrer

POETAS DEL TALLER LITERARIO JOEL PIEDRA

- 40 Miguel Ángel Alvarado ♦ Luther Chávez ♦ Jorge de la Luz ♦ Cristina Rivera Garza ♦ Juan Carlos Barreto ♦ Rafael Silva Aguilar ♦ Jorge Arzate Salgado ♦ Óscar Humberto Rosa

EN BUSCA DE LOS ROMÁNTICOS GRIEGOS

- 47 Cayetano Cantú en busca de los románticos griegos

LEOPARDI EN SU BICENTENARIO

- 71 Leopardi y la conciencia trágica de la historia ♦ José Luis Bernal

EN ORDEN ALFABÉTICO

- 83 Notas sobre poesía en lengua inglesa ♦ Federico Patán

- 85 Antología personal de poesía rusa (1799-1972) ♦ Traducciones y notas de Víctor Toledo

ÁNGEL JOSÉ FERNÁNDEZ

- 102 Los reinos de Ángel José Fernández ♦ Enrique López Aguilar
- 110 Entre el paisaje y la campiña ♦ Ángel José Fernández

DE TINTA AJENA

- 113 Villaurrutia en seudónimo ♦ Luis Mario Schneider

MUSAS INQUIETANTES

- 115 Magda Montoya ♦ Rubén Bonifaz Nuño

LA CONDICIÓN DE MELISINA

- 116 Una gramática marina ♦ Jorge Fernández Granados

- 118 VIA ALTERNA ♦ R.R.

- 121 PASO DEL NORTE ♦ Margarito Cuéllar

RESEÑAS

- 124 Incunable de Mariana Bernández ♦ Angelina Muñiz-Hubermann
- 125 Pintura y resurgencia de Henri Michaux ♦ Benjamin Valdivia
- 127 Mascarón de prosa de Francisco Hernández ♦ Eduardo Cerecedo
- 128 Plasticidad y estética en los Cielos de Antigua ♦ León Guillermo Gutiérrez

LA POESÍA VISUAL

- Contraportada
- Iluminaciones de Aníbal Angulo

Ilustraciones de Aníbal Angulo

Director: Vicente Quirarte ♦ **Subdirector:** Raúl Renán ♦ **Consejo editorial:** Rubén Bonifaz Nuño, Coral Bracho, Michel Butor, Elsa Cross, Luis Alberto de Cuenca, Jorge Esquina, Darío Jaramillo Agudelo, Ernesto Lumbreras, Eugenio Montejo, Pablo Mora, Myriam Moscona, Álvaro Mutis, José Emilio Pacheco, Javier Sicilia, Antonio Deltoro ♦ **Secretaría:** Luz María Vallejo ♦ **Corrección:** Carlos Ramón Morales y la Unidad Editorial ♦ **Corresponsales en los estados:** María Luisa Burillo, Margarito Cuéllar, Gilberto Prado Galán, Ciprián Cabrera Jasso ♦ **Diseño:** Ricardo Noriega ♦ **Diagramación y tipografía:** Glypho, Taller de Gráfica, S.C. ♦ **Impresión:** Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, 03600 México, D.F. ♦ El Periódico de Poesía es una publicación trimestral de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM y del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura del INBA. Dirigir correspondencia a: Periódico de Poesía, Edificio C, tercer piso, Zona Administrativa Exterior, 04510 México, D.F. teléfono: 56-22-62-44 o a Brasil 37, colonia Centro, C.P. 06020; tel. y fax 55-26-02-19, 55-26-04-49 ♦ Esta publicación no se hace responsable por originales no solicitados. Los autores son responsables del contenido de sus textos ♦ Certificado de licitud de título número 5850 ♦ Certificado de licitud de contenido 4523 ♦ El Periódico de Poesía es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 2005-91. Distribuido por el Departamento de Distribución de la Dirección de Literatura / UNAM, Edificio C primer piso Circuito exterior universitario.

Viaje al corazón de las cosas

Armando Oviedo

Entrevista con Rafael Torres Sánchez

¿Cuáles fueron tus inicios como lector y de qué manera esas lecturas propiciaron o influyeron en tu escritura?

En rigor, los primeros libros que comencé a leer fueron libros de pintura. No me refiero a las explicaciones que los acompañaban sino a las historias que me contaban los cuadros. De alguna manera, tal acto de iniciación fue doble, porque aunque no las registraba en hojas de papel, las escuchaba, viéndolas, sin dejar de agregarles hechos y sucedidos de la propia invención. Poco después comencé a leer fotografías. He de enfatizar esta palabra: leer. Con el paso del tiempo y, sin proponérmelo, tal acto iniciático se convirtió en un recurso de método extensivo, como dice un son, a los versos del paisaje. Un día descubrí que, en realidad, no escribía: transcribía.

Es innegable que los tropos se usan para que el poema suene. Reconozcamos que la música es inherente a la poesía. ¿Cómo se fusiona en tu obra la parte narrativa con la parte musical?

Atento a la composición más que a su explicación, la música es indesligable de las palabras, pero también del sentido que se les va imprimiendo en el poema, de la dirección rítmica y melódica que sigue éste desde que nace hasta que regresa a su ámbito más íntimo y enigmático: el silencio. Pocos lenguajes como el musical cumplen tan alta función pedagógica: enseñarnos el valor del silencio, sus luces y sus sombras, el colorido y la palidez del marco auditivo de la escena, por decirlo de algún modo. Lo que sugiere la pintura es parecido a lo que sugiere la música. Tal vez a ello se deba que se hable, entre músicos, de fraseos y coloridos melódicos, y entre poetas de musicalidad y visualización.

Existe una dualidad benéfica en tu obra. Abordas el poema largo y el corto, pasas de lo público a lo privado, te sitúas en lo urbano y lo rural. ¿A qué responde este movimiento perpetuamente pendular?

Supongo que al puro y simple acto de andar, como el Pilón Rayo Vac, de Mérida hasta Ensenada. Y luego, a otro recurso de método: la transfiguración de la realidad, como no ha escapado a un incisivo lector. Uno de los poemas largos que dices, aquel que abre *Fragmentario*, se refiere, entre otras muchas cosas, a la Historia con mayúscula y fue compuesto en un cuarto de proporciones sumamente reducidas, lo que, paradójicamente, hizo posible que hubiera aerolitos rebotando entre sus proverbiales cuatro paredes. Es un recurso parecido a la origamia, la descomposición y recomposición geométrica de los metros cuadrados que habita el autor. ¿Quién podría impedirselo? En otras ocasiones, de cara a la vastedad sin perímetros edificadas, la operación resultante es la inversa: una resta implacable, la continencia impuesta por el asombro, ése sí, renovadamente primigenio.

*En *Fragmentario* inicias con reflexiones urbanas y públicas, pero de igual manera hablas de la casa y lo privado.*

¿Cómo abordaste la idea de los espacios cerrados y abiertos?

Fragmentario tiene un carácter antológico y, en tal sentido, es uno y a la vez varios libros. De hecho, el único libro completo que reúne es aquel que da título al volumen. Hay libros de poemas cuyas letras deben ser vitaminadas y calcificadas en tipos y puntos para que crezcan y adquieran la condición mínimamente vertebrada que un libro requiere. Con los libros que he



publicado hasta hoy ocurre lo contrario y no sólo en tipos y puntos: también en cuadratines y entrelineados. *Fragmentario* es un ejemplo notable. En cuanto a la cuestión de lo privado y lo público, lo cerrado y lo abierto, lo más difícil, puestos a emitir una opinión que sigo creyendo no corresponde al autor, hubiera sido fracturarlos. Todo se debe a una sencilla cuestión de dialéctica o, si me apuras, de proporciones y equilibrios, con los rompimientos infaltables y los puentes entre unos y otros ámbitos. A lo que estaba atento era a otras cosas: de manera prioritaria, a que en la primera persona del singular cupieran segundas y terceras personas del plural. Dando otro paso, a tocar los valores de intimidad del lector. Y dando otro, a los substratos más profundos de la cotidianidad, ese fermento secreto de la historia, ámbito por excelencia de la monotonía producida por la rutina y la ordinarietà, pero también puerta que da a lo extraordinario, estera voladora a voluntad. Barthes se refiere a la cotidianidad como la tendencia al grado cero de la existencia. Pero no existen tendencias sin contratendencias. Y todo como el diamante —dice Martí— antes que luz es carbón. *Fragmentario*, al igual que los demás libros que he publicado hasta hoy y, para abreviar, lo mismo que todo lo que transcribo o escribo, es el producto combinado de los trabajos de la hormiga y la cigarra, ese par de animales trashumantes que recorren los senderos que van del corazón al cerebro y de éste a aquél. No he conocido animales más fieles que ellos. En ocasiones y, vistos a la distancia, pareciera destacarse más la silueta de uno. De cerca, el espejismo se desvanece ante la evidencia de su andar parejero.

El libro El arquero y la liebre, si lo vemos desde tal perspectiva, sería un solo poema y la síntesis de tu planteamiento. Como dicen los uniformados: afirmativo. También podría decirse que es la reunión de la corta y la larga duración poética aunque, he de insistir, no tocaría decirlo al autor. Zapatero a tus zapatos.

En relación al poema corto y al poema largo, ¿qué concepción tienes de la forma?

Desde luego que esa palabra, *forma*, debe ir acompañada de otra: *contenido*. En este punto, es inevitable referirse a un íntimo cambio de partícula para unir las a ambas, trazar, en lugar de la sofística y griega con que suelen ser presentadas y peor aún, concebidas, una *de*. La confirmación de este cambio íntimo largamente acariciado vino a darla un buen día, no un teórico de la literatura sino un científico social, Hayden White, estudioso del contenido *de* la forma en la historiografía. Como sabes,

uno de los oficios que ejerzo es el de historiador, y si su ejercicio te deja lleno de preguntas más que de respuestas, también va informándote, en el camino, que la ciencia y el arte manan del mismo manantial en que abrevan Dionisio y Apolo, para bautizar provisionalmente a la cigarra y la hormiga de que hablábamos hace un momento. Volviendo a los términos estrictos de la pregunta, tiendo a pensar en un contenido musical de la forma, pero también en una arquitectónica de composición que debe mucho al deporte, a esa narrativa de que está hecho un partido de beis, de basket, de fútbol o de hockey sobre hielo, por citar sólo algunos, más que a una carrera ciclista. En el deporte se ve con mayor claridad lo que en la literatura se admira como artificio técnico: las pausas, los adelantos y los retrocesos de una estructura cuya complejidad no le impide fluir. Así como hay deportes lineales —el ciclismo es uno de ellos— hay poéticas y narrativas lineales. Personalmente, me inclino a composiciones menos previsibles. A final de cuentas, el contenido de la forma no es reductible a una simple cuestión de longitudes. No hay que olvidar la dialéctica de lo grande y lo pequeño, del adentro y el afuera. Ojo al repliegue: *como desierto, mar: / no hay nada en ti, parece / y está todo. / Es verdad.*

Podemos decir que no te causa conflicto el que existan poemas divididos y que no sinteticen.

Casi todo es posible, pero si la inferencia va por el lado de las modas literarias, los animalitos recomiendan ubicarse a prudente distancia de la fugacidad. Las imágenes puramente descriptivas comparten con las anáforas sonorizadas una condición parecidamente efímera. En ocasiones oigo y hasta procuro leer intentos poéticos por suplir la instrumentación musical con sonidos guturales y nasales, pero el cuerpo no da para tanto, aunque constituya el principio de cierta laudería. Por eso prefiero la jarana y el percutivo discurso del taconeo sobre la tarima. La piedra que cae en el agua como el día lo hace en la noche, el aserrín aserrán, constituyen sólo un recurso, un primer paso en la arquitectónica de composición. Detenerse en él lleva más adelante a la necesidad de aquel tratamiento proteico en tipos y puntos que te decía. Darlo repetitivamente puede conducir a derrochar más papel y tinta, como si no fueran a hacer falta para el invierno o hubiera tantos boilers que alimentar. La poesía debe alcanzar valores de intimidad, revelar al lector aquello que lleva dentro, y para ello cuenta con los sonidos y los significados de las palabras. Esto, que parece tan sencillo, no lo es en absoluto. El impulso de huir de la realidad hacia la experiencia artística concebida no como algo que



une a un ser humano con otro sino como algo que lo aísla dentro de una experiencia individual, conduce a un fatal impedimento de cualquier tipo de comunicación con la sociedad. Tarde o temprano, esta actitud lleva también a la esterilidad del desencanto y el orgullo callado, ese callejón sin salida del pesimismo que se esconde detrás de la sonrisa a ultranza. En el fondo, son el sentimiento de derrumbe y declinación los inspiradores de esta actitud que, desde luego, no está dispuesto a admitir quien la asume, transformándola en estructuras verbales al margen de un mínimo alcance social. Es como si se pintaran las rayas de una cebra, dejando la cebra afuera del cuadro, concebir el arte como una droga para soportar el hecho de vivir. En el fondo, se tiene miedo de vivir. Por eso también se le rehúye a todo tipo de conflicto, así éste consista en una simple y mera polémica. Quien así se comporta no sabe dialogar, con las consecuencias obvias para el poema, cuando lo escribe. Si en un momento dado las circunstancias lo orillan a un diálogo, pone pies en polvorosa o ataja de golpe, con el autoritarismo y la agresividad que el temor inspiran. La escritura es una radiografía del alma, y revela claramente lo que en la vida cotidiana puede camuflarse con menor o mayor fortuna. Pero en fin, Dédalus vuelve a tener razón: si no podemos cambiar de país, cambiemos de tema.

¿Cómo alimentas tu particular visión poética?

Yo no lo sé de cierto, pero supongo que ejercitando los cinco sentidos y permitiendo que la cigarra y la hormiga se apliquen sin restricciones a lo suyo. Hace algún tiempo reacomodé los libreros, de

tal manera que ahora conviven, junto a libros de ciencia y arte, otras clases de lecturas: revistas, recortes de periódico, hechos y sucedidos en un variado registro de papel e imágenes, codo con codo, incluyendo los propios apuntes.

Pero tu visión poética no está hecha sólo de libros.

Desde luego que no. Los trabajos y los días personales están hechos de lectura y escritura en sus extremos, y en medio de lavadora y estufa, música y ciber-

nética, temporadas eventuales de ejercicio físico, balero y caleidoscopio y párale de contar, tiempos y movimientos simultáneos a los que concedo igual grado de importancia. En el diccionario que he ido construyendo a lo largo de los años no existe la palabra aburrimiento. Cuando comencé a ver el paisaje *lo supe y no lo supe*, como dice un verbo en Yucatán. Leía los escenarios donde iba creciendo: el río, el mar, los cerros, el campo, la ciudad y el puerto. Con los años, lo que han ido mostrándome los libros es que el destino de toda dulzura es la sal.

Tienes una particular sensación del ritmo: como color, como deporte y como viaje. ¿Qué significado tiene para ti la trashumancia?

Personalmente, el carácter trashumante fue moldeado por circunstancias familiares que no vienen al caso. Creí en una geografía urbana, rural, marina y serrana. En *Fragmentario* las mudanzas ocupan un lugar emblemático. A mí me dieron una vida marcada por maletas y cajas de cartón. Viajo mucho, sobre todo a través de este país ancho y ajeno. En ocasiones llego a sitios muy alejados de las carreteras. Cuando comencé a ir al Golfo de México, llevado por el son jarocho, una tarde, viendo aquel mar grisáceo y melancólico, experimenté un sentimiento de equino en eclipse. De pronto, el reloj corporal no reconocía la hora, aquellas cinco de la tarde trastocadas, incompletas e inolvidables. ¡Debías haber visto lo que significa —siguiendo los términos de la pregunta— para alguien que creció en las costas del Pacífico, estar frente a un mar vespertino sin sol! Pocas veces he experimentado un sentimiento de intemperie como aquella tarde

En juego de espejos es más claro el método caleidoscópico de que hablas.

En parte sí, aunque el juego de que habla el título tiene su origen más en los espejos de peluquería que en el cilindro de las mariposas multicolores. De ahí que los efectos no sean los mismos y de ahí también que los poetas recopilados en aquel libro guarden algunas semejanzas entre sí, ecos y correspondencias que saltan de un texto a otro como el sillón que los muros de cristal proyectan al infinito en las peluquerías y que, si uno se fija bien, parece ser el mismo y, sin embargo, a medida que se aleja presenta matices que escapan a una mirada superficial. Una mirada superficial contempla un edificio y todas las ventanas le parecen iguales, pues no se fija en la variedad de las cortinas, para empezar, y menos aún está dispuesta a considerar el mundo de diferencias que se extienden tras ellas.

Te gusta jugar con la dualidad como posibilidad de multiplicación, algo notable en El arquero y la liebre, donde enfrentas dos cosas que se multiplican en sus relaciones, como ocurre con las cajas chinas merced a sus desdoblamientos.

En parte sí y, de manera natural, el recurso de método aparece como hilo conductor del contenido. Éste, me parece, es el libro con mayor cadencia musical de los que hasta hoy he publicado. En él quise saldar una cuenta, o por lo menos dar un abono considerable, con ciertas formas y objetos clásicos de la poesía, más en ritmo que en métrica, por cierto, y sobre todo con la musa, a quien a lo largo de las estrofas se le encara y se le tutea. De hecho, este largo poema, dividido en el sueño y la vigilia de la supuesta inspiradora, fue escuchado como una partitura musical. En el pentagrama que el autor iba leyendo cuerpo adentro, las palabras sonaban como notas musicales. La transcripción sólo fue la consecuencia visible de la audición, y la atacé como el grabador ataca la placa de zinc, buscando la alineación y el balanceo de la composición. Me gusta pensar, al transcribir, en oficios menos prestigiosos e igual de importantes que el de escritor. Hete ahí otra variante del instinto de conservación que te decía. Otro recurso de método para la composición de este poema fueron las correspondencias que guardan las horas del reloj en sus distancias equis: a las doce, las seis, a las nueve, las tres y así con las demás. Dialéctica, tendencias y contratendencias podría llamársele, si optáramos por términos de comunicados oficiales. En *El arquero y la liebre* hay puntos de partida y puntos de llegada, desdoblamientos, sí, pero también paradojas y numerosas correspondencias que duran lo que dura el contacto del martín pescador sobre

la superficie del agua, antes de que vuelva a elevarse en el aire, desde donde ha caído como una flecha sobre la presa. Tengo en muy alta estima la pedagogía que ejercen los animales y los vegetales y para asistir a sus cursos es que la trashumanza se me prescribe. Vivimos un fin de milenio de fronteras que se diluyen a una velocidad vertiginosa. Para escuchar las melodías del viento en el follaje de los árboles o el dulce lamento del río al pasar bajo el puente queriendo quedarse, o el del puente que quisiera irse sin poder hacerlo, hay que cubrir cada vez mayores distancias. La imaginación necesita referentes que sólo el ejercicio de los cinco sentidos es capaz de otorgarle.

En tus libros aparecen objetos de manera recurrente, como las sillas y las naranjas, elevadas en ocasiones a una condición arquetípica o emblemática. ¿A qué se debe?

Con tanta mudanza, con tantas cajas de cartón cargadas y descargadas de una ciudad a otra y de un sector a otro dentro de las ciudades, con tanto trabajo que hacer, las sillas se vuelven un objeto precioso. Tengo en gran estima a una buena silla. Es de las cosas que más observo a donde vaya, de los objetos que más aprecio. La silla es uno de los grandes inventos en la historia de la humanidad, así como las naranjas son uno de los mayores obsequios de la naturaleza. Ninguna fruta tan agradable, tan fresca y reparadora, al cabo de una larga caminata a campo traviesa, como una naranja, aunque en la literatura no goce del prestigio de otras frutas, como el higo o la manzana.

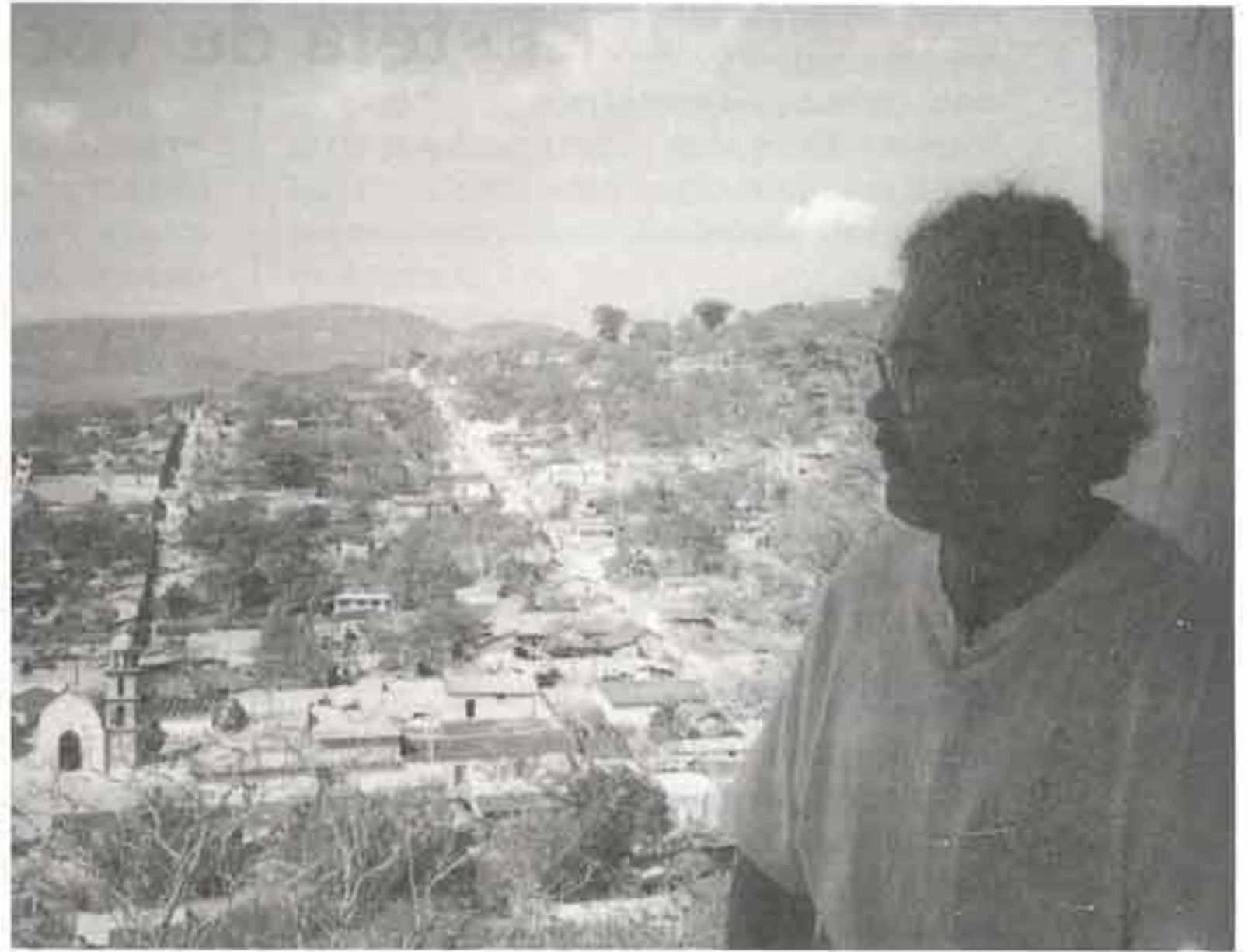
¿Qué te sugiere una naranja frente a una manzana?

Puestos en ello, la edad de la inocencia y una longeva, densa y confusa historia de prestigio mitológico, religioso, plástico y literario, en donde las tergiversaciones se han impuesto a los valores primigenios. Pocas frutas tan cargadas de sentido como la manzana, símbolo, por turnos, de la inmortalidad y la discordia, la transgresión y la lujuria, funciones en su mayoría provenientes de la Europa nórdica. En la leyenda galesa de Sion Kent, por ejemplo, el manzano constituye la salvación del poeta. En la literatura y el folklore europeo es el símbolo de la consumación. No es gratuito el hecho de que, cuando la leyenda bíblica de Adán y Eva llega al noroeste de Europa, el fruto del árbol de la ciencia del bien y el mal sea interpretado como una manzana y no como un higo, a pesar de que en el texto original se hable de la hoja de higuera. En la antigua isla de Creta crecía la manzana sidonia, la misma que en América Latina se conoce con el nombre de membrillo. No sólo en Escandinavia, también en Francia y en España, antes del cristianismo, se daba una especie de

manzana llamada serba, fruta que, según Graves, probablemente fuera la manzana de la inmortalidad. El hecho más notable es que la verdadera manzana no era conocida en Palestina en los tiempos bíblicos y sí en las costas meridionales del Mar Negro, así como en Macedonia —la morada original de las musas— y en Eubea. Desde esta perspectiva, entonces, la manzana es uno de los mayores símbolos de la colonización cultural a que fue sometido el nuevo mundo. Personalmente, me siento más cercano a la naranja, referente planetario en su forma y en sus gajos, esos dulces meridianos plenos de frescura nutritiva, calmantes de la sed producida por el trabajo y cuya estructura corporal la pone al alcance de la mano todos los meses del año. Mientras haya naranjas estaremos salvados.

¿Le tienes mucho apego a las cosas?

Robinsoniano, diríase, porque en ellas se encuentra la posibilidad de la reinención cotidiana cada vez que resucitamos de la muerte nocturna, cuando los guardianes del dormir, los sueños, no nos visitan, lo mismo que cuando sí lo hacen. Los objetos, particularmente los de uso diario, constituyen una importante objetivación de la vida. Personalmente, los considero animados y procuro tratarlos como tales, aunque sin fetichismos de ninguna especie. No siento la menor inclinación a coleccionarlos, como no siento la menor inclinación a convertirme en empresario de pompas fúnebres o en director de museo. Tampoco a relacionarme con las personas a través de ellos, algo sumamente difícil, en ocasiones, "de allá pa' cá", como diría el Piporro. A los objetos hay que mantenerlos activos, no inmovilizarlos en ninguna vitrina, no paralizarlos en estante alguno. Las exhibiciones no facilitan el diálogo con las cosas, cuyo lenguaje y conducta son maravillosos. En las cosas más nimias germina lo extraordinario de lo ordinario. Sólo hay que escucharlas, observarlas en sus propios movimientos. Cuando se les retira de la circulación enmudecen y van marchitándose poco a poco, por más plumeros que se les pasen por encima. Yo suelo hablar con las cosas, que no es lo mismo que hablar solo. No se me quedan quietas, les digo, porque se les suben las hormigas. Otras veces, son ellas las que me lo recuerdan.



Esta comunicación constante forma parte, adicionalmente, del trabajo literario personal. Miembros de la naturaleza como los animales, los minerales y los vegetales, las cosas llevan en sí mismas sustantivos y adjetivos que es necesario escuchar para no mentir su personalidad, adjudicándoles imprecisiones. Si uno se fija bien, los gallos cantan todo el día y no sólo al alba, los cangrejos no caminan para atrás y las gaviotas no emigran, así como las palomas distan de ser las aves pacíficas que se cree y, menos aún, tan limpias como se supone. Hay que subir a un palomar para ver el desapego higienista con que se la pasan riñendo. ¿Y de las *erres* qué me dices?, aquellas que hilvanan en una vieja canción lo contrario de lo que ocurre con los trenes mexicanos. ¿Te acuerdas?: "erre con erre guitarra / erre con erre barril / rápido corren los carros / cargados de azúcar del ferrocarril".

Cuando pienso en esta comunicación topológica no parto de un afán desmitificador, como podría ser el caso del guardavías de Arreola, hablando de los trenes en este país. Por el contrario, hablo de la dignificación que merece una naturaleza para nada muerta ni muda, del lenguaje trapense con que ella se expresa. *Aquí estamos, susurran la mesa y la computadora, por la noche, esperando que amanezca*, con la respiración de madera y aleaciones que sueñan. Una vez que temblaba en la madrugada, la voz de alarma me la dieron las cuerdas de la jarana. Cuando pasó el temblor, supe que ella había escogido su propio nombre y, retirándole en el acto el mote provisional que me habían dictado la distracción y el engaño, así la bauticé: Centinela. *ES*

Ida y vuelta de la Retórica: Rafael Torres Sánchez

A simple vista, Torres Sánchez aprovecha casi todos los recursos retóricos a su alcance y, también al parecer, lo hace con buen sentido y les saca todo el partido posible. Formas cultas, expresiones coloquiales. Momentos de gran inventiva, escenas de la vida cotidiana y vulgar. Todo se encuentra reunido en este *Fragmentario*, pero nunca por azar. La pura intención tampoco es la reina de la situación. Unos y otros se alternan para conseguir —a mi juicio— una afortunada poesía, que se siente heredada de las más cercanas tradiciones vanguardistas: Vallejo, Neruda, los surrealistas —recordar que éstos sólo aparecen a fines de los treinta y no como los improvisados dicen, por los veinte—, sólo la tradición del verso rimado y de orden formal no se encuentra representada. El ingenio, la imaginación sí. En algún otro artículo me he referido a la poesía “clásica” como objeto de una construcción bien establecida, que deja fuera del discurso a los “fragmentos”. La buena poesía, la obra maestra sería aquella que reuniera en un solo cuerpo al discurso establecido y a los fragmentos.

Francisco Cervantes

Rafael Torres Sánchez, la abolición del olvido

Fragmentario es un itinerario poético caracterizado por la diversidad que se integra en un todo: la ciudad, la vida urbana con sus amores y sus desencantos. Este nuevo canto urbano tiene su

elemento más significativo en la visión crítica de quien escribe. No es la apología optimista y ciega, pero tampoco es la feroz negación igualmente ciega: es la aceptación de un mundo necesario que en su diversidad nos hace entrega de los fragmentos cotidianos de nuestra felicidad o nuestra desgracia.

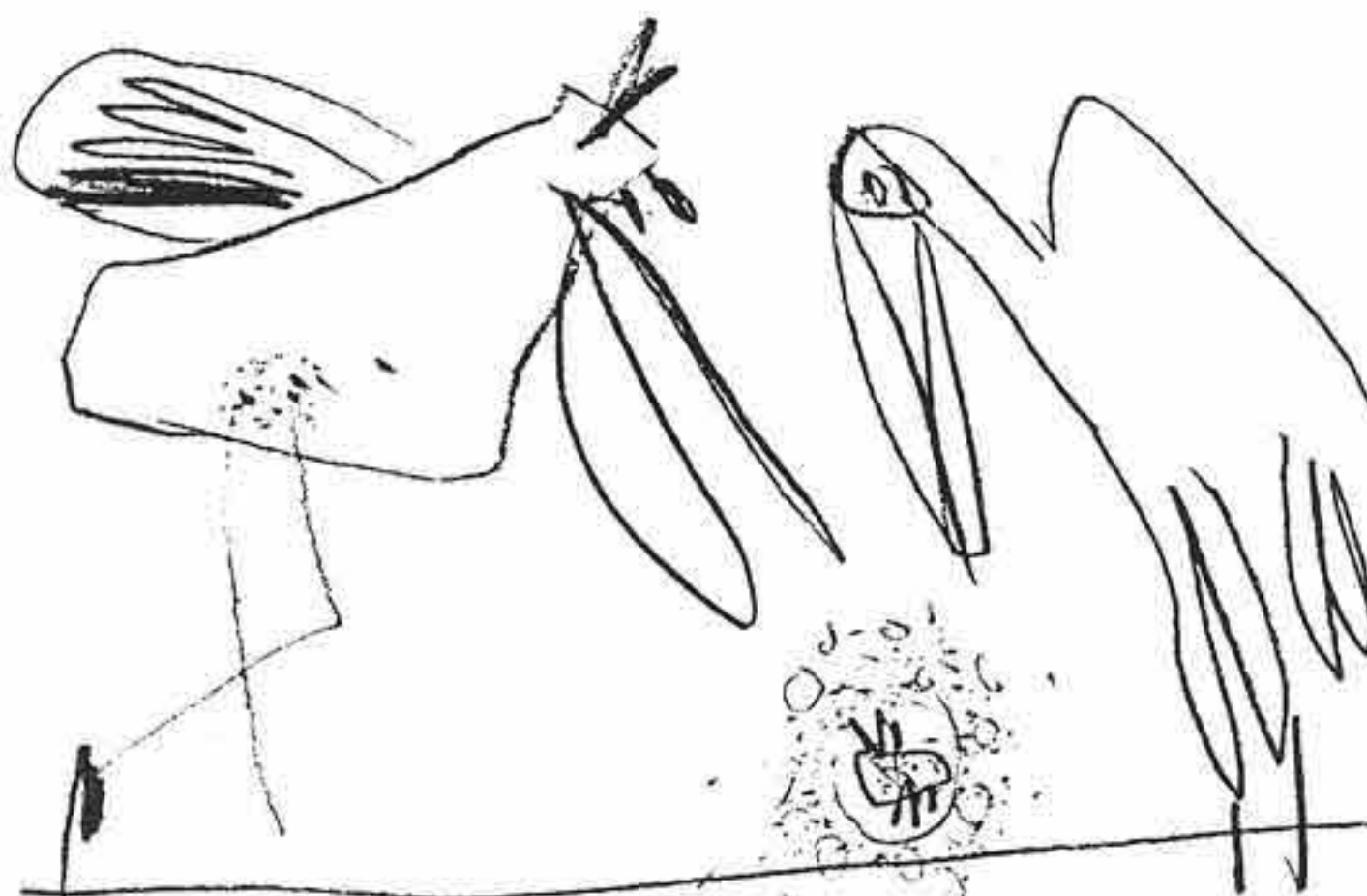
Lo que Rafael Torres Sánchez quiere es abolir el olvido. Rescatar para la poesía y la conciencia esos trozos de existencia aparentemente superficial que nos hacen ser como somos y no como, tal vez, hubiéramos querido ser. Ahí, en la poesía de Rafael Torres Sánchez, inclusive los sueños son sueños reales. Soñar, sí, pero plantados en la tierra.

Juan Domingo Argüelles

El tamaño de la separación

El arquero y la liebre se levanta, poco a poco, con algunas fibras nominales, restos de palabras que van dibujando los perfiles, las distancias, las iluminaciones, de una irreconciliable y fatal separación: el observador que se sirve de su experiencia con las palabras, el que habla, el que piensa, se inclina, pide, inventa certezas, convoca imágenes, mide la topografía del lugar que se mueve, contra la exterioridad, contra lo otro, la mujer, la vida en tránsito, la imposibilidad que se concentra en el cuerpo femenino, que fluye como paisaje, sueño y carne inaprehensible: “Todo viene de ti y hacia ti conduce”.

Raúl Berdejo Bravo



Rafael Torres Sánchez

Homenaje

Para honrar la memoria del padrino que tuve
no hay mejor homenaje que volvernos un puente
sobre el agua que canta la pregunta apacible:
¿cuál de los dos amantes sufre más pena,
el que se va o el que se queda?

Así le voy a hacer:
en lugar del minuto de silencio,
la madera que agrande al río con el llanto
del que no puede irse,
al río que suspira por quedarse
y que el verso conteste:
igual a la del agua es la pena del puente.

Barra libre

Que se apersonen como aquellas noches.
El bolero doblado hacia un negro chirrido
debajo del trapazo que esgrimía
oyendo el retintín de las monedas
ganadas entre el humo y el ruidajo.
El pianista greñado.
Los meseros.
La anónima clientela de borrachos.
Incluso los poetas que brindaban
en lugar de hacer versos.

La rocola que suene
si el músico no acepta darle al piano.
Y si tampoco aceptan los meseros
que nadie se preocupe:
la cerrazón no va con las botellas
y menos cuando es gratis el relajo.

Eso sí, el que paga la cuenta solicita
por consideración al cantinero
que alguien limpie el espejo de la barra
ya que de otra manera no hay jolgorio.
Quién ha visto fantasmas sin espalda.
En qué cantina olvido sin recuerdos.

Puesta de sol

Tanta pregunta y ninguna respuesta,
solamente esa ola que se muere en la orilla
de tu ojo admirado, multiplicada ola
que renace sin soltar el zapato
que has estado mirando desde el amanecer,
aquel zapato impar e indescriptible
que lleva y trae la espuma por la playa
como si fuera el mar un gato que jugara
inofensivamente con su sombra
mientras el dueño baja la cortina
metálica y sonora de la tienda.
Es hora de cerrar.
Oooh sí. Lo sostiene esa ola polisémica.
La recompensa puede ser distinta
—en lugar del zapato cualquier cosa—
Imagínate tú.

Tamaño filiación

Lo primero que vi fue un enorme ropero.
Me quitaban el sueño sus perillas de cobre
las sombras que cruzaban el espejo,
el cuerpo que me daban sin haberlo pedido,
la peste de mis propios excrementos
que a veces se tardaban en limpiar.

Tenía balcón la casa:
reparando la calle se doblaban los presos.

De pronto había bailes de año nuevo,
la música sonaba sin parar.
De pronto nada había,
sólo las piedras flojas en la calle,
eternamente flojas para condenación
de aquella cuerda
y luego las orquestas volvían a tocar.

Fueron miles de globos, no centenas,
los que el río reventó al enseñarme
que el destino de toda dulzura es la sal.

Mariángeles Juárez Téllez

Más allá de las cosas

Junto a los zaguanes
lloran las camelinas
de intensa luz morada
las rondas que cantamos
al diluirse junios en la tarde.
Bajo las horas quietas del limón
a la mitad del patio,
la Mil Colores ronroneaba nuestra infancia
en estambre carmesí,
las manecillas del reloj
movían el tiempo a nuestro antojo:
ayer es hoy,
mañana, sólo una palabra
que deletrea la eternidad.
Una noche cerrada entre los cafetales
de perfume a madre selva,
y a espaldas del corredor de madera
el suicidio de Dios nos sorprendió.
Inventamos entonces que el amor
nos volvería inmortales.

El último poema

Verlaine:

Usted no sabe qué cansado estoy
De morirme y de nacer,
Amándolo por los corredores de la vida
Y más allá de los laberintos de la muerte.
Cada muerte espero liberarme de esta persecución infinita,
De este cuerpo que ha conocido todas las formas de la belleza
Y casi todas las del dolor.
Pero temo decirle que el temor no es eterno.
Si algún cuerpo se va en pedazos por la alcantarilla
Será su cuerpo.
Si esta vez corre la sangre, será su sangre.
Adiós Verlaine.

Voy pasando por la calle Libertad,
Todas las ciudades tienen una calle con ese nombre.
El cuerpo vuelve a sus dulces tormentos, a sus procesos alquímicos;
Las razones viscerales.
El olor tibio y pegajoso de las papas fritas
Me regala el placer de sentir hambre
Mientras los mendigos salen al paso.
Veo tu gesto angustiado, escucho tu voz cargada de fantasmas
Y se me hace agua la boca.
Muérete solo,
Si la víctima fuera yo, bien sé que no sentirías piedad por mi cuerpo agusanado.
Pobrecita el alma, qué triste debe ser la incorporeidad.

Narciso creyó ver su imagen reflejada sobre el agua.
Vio un rostro, un cuello, el pecho tan hermoso.
Intuyó ese cuerpo, como su propio cuerpo.
Se inclinó a besar aquella imagen
Y ésta extendió los brazos para tomarlo por la frágil cintura.

Nos conocimos en la estación del tren
Cuando tomaste aquella fotografía
De un sueño que arde entre llamas grises.

Cuál es la densidad de tu cuerpo
Cuando siento el sabor de tu semen en mi boca.
El balcón de este hotel da a la calle principal,
Se escucha el ruido de un desfile.
Es la pobre gente celebrando sus fallidas revoluciones.

Tu verga es el límite de toda profecía,
Los dientes blancos ensayan el rojo en mi cuello
Flotando sobre la más pura violencia.
Qué puedo desear estando aquí, si esta habitación lo contiene todo.

Te asombra saber que yo también te amo,
Que somos dioses,
Engarzados por el sexo como joya en un metal precioso.

Dios con mayúscula
Es el terrible creador del universo.
Los dioses con minúscula
Son niños que ríen y lloran al mismo tiempo.
Confunden el infierno con la tierra
Y son felices de cualquier manera.

La próxima vez que sientas en tu cuerpo el temblor de mi orgasmo,
Degüéllame para no envejecer.
Que no me duela mucho,
Que te recuerde y me recuerdes.
La habitación es blanca plenamente iluminada con tres espejos.
Los jóvenes son tan vanidosos, dejan la luz encendida mientras se
aman.
Sucios entre pelos y sudor,
Vulgaridades, simples trivialidades.
Cuerpo de acero afrutado,
Sueños de acero galvanizado pero sólo sueños
Poseen el aroma ácido de la inmadurez:
Yerbas, tabaco y sal de cianuro.
Qué rostros tan dulces,
La mirada reposa en sus néctares;
Todo lo ensucian con sus manitas llenas de sangre.
Él clava las uñas en las nalgas de ella
Que se desliza por el negro pubis de él.
En esa piel nada deja huellas.

—Eres una nube
Yo cabalgo sobre tu vaporosa existencia,
Mis diez brazos te acarician,
Hembra es la activa fuerza del universo.

Parir frente al océano, entre cortinas de oro fundido y aire.
El mar bautizará a nuestras hijas y llevará lejos la muerte,
Una ola borrará nuestros pasos
Y la fatalidad no podrá seguirnos.

Papá y mamá están complacidos,
Apenas son las nueve y la niña ya está en casa,
Le ha cambiado el humor.

El diablo se esconde en el ropero
Y Dios lanza todas sus maldiciones,
Ella duerme desnuda bajo la amenaza del invierno
Esconde entre las piernas el secreto de su amante.

Julián Herbert

Autorretrato a los 26

Yo era un muchacho bastante haragán
cuando me asaltaron las circunstancias
el sábado y el domingo cantaba en los camiones
y ahorraba para unas botas loredano
y besé a dos
no
a tres muchachas
antes de venir a la ciudad

Aquí me extrajeron el diente que tenía cariado
y claro
terminaron de arruinarme la sonrisa
este relámpago de fealdad por donde asoma
sinceramente
involuntariamente
el ápice más generoso que soy

Aquí pasé a la historia
es decir
firmé facturas exámenes solicitudes de empleo
actas de matrimonio y nacimiento
paredes silenciosas
y también me tomé muchas fotografías
no encontré nada mejor que hacer ya lo dije
yo era un muchacho bastante haragán
la gente desconfiaba de mí
cómo podría enamorarse alguien tan mal vestido
cómo iba a tener razón un tipo tan petulante
pero tuve razón en muchas ocasiones
y si no
tuve al menos esa ira luminosa
que convierte a la estupidez en una revelación

En cambio
no podría asegurar hasta dónde sé de amores
—y eso que a mi lado también duerme
la mujer más hermosa del mundo
con su cabello susurrante
sus labios de malva en fin
toda esa cosmética literaria que inventaron
los provenzales—
No
no podría asegurar nada al respecto
pero una tarde en Zacatecas
vi sobre una roca a dos ardillas que conversaban
y mi compañera y yo guardamos sin saber por qué
el silencio de admiración que se guarda
frente a los verdaderos amantes

A la orilla del sueño

A la orilla del sueño
la memoria se vuelve
cementerio de besos
que ayer se dieron
los amantes furtivos
la misma tarde
en la que navegaron
sin melancolía
río abajo
con la endeble certeza
de no vislumbrar
en la primera cita
la sombra del adiós.

El último presagio

El otro hombre que soy
camina por la calle
solitaria no le basta
la complicidad secreta
del árbol de los perros
ni de los zaguanes
que habitan el día
las voces no aciertan
a nombrarlo
las sombras citadinas
rehúyen su presencia
desconcertado no sabe
si en la próxima esquina
hallará a la vendedora
del último presagio.

Adriana Jáquez Garnica

Fábulas

I

La boca esconde el secreto del pez que se asfixia sin agua. Las manos prisioneras no desatan mareas de sangre sin herida. Pero la luz dicta la mirada que desnuda una piel fosforescente disfrazada de sombra.

II

Ofrezco saciar tu hambre con las viandas de mi mesa. Frutos abiertos de lubricada pulpa. Tersas legumbres cubiertas de exóticas hierbas. Y el miedo de un conejo cocinado vivo en un ardiente cazo.

III

Incendia las hormigas que roban las migajas de mis sueños en su morada, para que no prolifere el miedo al invierno y alimenta con caricias a la cigarra que anida en tu deseo.

IV

Tu recuerdo ha construido su reino en una canasta de naranjas podridas. Se alimenta del rastro de un perro callejero. E insiste torpemente en traspasar el umbral del espejo que descubre al olvido sosteniendo un matamoscas.



Carlos Nóhpál

Vísceras de arena

Atacando este costado asmático
miope insensible olfato mutilado
este costado de ventanas
donde se encuentra la soledad mal escondida
tan desvalida ensimismada
tan fría tan olvidada
que se olvida que está sola
y que falta
que faltas que faltan
que faltamos
insensible intangible
costado nervio óptico
costado epidermis facial
costado olfato corrosivo
costado vientre erógeno
vientre eréctil copulatorio
orgásmico plácido
hambriento

sin boca sin manos
con tenazas con fauces
sin pies: sin ojos:
con alas
con abismos
callados soles apagados
cansados mares lentos huracanes
fríos volcanes extinguidos

lava transparente transitable
táctil fácilmente táctil
falsamente dócil

Claudia Posadas

Fundación

A Marianne Toussaint

Extraviamos un pendiente de camino a casa
y aparece de pronto en el sueño
en medio del agua;
ya es la piedra que funda la Ciudad en el lago.

Esplende el camino hacia el corazón secreto.

Un círculo preciso rodea la intimidad del claro:
un dios errante, sin edad
ordena el cauce de la niebla,
el ámbar justo de la transparencia,
y acude, en silencio,
al misterio del crisol en que funde la gema
y la raíz de sus migraciones.

A la señal del golpe de espadas,
la arquitectura largamente soñada se abre a la luz:
un murmullo nace de los primeros recintos,
es la estirpe constructora
que ha forjado su virtud en la diáspora.

Los trabajos:
verter el agua en el espejo de las torres,
que el silencio descienda por innumerables escaleras,
una lámpara deberá guardar una habitación.

Del cielo, el fluir del agua,
del agua, la calidez de la plaza.

Las murallas protegerán el fuego de los pueblos nómadas.

Otro golpe de la llama detiene su labranza,
los forjadores cantan al alimentador del cielo.

Antes de partir,
en la transparente bóveda del templo,
la estirpe escribirá su historia,
el nombre de la estrella que se consume en el crisol,
trazará una ruta en espiral hacia su origen.

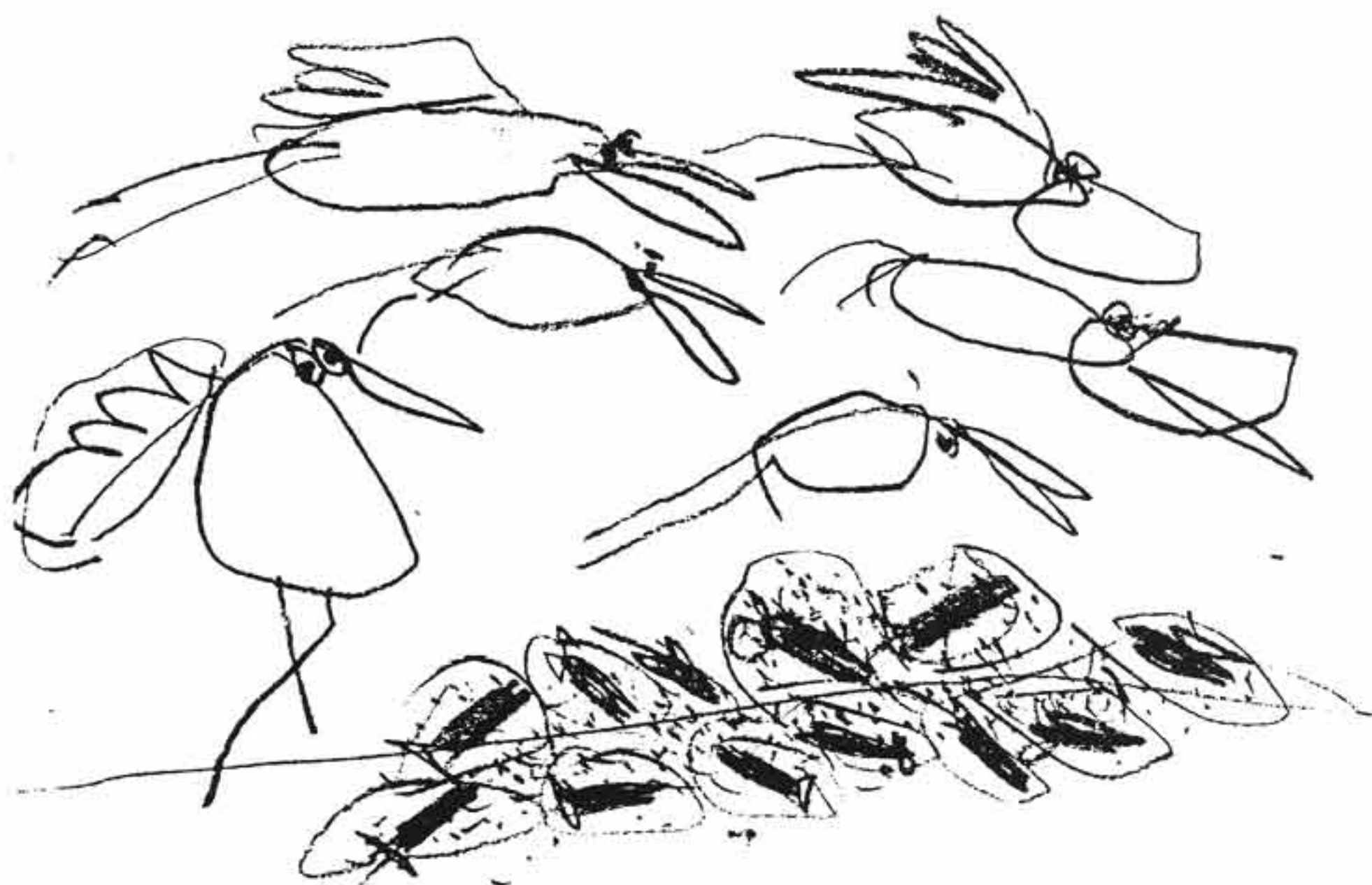
Inscripciones sin forma para nuestro asombro,
ceremonia de luz para el silencio.

Uno de ellos, el emisario
dispondrá su refugio en una torre,
vigilará la traslación de los espejos,
encenderá las campanadas de la noche.

Al descuidarnos tocará nuestra costumbre con sabiduría invisible
urdiremos, en el sueño,
la geometría que ordene la historia del templo,
evocaremos, fugazmente,
la música de la Ciudad que rota sobre el agua,
guardaremos, porque sí, un pendiente en forma de rosa.

Entonces forjaremos nuestro amor
bajo el destello de una calidez secreta
y buscaremos, para siempre,
a ese Dios que sembró su exilio en nuestra plaza.

Adivinaremos la Ciudad en cada viaje,
en cada sueño,
para descubrirla un día, con asombro,
dibujada en el primer cuaderno de la infancia.



Blanca Estela Domínguez

"Nocturno amor que te vas" y no me importa,
quiero desprecio y lejanía para
engordar estos poemas de tu ausencia.
Tu amor me hace estéril y
que por azar renace... aborta.
Te quiero lejos para odiarte y
escribir y ser poeta...
llena de mí; sitiada en mi deseo,
yo soy la inteligencia,
la forma en sí,
la palabra enfurecida,
los celos de Penélope dolida que
teje incansable su Corona...

Ulises no debe regresar.

Volverás a mí aunque no quieras,
al fondo de mis ojos de serpiente delatana..
yo no tengo prisa, espero,
como bicho maldito agazapado
en la oscuridad de tus recuerdos.
Te soy fiel para hacer tu vida imposible,
para atormentarte de puro agónico deseo.
No te preocupes, amor...te soy fiel...
me alimento de rencor, de odio y de venganza.
No sabes ser amigo,
amante tampoco, eres cobarde.
Lo decidiste tú: enemigos de nuevo.
Y ahora infinitamente te amo
y te deseo una muerte muy lenta.

He perdido el lugar para encontrarnos.
decides que no hay espacio
ni dentro ni fuera...
ni siquiera en medio.
Permanezco atada en mi tristeza
a la espera de un aviso.
¿Quizá otra carta?, ha pasado
mucho tiempo y mi forma es el hueco. El vacío.
La que fui te ama,
la que soy te inventa,
vuelvo a mi fantasma,
a mi rey muerto y a mi torre de papel...
Vuelvo a reconstruir los 48 pisos de la torre,
torre de Babel en la que alguna vez
al hacer el amor nos entendimos.

M. E. Germinal

ABC en mí someto

Audaz armonía en lucha el intento
Bravía la pluma, libera esencia
Cascada montante la mi sentencia
Chaquira y ónix son el basamento

Dialéctica Luna face argumento
Eufónica mano igrandinsolencia!
Palaz invención de musa: dolencia
Glorioso sino inasible detento

Homérica lid de ciegos la trama
Ilíada: dioses de épica postura
Juan, El Bautista, dogma es el drama

Kafkiana la mano fácil derrama
Lasciva del mundo la genial flama
Lluviosa del verde sauce, tortura

Zambullen usura

Mayúsculos nombres en iceberg punta
Nocturna aguatinta, diáfana fluye
Ñandú de cósmico plumaje bulle
Onírico duelo, dioses en yunta

Parodia de otros, razón no excluye
Quijota, hado persigue y conjunta
Responsos y risas cuasi difunta;
Serena la mano, rasa silente

Tomada cuenta de musa fiereza
Ungidas las voces surcan afluyente
Viajeras en proa revelan certeza

Wagnerianas notas dan la realeza
Xilófono suena del árbol pureza
Yertas, Luna-Mano, doble contente

en hielo candente.

José Luis Sánchez

Partida

A Edén Ferrer

No me guardes afecto, no me recuerdes
tan poco en el otro sol al que partiste
después de merodear este escondrijo.
Mas si de nuevo osas tomar
el pulso al pez fuera del agua y escuchas
los gemidos de alba prenderse en la garganta,
haz en el bolsillo de tu pecho un agujero
para drenar las lágrimas que ahogan
bajo el hábito de piedra los valientes.

La voz de cuervo golpea aún sobre mi mesa,
tus nudillos afilados turban la mirada
del pasajero que aguarda ese ataúd de niño
calado donde grabamos las siluetas:
mujeres privadas de los brazos,
senos de uva y corazón en blanco.

De aguardiente empapada la nostalgia,
su lejana compañía en el desvelo
y aquel afán de presentir la muerte
supieron evitar tu otra mañana;
el chirrido que crece en el tímpano,
lamentos de huracán preso en un frasco.

Olvidar es un clavo sin cabeza
hundido hasta el fondo de la frente,
de trayecto tomado en plena calle
entre sombras que jamás desaparecen.

Tal vez me despida de la brújula,
frases orientadas a tu huella,
solo, entonces comenzar
el viaje una vez interrumpido.

Si aparecen tus huesos en un sueño,
rama de espinas invisibles,
les daré forma en la copa de ese árbol
para escuchar al viento maldecirnos
en cantos que anuncian la partida.

III

Van y vienen, transidos por la pre-ocupación,
acariciando los remiendos de las palmas de las
manos, expidiendo diagnósticos apresurados
de sus semejantes, balbuciendo una jerga
corrompida y viscosa como un fruto caído
a la vera del camino. Pasan, se aglomeran, se abren
paso entre la telaraña que se unta al rostro,
se aglutina en los párpados,
redes de surcos lacerando la memoria,
oxidados los fémures por abyectas linfas,
transpirando papel, eyaculando arenas,
se detienen, conversan frente a vitrinas
que exhiben mecanismos exhaustos. Van y vienen
los hombres, pasan al lado de un anciano
que tiene la cabeza metida entre las manos,
hundidos los codos entre los muslos secos,
murmura, masculla en una jerga, incomprensible, inmunda...
¿Qué sucedería si supieran que entre sus sucias ropas
oculta lo que nos es arcano?

IV

Por entre mármoles antiguos y enmudecidos muros,
abatiendo despostilladas puertas y zaguanes,
aspirando el humo de patinados sahumerios,
en los que se consumen ámbar y mirras,
ha extraviado el filósofo el camino.
Presagiaba, a través de ineficaces,
inciertas oscuridades, el afiebrado
movimiento de una luz remota, el divagar
nervioso de una llama.
Aproximóse y pudo distinguir una hopalanda,
el vuelo de una falda, encajes palpitando
en nacarado pecho...

"¿Qué busco entonces, obsesionado por siglos
de geométricas formas? ¿Hacia dónde he dirigido
la ciencia de mis pasos? ¿Es esto entonces,
la Mujer, esto era entonces?"

"No yerras demasiado pero tampoco aciertas:
es el Pez, es el Agua, el Origen.

La cura bautismal en el Cenote arcano,
del beso del Animal Primigenio hundido en la cisterna,
las sales minerales dimanando por los orificios
de la piedra intocada..."

"Pero tú sólo sabes ver brillos efímeros."

V

Hay una furia de vendaval que crece en el tobogán de la
Calle,

un furor de cuchillos que rasgan pesados cortinajes,
brocas que horadan el casto silencio de la sombra
que se cobija en la Calle.

Voces provenientes de máquinas dentadas que asestan
—cual ofidios— rabiosas tarascadas

a la alta tarde, agazapadas en oscuros resquicios
de tinieblas.

Hay un mazo que brutalmente golpea y descuartiza
el negro granito por el que transcurre la dormida Calle.
En la calle se enseñorea un olor a muerto grande
y prevalecen los llantos, los ayes de la Guerra.
Y en las habitaciones, las estancias, las sábanas
desamparadas crepitan con un tremor sagrado
—metafísico horror—.

Es que este viento lleva consigo instrumentos de
tortura, despojos incalificables: un puro filo de
navajas, aguzados cristales, orines de hojalata,
virutas de aceros herrumbrosos en asedio a los
amurallamientos, los estucados, erosionando los postigos,
cortando desde la base las arcadas, aserrando
los pedestales de nuestros Padres Preceptores,
contaminando las acequias, tumbando las alamedas
como juegos de naipes, huracanando nuestros lujosos
refectorios y anfiteatros.

Y nos brota una sed a borbotones, ahora, que han
sitiado la Calle.

VI

He aquí que el Alma (¡Oh Cortesana!) se encuentra
sin aliento, sentada a la mesa de la Ruina,
frente a un vaso vacío: "¿Será cierto, oh Señor,
que he dilapidado inútilmente el Sueño? ¿Que he
apurado mi vino hasta las heces? ¿Que esta Sed no
se colma? ¿Que en verdad tengo fracturada el ala?"

... sin embargo, hay el limo, el musgo habita
en escondidas humedades y, por debajo
de la tierra un hueco —en donde las raíces
crecen discretamente—, se graban los caracteres
de la espora, alumbra la semilla, y allá, en el
centro de todo, el lúteo corazón del fuego,
iel Relámpago!

Cuando el índice de la producción de sudor tiende a elevarse

A Felipe

Es viernes trece.
He visto escabullirse un gato negro,
largo y famélico, una pelambre hirsuta, opaca,
desplazándose con la estricta pulcritud
y la elegancia de sus nobles ancestros,
hurgando en agujeros mefíticos,
sediento, hambriento,
algún coleóptero por presa, un diminuto saurio,
alguna sabandija, lo que Dios disponga.
Así estamos, amigo, desconectados,
despatriados del ciclo del carbono,
instalados en la entropía, el caos, la ciudad,
quiero decir, sentados en un banco cualquiera
a expensas de la plaza, expuestos,
consumados receptores de energía solar,
desprovistos del elemento denominado arbitrariamente clorofila,
que nos permitiría al menos fijar la luz
en nuestros huesos canijos, amarillentos,
el seco y magro pellejo
untado de sunblock, fórmula sofis,
para aquello del hoyo en la ionósfera.
No soy supersticioso, ni estoy triste;
¿la desesperación?, pero hombre es el resorte de la historia,
el ingrediente que conduce fatalmente a la era postindustrial.
Lo que sucede es que la patraña aquella
de la pobreza de espíritu y como corolario
el paraíso del imaginario medieval flamenco,
provenzal o lo que sea,
me produce la inevitable impresión
del cura aquel, florido y elevado, montándosela
con un ampuloso sermón grandilocuente,
y meando desde el púlpito por aspersión
encima de la grey estupefacta.
Hoy no soy partidario de la política, la escolástica, ni la melancolía.
Pero digamos que a este día le ha dado por ser trece
¡...y viernes!
consultaré con mi demonio familiar, mi oráculo,
el propietario de la joyería de la esquina,
el Rabino, el Kabbalista, mi amigo.

I

Observo los pasos mendicantes del discípulo aquel
de Séneca y Maimónides, digamos
coterráneos y, claro, me detengo,
¿pero quién no lo era en aquellas tierras sin Dios y sin fronteras
y con la espada y la hoguera ávidas
de los frutos maduros del cogote y la eyaculación?

Miguel Servet, señores, lo había
dejado todo: los honores,
la gloria, la hacienda y los placeres
aquellos de la vida. Los tiempos,
ah pero qué tiempos aquellos
y me pregunto ¿y los que corren?
A ver quién toma un báculo y se atreve,
Yo, yo, por ahora, no soy nadie.

II

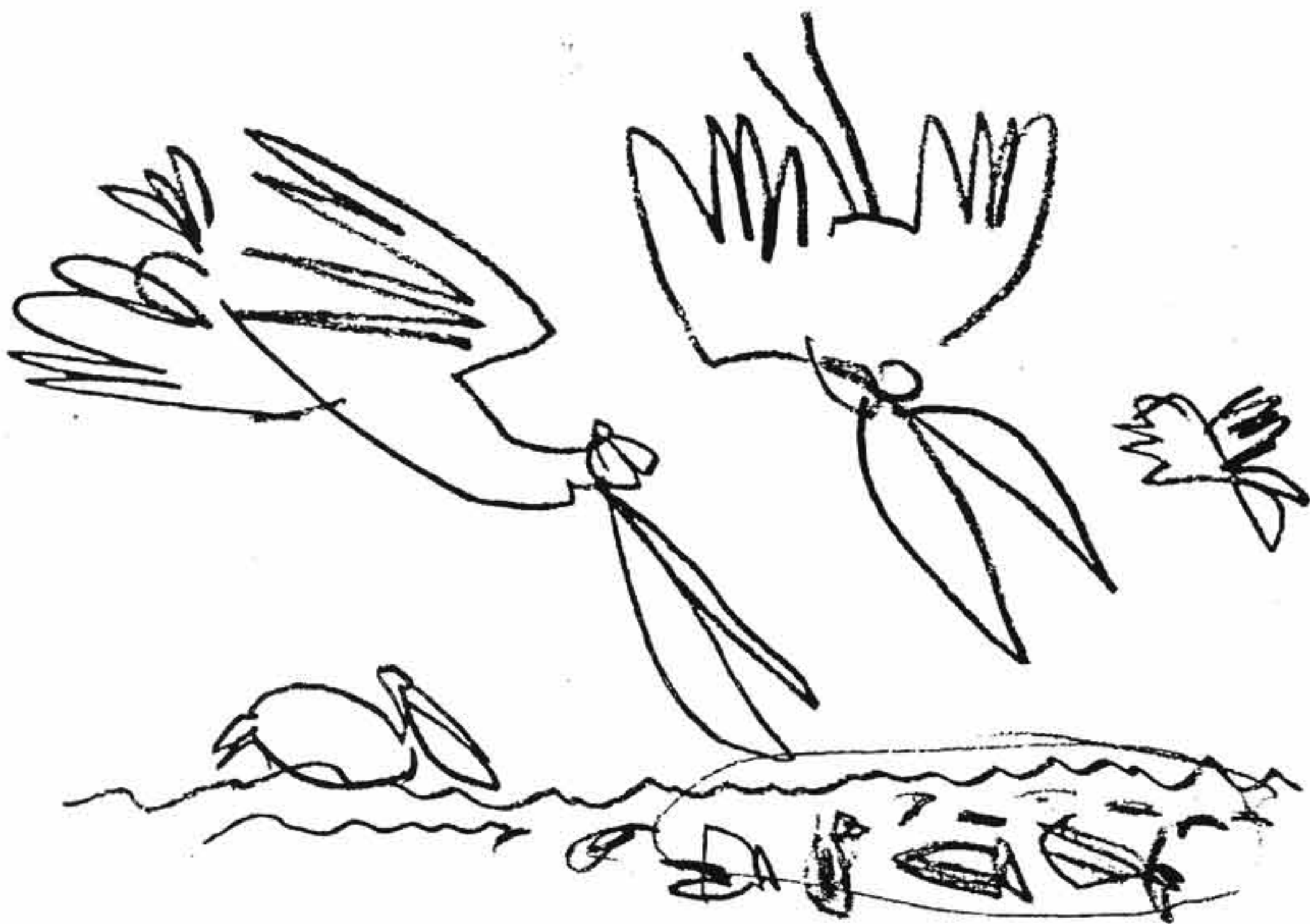
Bricoleur

...y habremos de seguir ejercitándonos
en la exacción y la inutilidad,
la caída en desuso de todos los oficios,
porque si alguna vez hemos podido contemplarnos
con un poco, no digamos de grandeza,
sino de simple dignidad humana,
es allá en el remoto estadio en el que fuimos constructores,
el homo faber, vamos
el hombre, sus manos, su cerebro
y desde luego, su glándula pineal.
Más que ridícula nuestra deriva al proxeneta...
—Pero, hombre, ya Cicerón y Tácito y Virgilio
como Sancho gozaron de la prebenda y de la ínsula,
si el almirante buscaba el cargo público,
y el poeta soñaba con la nobleza de la sangre,
las uñas limpias, intonsas del notable.
La notabilidad puesta en la púrpura y la seda,
el aderezo y la estética del grano de pimienta,
en un cuarto trasero precisamente encima del fogón,
el lujo, el placer del vino reposado,
oculto en la bóveda subterránea de la casa,
y ...vaya qué casa,

qué reposo...
el ojo puesto en la contemplación supina
de la bóveda celeste
—pero si ya Teofrasto y la Espagírica...
no me vengas con cosas, ése era loco
y además, era un borracho;
mira que andar surcando mares esa gente
e incinerando sustancias pestilentes
en plan más bien idiota,
a expensas de la familia y de la hacienda.
El mundo es éste... y otro y a otra cosa, hermano.

(iya no se alimentan con carne, comen croquetas!),
el loro nos sabe amargo y además habla
que es para sacar de quicio al más bragado.

Nuestros primos primates sólo de hierba se alimentan;
tampoco son nuestro platillo favorito
y nos saca de balance su enorme parecido con nosotros.
Con éstos nos pasa un tanto como lo que nos ocurre
con el ave parlante:
hay algo, como que hay algo... si no en un plano ético o estético,
al menos sí inquietante...
(Tenemos, sin embargo ese mito moderno del gorila
ciclópeo sacudiéndose la trepada sobre las torres gemelas...
y de nuevo la bella y la bestia y esas vainas.)



Poetas del taller literario

Joel Piedra

Coordinado por Guillermo Fernández

Miguel Ángel Alvarado

Están aquí

Ya están aquí las tías.
 Las dos que tuve se perdieron en un llano sin cerca,
 en un campo que sembraron ellas mismas.
 Las tengo de vuelta.
 Manos frías calientan el café.
 Traen galletitas y fuman.
 Aquí estamos.
 El humo se asienta en la sala.
 Enamórate, cástate; no estés solo.
 Se oye el crujido de ropas tiesas.
 El café resbala por sus costillas. Están apenadas: mojaron la
 alfombra.
 Abejas incendiadas flotan en el aire. De pronto pierden las alas
 pero no caen.
 Se vuelven brazos y caras. Otras, flechas.
 Son de la vida estas cosas.
 Vendiste la casa; no tenemos en qué caernos muertas. Regalaste el
 perro.
 Miran las vajillas polvorientas.
 Las hormigas viven en sus huesos.
 La misa es a las siete. Nunca vas.
 Este sueño se apolilla.
 Me pregunto si querrán ahora rosarios, formol, fotos mías.
 Enséñanos las cuentas. Falta dinero.
 Piden más cigarros. Quieren licor. Cómo nos cambia la muerte.
 Sus brazos tienen serpientes y éstas se esparcen por el suelo,
 despacio.
 Vives con mujeres. Cuídate. Muerden.
 Qué de risas. Qué olor.
 Las tías ya se van. Cada año vienen a mirar.
 Les regalo leche, pan, cerveza. A mí me cuentan historias.
 Preguntan por los demás. Todos están igual.
 En lo inverso seguimos mejor.
 Me gusta que vengan. Ellas son lo que me espera.
 Las tías se van caminando despacio, muy despacio.
 Eterno es el tiempo.
 La casa se cae. El sol es una fruta dorada.
 Ya no tengo el mar envuelto en olas luminosas.
 Un grito. Otro año.
 Mis ojos son verdes. El grito tiene alas.
 Las nueve. Y todo al diablo.

En el profundo latido

1

En el profundo latido de la oscuridad, las almas puras toman besos de aguardiente y las doncellas ensalivan sus pezones; yo amo con mi pene quimeras infantiles; un par de idiotas magrea sus sueños; gente extraña mira sus ojos mirarse y los dioses mortales cortejan a la luna.

Atrapado en la boca nocturna, tomo el sendero del tiempo.

2

En un eco interminable se despeña el silencio. Nacen de mis ojos calles infinitas y el vacío se abre como rosa de los vientos.

El corazón del mundo está frío. Corre en avalancha el instante desgajado, la muerte se arrastra por el túnel del alba, mientras estoy conmigo y las manos y el agua del sueño se vuelve aire.

3

Aquí me toca vivir. Encerrado habitante del odio, quiero la cruz para lanzar mi esperanza.

4

Bajo el alba, un Dios deshecho es el mundo; cielo gris-presagio devora mis ojos al fin nublados.

Salto un redil de años para ver tiempo en ruinas o raíces y al hombre clavado en la piedra.

La familia

PIMIENTA, chile morrón, cebolla:
domingo de carbón encendido,
limonada y cerveza.
Gritería alrededor de la parrilla
en ambiente de guitarra y acordeón.

Mesa de familia:
mantel de plástico y platos de papel,
al centro tazón con pico de gallo,
tortillas de maíz, aguacate,
tostaditas con sal y limón.

Dedos con grasa y saliva,
camisas manchadas de costillas, fajitas y pollo,
salud por las carnes asadas!

LA VOZ de mi padre invoca fantasmas
a la sobremesa familiar:

Dibuja las montañas azules
y los ajetreos de establo.
Él aspira la tierra de madrugada
con una taza de café
que lentamente lo cobija.

Domingo de misa,
domingo de cumpleaños con mole de guajolote
y arroz blanco.
La tambora tiñe mejillas
mientras los botines aran el camino
de los bienaventurados.

Pero la lluvia...
La tierra es una plancha de hierro viejo
que fractura esas manos ya cuarteadas; no hay
sino un cúmulo de páramos llenando los ojos.
Al abandono, el neón
de un paisaje vecino del norte: las sirenas
anuncian la mañana.

EL FUNDADOR aún cabalga por la tierra imaginaria.
Una fotografía iluminada con flores
preside la nostalgia cotidiana.
Al día siguiente, ella, desayuna
con las mejillas aún más pálidas.

LA HERENCIA se sirve en platos desechables
y se come en honor de los ausentes.
El crepitar de las brasas acompaña a los recuerdos.
Los infantes construyen castillos
con la piezas verbales de la abuela.

Parrilla de familia, desencuentros.

Las brasas se maquillan de gris
y la nostalgia se hunde en la cerveza
como barco malherido.

La gritería se esparce por los rincones
al margen de los aconteceres del alma.
Las señoras se ocultan tras el lipstick
y los señores guardan silencio.

La sonrisa de las moscas

*Cada flor se evapora
igual que un incensario
S. Mallarmé*

Aquel joven
al que tal vez deban llorarle las sirenas
como un poeta insomne sueña que Herodes se revuelve
e implacable se ahoga en sus escupos.
Separado de sí mismo
a imagen y semejanza de un Narciso inabarcable
piensa en el solilómetro que aún no inventa
ni podría medir los grados de su soledad.
No le resulta fácil sonreír en el autorretrato
las estrellas se fueron de su estómago
y se quedó a solas con su caries.
Un doble círculo trazado en runas de dolor
Las iguanas se abisman en sí mismas
Los abedules lloran todo el tiempo
La estulticia agrieta los recuerdos
Un gato le saca la lengua al estupor
La liga rota de su sexo no sirve para amar a nadie
Los labios de todos los fantasmas aún están frescos
La piel ajada de aquel durazno vocífera
por el placer que no acabó de consumirlo
Cree que tal vez dejaron de soñarlo
no se descubre ya en los ojos de nadie
La sonrisa de las moscas y Biafra son tan reales
Se busca en quien creyó ser y extraña
Dios expulsó a sus padres del paraíso
ahora va a expulsar a Dios de sus infiernos
Se sabe una oquedad
que siempre aspira a ser llenada
Como libélula inmortal se sumerge en la tiniebla
confiada en la luz de su organismo
así se sumerge con sus trazos de genio
en la ciega maldad ignorante de todos
Cada flor se evapora igual que un incensario
Hubiera querido comerciar con la vida
pagar el precio de asistir a la mirada que nunca tendrá
Dios expulsó a sus padres del paraíso
Las brujas no pueden con el furor de sus palabras
Náufrago en tierra de nadie
en puerto de corsarios botín de forajidos:
asiste a los rituales de una camisa de once varas
que podrían ser dieciocho por placer
Aunque no se cuida mucho de jugar al juego
no le teme a la guadaña
se diría que quiere ver rodar la propia cabeza
No se descubre ya en el espejo

Cayetano Cantú en busca de los románticos griegos

En Reynosa, mi ciudad natal, no abundaban precisamente los materiales sobre literatura griega, pero mi profesor, de nombre Guadalupe, era un hombre muy imaginativo que nos leía fragmentos de *La Ilíada* y *La Odisea*. Supongo que en ese momento quedó sembrada la semilla que con el paso del tiempo habría de convertirse en una de las pasiones centrales de mi vida. Los griegos no me permitieron crecer: me dejaron en ese estado de niñez permanente que nos permite estar con los sentidos intactos. Una vez concluida la preparatoria, hice estudios de literatura inglesa en la Universidad de Edinburgh, en Texas. Posteriormente vine a México, donde ingresé en la carrera de Letras Clásicas. Recuerdo que me inscribió Eli de Gortari. Mis profesores fueron Frangos y Manuel Alcalá. Di clases de idiomas en la preparatoria seis.

En 1963 obtuve una beca para hacer estudios de filología en la Universidad de Atenas. Lo mejor de la vida es reconocer la novela que nos hemos fabricado, y ese primer viaje me sirvió para sentir y reconocer un paisaje que había conocido gracias a la elocuencia y entusiasmo de mi profesor de primaria. Atenas e Itaca no me defraudaron. La noche que visité Micenas tuve un ataque de llanto. No podía creer que estaba en el sitio de donde habían salido *La Ilíada* y *La Odisea*.

Mi inmersión al mundo griego clásico fue total. Hablaba, sentía y comía en griego. Inicialmente aprendí a cocinar por necesidad, pero la cocina griega ha sido otra de mis pasiones. Soñaba en griego y entré a psicoanálisis. Me veía vagando entre ruinas y conversando con fantasmas y vivos. En una ocasión soñé que no podía enterrar a mi padre, lo cual es una obligación en el mundo griego clásico. En ese sueño vuelvo a Rey-

nosa, coloco el cuerpo de mi padre en una caja de dulces y lo entierro en la noria del rancho de mi infancia. En ese primer encuentro y en viajes sucesivos, tuve oportunidad de conocer a poetas como Odysseus Elyttis, Yannis Ritzos, Katzimbalis y Valaoritis. Tenía un departamento en Kolonaki.

Mi primer viaje a Egipto fue estremecedor. La gente es hermética y agresiva. Sin embargo, en Alejandría poco a poco comencé a moverme en la ciudad que Lawrence Durrell retrata en *El cuarteto de Alejandría*. Conocía a personajes que le habían servido de inspiración y me di cuenta de que los ricos de ese lugar, como los de todas las legítimas aristocracias, viven para divertirse y lo hacen a la usanza antigua. Al vivir en una casa de 36 recámaras, sentí que tanto Cavafis como yo éramos extranjeros en ese mundo de europeos. En fecha posterior, el gobierno griego compró el departamento que había servido de vivienda a Cavafis para convertirlo en museo.

Quien hasta la fecha sigue siendo mi mejor amiga me regaló un ejemplar de la poesía de Cavafis, con lo que nació mi interés por la literatura moderna en general y por la poesía de Cavafis en particular. En 1967 volví a México. Traía conmigo, ya traducida al español, la mitad de la poesía de Cavafis. Creo que el traductor llega, de manera inevitable, a sus autores. Cavafis convino a mi naturaleza porque habla como yo, es direc-

La editorial El Tucán de Virginia editó *La guerra de las montañas*, con versiones, prólogo y notas de Cayetano Cantú. El traductor de Constantino Cavafis —de cuya poesía erótica ha aparecido una nueva edición, en el Instituto Veracruzano de Cultura— se dio a la tarea de traer a nuestro tiempo y a nuestra lengua a poetas del romanticismo griego. El Periódico de Poesía se honra al publicar algunas de esas versiones, así como una breve entrevista donde Cayetano Cantú comparte sus experiencias con el mundo helénico.

Dyonisios Solomós
(1798-1857)

El sueño

Recuerdo en sueños, alma mía,
diosa de la belleza
que contigo estuve una noche,
un sueño espléndido pareció.

Juntos caminamos por un embriagante jardín,
viste el brillo de las estrellas.

Díganme si entre ustedes
hay una en las alturas que brille
como los ojos de mi dama.

Díganme si alguna vez
vieron un cabello tan hermoso,
una mano, un pie,
una angelical visión de la belleza.

Esta forma de la gracia
una pregunta trae:
si ella es un ángel,
¿por qué carece de alas?

Hablábamos de esa manera
cuando ante mis propios ojos aparecieron
otras formas femeninas
vestidas de luz de luna.

Bailaban tomadas de las manos,
elegantes y pudorosas,

tratando con fervor
de ganar mi corazón.

Entonces, dirigiéndote a mí,
de tus labios escuché:
"¿Qué te parecen?"
Yo contesté: "Feas, en verdad".

Una sonrisa de ángel
brilló en tu cara
sentí un abrazo celestial.

Te llevé conmigo
cerca de un rosal en flor
y dejé que mi cabeza
se perdiera
en la blancura de tus brazos.

Cada beso que me diste, alma mía, con dulzura
hizo crecer una rosa
en el rosal
y eso duró hasta la aurora
que nos encontró pálidos
y cansados del amor.

Éste fue el sueño, alma mía,
recuérdalo
y haz que el sueño
sea verdad.
Así siempre me recordarás.

Oda a la libertad

Te conozco por la fuerza
de tu terrible sable,
te conozco por la mirada
que mide la tierra.

Libertad que brota
de los sagrados huesos
de los valientes griegos del pasado,
te saludo, te saludo.

Vives allí
amarga, tímida,
esperando la voz
que diga: "Ven de nuevo".

El día tardó en llegar,
reinó el silencio
porque a la sombra del miedo
se hallaba la esclavitud.

Andreas Kalvos
(1792-1869)

Oda I
A la patria

Hermosa patria mía,
isla maravillosa, Zakynthos,
mi origen,
para ti los dorados regalos de Apolo.

Acepta mi himno,
los dioses inmortales detestan
a las almas sin grandeza
y lanzan hacia sus rostros
el rayo.

Nunca te he olvidado,
nunca, aunque la suerte me alejó de ti,
he pasado la quinta parte de una centuria
en tierras lejanas.

Pero feliz o infeliz
siempre te tengo en mi mente,
cuando la luz ilumina con su riqueza
tus montañas y tus olas.

Cuando la noche cae
sobre las rosas del cielo
y cubre la tierra con su oscuro velo
eres el único gozo de mis sueños,
mi única dicha.

El sol una vez iluminó
mis pasos en la bendita Astonia,
allí el aire sonríe
siempre limpio y brillante,
la gente allí es feliz.

Allí las hijas de Parnaso bailan
y las bellas hojas coronan su lira,
violentas y bastas son
las olas del mar,
se lanzan y se retiran
de la playa rocosa de Albión.

En la orilla del Támesis,
el cuerno de la abundancia se vacía
en gloria y riquezas infinitas.

El aliento de Eolo,
allá me llevó,
los más dulces rayos
la libertad encendieron en mí
y con ellos me alimenté.
¡Qué bellos tus templos,
sagrada ciudad celta!

Afrodita se halla presente en ti,
en espíritu y palabra,
mas adiós Albión, adiós Astonia...
y adiós bello París.

Mi única amante es Zante.
Los bosques y
las oscuras montañas de Zante
oyeron el mensaje
del arco plateado de Artemisa.

Hoy, los pastores honran
los árboles y las frescas fuentes,
las nereidas
habitan tu tierra.

La ola jónica besó primero
el cuerpo de Citheria
y el Zéfiro jónico
acarició sus senos

y cuando el cielo ilumina
la estrella vespertina
y cuando los barcos navegan
con amor y voces musicales

la misma ola besa,
el mismo Zéfiro acaricia
los cuerpos y los floridos pechos
de las jóvenes de Zante,
flores virginales.

Tu clima es perfumado,
amada patria, ligero, limpio,
y enriquece al mar
con el olor de dorados limones

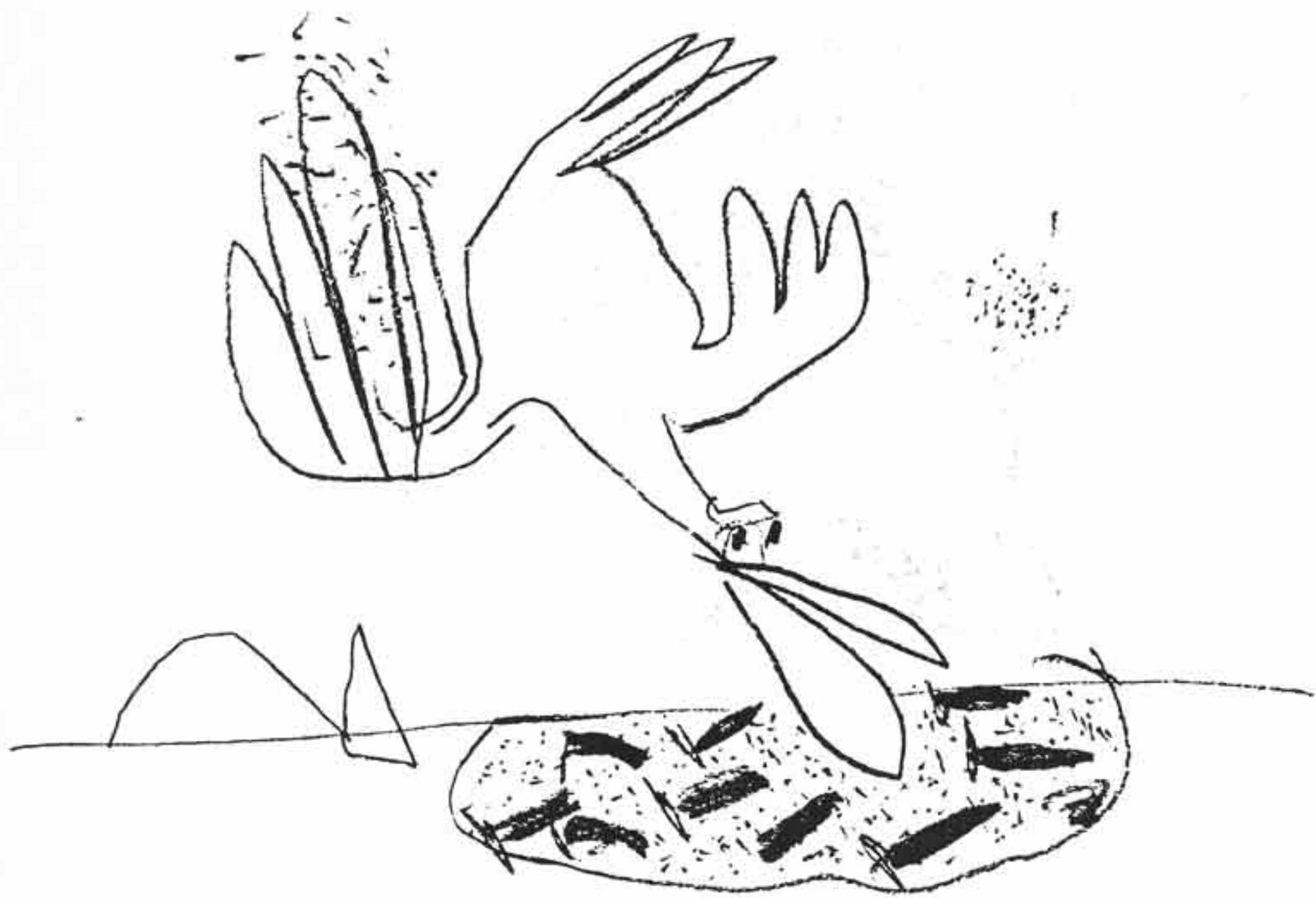
el rey de los inmortales
te dio viñas fuertes
y nubes transparentes y puras.
Te hizo inmortal.

La luz eterna
derrama en el día,
la vida sobre tus frutos,
las lágrimas nocturnas
son tus lirios

tu rostro nunca ha sido
cubierto por la nieve,
la estrella de la noche
nunca disminuyó
el esmeralda tuyo.

Eres feliz, y yo te llamo
la más feliz,
pues no conoces
el látigo enemigo del tirano.

Que el destino no permita
que yo yazga en tierra extraña
porque la muerte es dulce
sólo para los que duermen
en su patria.



Joulios Typaldos
(1814-1833)

Escape

Despierta, dulce amor, la noche está oscura,
todo es silencio, duerme la naturaleza.
Sólo la luna, en vigilia como yo,
navega por el agreste cielo.

Si ahora nos separa un mal deseo,
encontraremos un rincón en la tierra para juntos vivir.
¡Despierta, dulce amor, la noche está oscura!
Nos espera una barca en la playa solitaria.

La luna compasiva brilla aún
y ambos la miramos con lágrimas en los ojos.
"Rema, amor mío, rema. Huyamos lejos
mientras el viento guarda silencio
y sueña el mar."

Y cada vez que se hunde el remo en la ola,
la joven en la frente besa a su amado.
"Rema, rema amor mío, y huyamos lejos
mientras el viento guarda silencio
y el mar permanece en calma."

La tierra, como una nube opaca,
desaparece frente a ellos.
Con un suspiro, la doncella se despide:
"Adiós valles, fuentes, frescos riachuelos,
dulces amaneceres, aves,
adiós para siempre".

Madre, un inmenso amor
me arrastra a tierras lejanas.
"Rema, amor, rema y llévanos lejos
mientras el viento, en silencio,
nos acompaña por la profunda noche."

La luna trae consuelo
a mil desconocidos
secretos sufrimientos
y los jóvenes, en tierra ajena, la ven juntos,
sosteniendo entre sus brazos el paraíso terrenal.

Jacobos Polyas
(1826-1896)

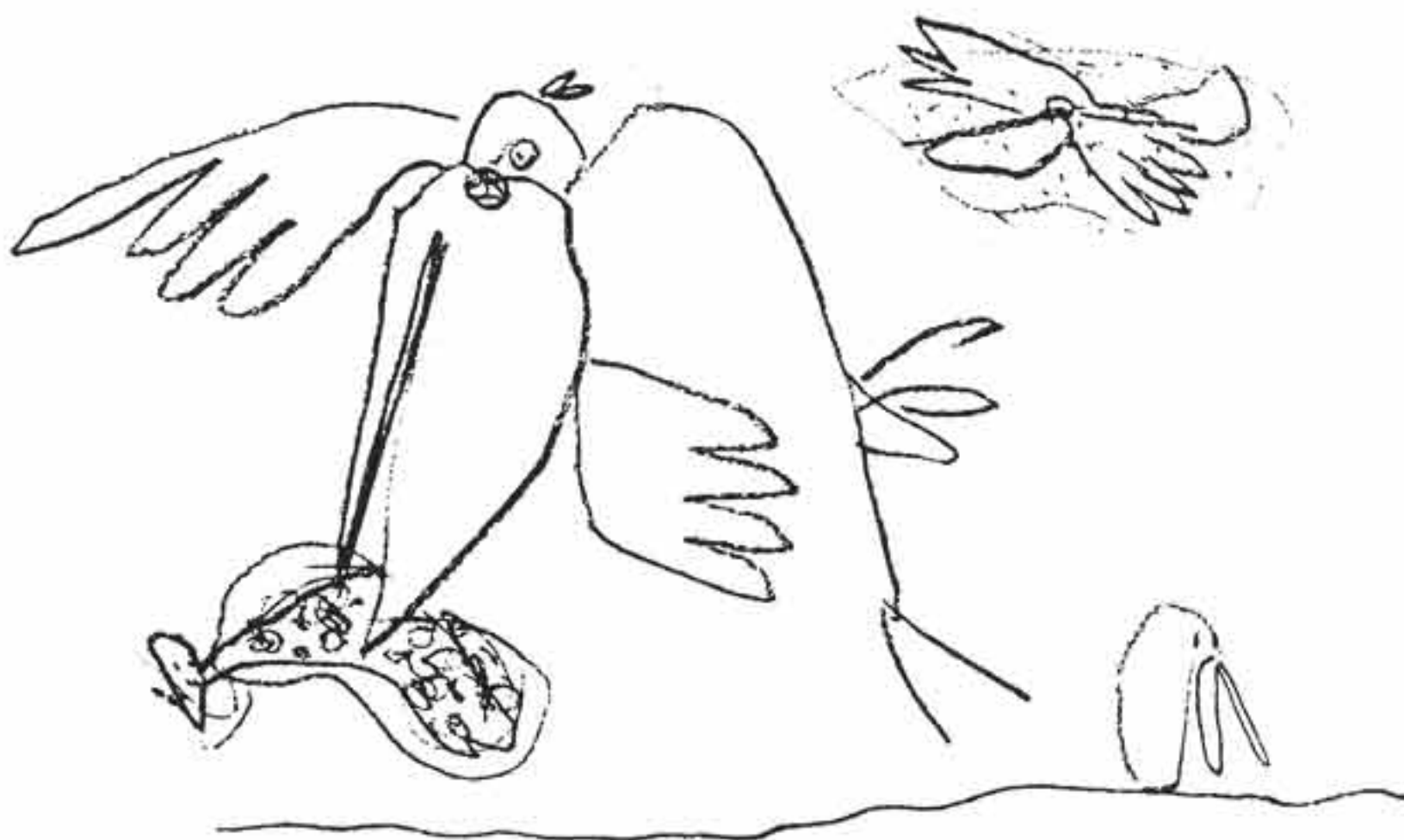
Primer amor

Si sobre tu dulce rostro
se extiende una palidez seductora,
sobre tus cejas y tus labios se dibuja
la modesta y casta virginidad.

Si la reflexión inclina tu cabeza
y tu alma se mantiene solitaria,
cuando levantas la mirada aparece
el amor de un ángel y el azul del cielo.

Si caminas con dulces movimientos
y ojos de enamorada,
reconoce la dulzura de tu alma.

Y si tu corazón envía a tus labios
una voz vacía,
rosas de consolación encontrarás
en cada pecho afligido.



erguida me amagas, coronada de espuma?
Quienquiera que seas,
ientérate que no moriré fácilmente!"

"Roca, me llamo venganza.
El tiempo me ha alimentado con hiel y odio;
crecí con dolor,
fui una lágrima, un día.
¡Veme ahora!
¡Me he convertido en un mar!
¡Cae a mis pies y adórame!
En mi corazón no hay plantas marinas,
llevo una nube de almas,
soledad y condena.
¡Despierta! Los pasos de mi Hades te persiguen...
Me convertiste en una cama de muerte...
acumulando cadáveres sobre mí...
me enviaste a lejanas playas...
y muchos se rieron de mi agonía,
muchos se regocijaron con mi muerte,
y con el perdón envenenaron mi alma.
¡A un lado, roca! ¡Voy a pasar!
La calma ya terminó.
¡Soy la ola que te devorará!
¡Tu enemigo implacable
se halla frente a ti, como un gigante!"

La roca guardó silencio, sorprendida.
Las aguas, rápido, cubrieron el cuerpo descompuesto.
Se hundía en el abismo, disolviéndose poco a poco
como el hielo en el agua.

El mar bramó por un rato sobre ella
y la ocultó después.
Allí donde se encontraba ese fantasma
nada queda,
Sólo la ola, blanca y azul, jugando sobre la tumba.

Lorenzo Marilis
(1860-1912)

Olvido

Felices los muertos que olvidan
la amargura de la vida, cuando el sol se apaga
y surge el crepúsculo.
No llores, no importa tu pesar.

En ese momento, las almas sedientas
van a la fuente cristalina del olvido;
mas el agua clara se enturbia
si alguien por amor derrama una lágrima.

Y si beben ellas del agua turbia
despiertan en campos de asfódelos
los viejos pesares, dormidos en el alma.

Si en la noche no puedes dejar de llorar,
que tus ojos lloren por los vivos,
ellos quieren olvidar, pero no pueden.

Panagotis Soutsos
(1806-1868)

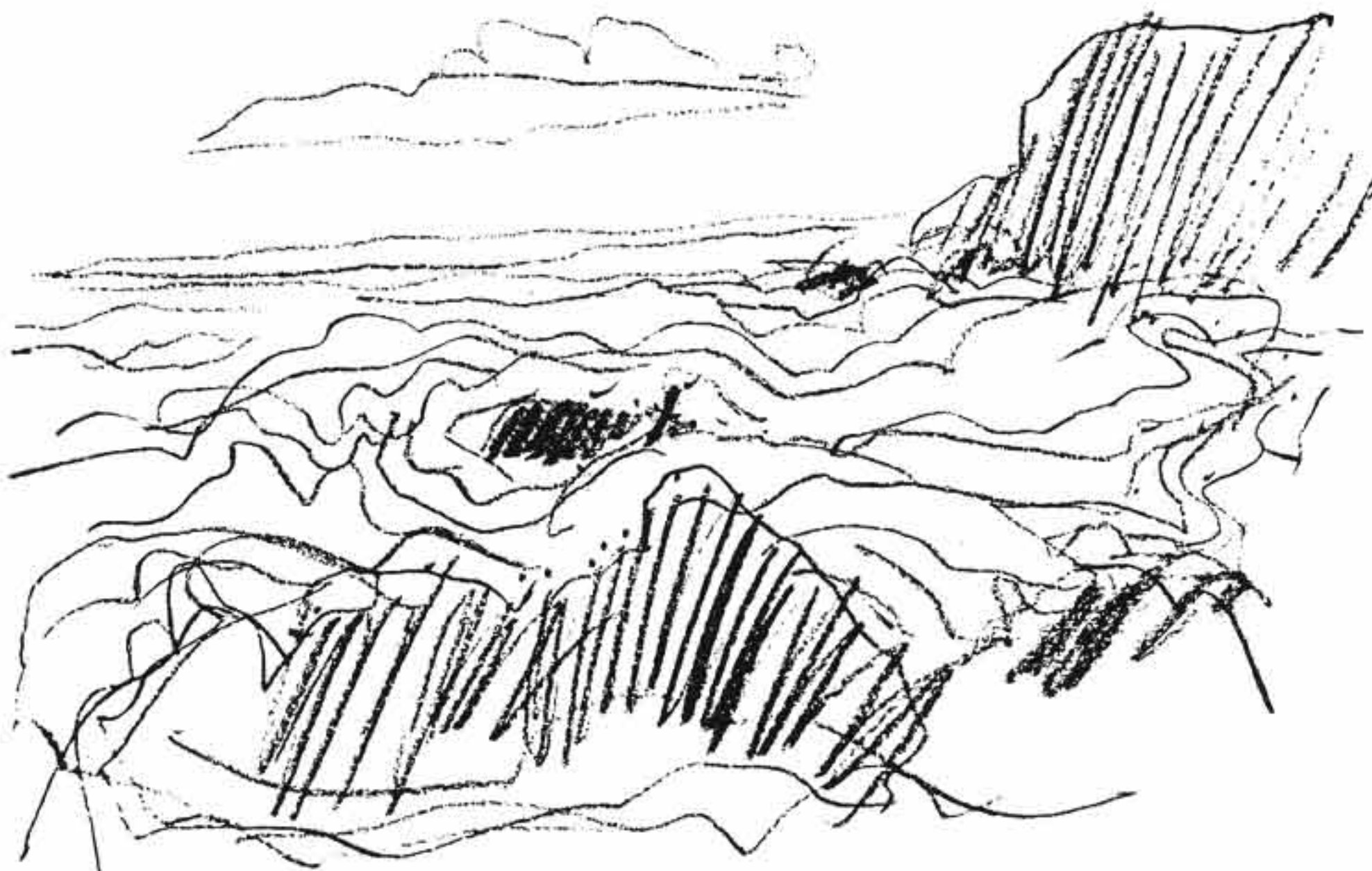
A la sombra de un pino

A la sombra de un pino me detengo con frecuencia
y observo los gozos sencillos del pueblo:
allí una joven refresca sus blancas manos
y bajo el laurel rosa, otra arrulla a su pequeño.

Allá un niño lanza una piedra
a las aguas del río;
a lo lejos, otra muchacha con canasta pesca un pez dorado.
El pastor reposa junto a la pastora sobre el fresco pasto
y acompaña con su canto
las bucólicas melodías.

¿Qué eres tú, pastor?
¿Qué soy yo?
Contigo en la pradera,
¿no podré un rebaño de ovejas conducir?

¡Deja el pueblo y ven amiga mía
a lo fresco de la tarde!
Ponte una flor silvestre en el pelo.
Sobre tu seno blanco y rosa
y con tus dulces besos quiero morir, pastora,
cerca de la fuente y de los bosques.



Alexandro Rizos Rangavis
(1809-1892)

El viaje de Dionysio

I

La belleza de sus frescas mejillas
semejaba el rubor de una rosa
cuando cae la nieve
y en ella florece.

Sobre sus hombros se derramaba
una cascada de pelo,
así como la luna brilla
pálida tras las nubes doradas,
brillaban sus hombros, sutilmente.

Con ricas gemas
sostenía su vestidura
y gruesas trenzas caían de su cabeza.

Cuando la alegría traicionaba a sus ojos elocuentes
corazones muy vivos contestaban
con melodías de amor.

Sus bellos labios,
como pétalos de flor,
sobresalían un poco sensualmente
y cuando reían parecía reír el cielo.

II

Regresó la noche, el relámpago
rompió la oscuridad,
y sobre de las enfurecidas aguas
un rabioso viento del sur luchaba
contra un enfurecido viento del norte.
Podías oírlos
en el ancho océano, bramando,
como perros con rabia.
Pálidas nubes
cruzaban el cielo.

El barco inhaló el viento,
abrevó el soplo de la tormenta,
y lleno de vida se levantó.
Cayó luego con gran desgarbo
y suspirando siguió su lucha.

Jorge Zalokostas
(1805-1858)

El frío viento del norte

Era de noche,
sobre el tejado soplaban el viento y caía una nieve
ligera.

¿Cuál era el terrible mensaje
del viento del norte?

El viento del norte congela los corderos.

En una casa una madre sufría:
había perdido a muchos de sus seres queridos
y llevaba diez noches sin cerrar los ojos,
cuidando al hijo en la cuna.

Tres de sus niños habían muerto ya:
angelitos blancos, como lirios;
quedaba uno y estaba cerca de la tumba.
El niño gemía con lágrimas
pidiendo ayuda.
Y la madre lloraba
golpeándose el pecho en su dolor.

Esos gemidos y esas lágrimas
castigaron mi alma,
porque esa pobre mujer era mi esposa
y la criatura, mi hijo.

Sobre el tejado de mi casa soplaban
el viento del norte que congela los corderos
y caía una nieve ligera.

Como demente se levantó la madre
cuando vio al doctor.

Todos estaban en silencio
y de la boca de ella salieron estas palabras:

¡Oh! ¡Qué calamidad ha caído sobre mí!

¡Mi hijo... mi hijo, doctor... mi hijo!

¡Sólo tengo uno,

no me queda ningún otro,

sálvelo y tome mi vida!

El doctor, con tristeza en los ojos,
guardó silencio largo tiempo y al final...

¡qué palabras inútiles!

"No tema aún", le contestó.

Fingía al acercarse al niño
y al tomarle el pulso,
mas hubo de esconder una lágrima que rodó
por su pálido rostro.

Sobre el tejado de mi casa
soplaban el viento del norte que congela los
corderos
y caía una nieve ligera.

Esperemos que ninguna madre
llegue a ver lágrimas en los ojos del doctor
cuando su hijo esté enfermo
en el lecho del dolor.



Aquiles Parasgos
(1838-1895)

El laurel

No me envidien, que nadie envidie al laurel,
porque riegan mi raíz con sangre y lágrimas amargas.
Feliz el hombre que no busca los laureles,
que en su pecho sólo lleva como adorno una rosa.
Corono la gloria y el dolor.
Sólo me llevan los prófugos de la fortuna.
Innoble envidia envenena mis ojos,
por eso corono a los poetas del mundo.

Joanis Karasoutsas
(1824-1873)

Jónico

¿Quién calmará mi alma?
¿Quién dará a mi deseo
las alas del Zéfiro?
¿Quién me llevará a los lugares
donde brilla la miel
como playa de oro?
Allí soplan dulces brisas
y en el campo vibran
las sombras de los arces;
allí florece el mirto perfumado
y todo es júbilo y calma,
excepto los tiranos.

Ésos siembran por doquier el terror
y destruyen la armonía
de la noble naturaleza,
éstos marchitan las flores
y su viento ha desolado a Jonia.



Kostis Palamas
(1859-1943)

La tumba

En el viaje al que te lleve
el caballero negro
asegúrate de no tomar
nada de su mano.

Si tienes sed, no bebas
el agua del olvido,
del inframundo el agua,
mi pobre avecita.

No bebas para que no
nos olvides por completo,
para siempre...
deja señales para no perderte.

Y ya que eres pequeño y ligero como la golondrina,
sin armas de guerra que suenen en tu cintura,
ve cómo engañas al sultán de la noche;
deslízate con suavidad, en secreto,
y vuela hacia nosotros.

Regresa a esta casa vacía,
precioso niño nuestro,
conviértete en el viento
y bésanos dulcemente.

El ciprés

Ante mí, la ventana
al fondo, el cielo
nada más que el cielo
y nada más;
al centro un alto y espigado ciprés ciñe
al cielo por completo y nada más.
Y si el cielo está sereno o ennegrecido
canta el azul gozoso la tormenta,
siempre igual, el árbol se mueve con dulzura,
tranquilo en su belleza, sin esperanza,
no hay nada más.

Atenas

Aquí el cielo cubre todo y
por todas partes brilla el sol
y algo como la miel de Himeto nos rodea.
Aquí crecen los lirios marmóreos
que no se marchitan,
y aquí brilla la madre de un Olimpo:
la divina Penteli.

El cincel se encuentra con la belleza,
en su pecho, en lugar de mortales,
Cibeles lleva dioses.
Atenea hace que brote la sangre violeta
cada vez que la hieren las flechas del atardecer.

Aquí reinan los templos y los campos del sagrado olivo,
aquí reinan ante el pueblo que se mueve con lentitud,
como una crisálida sobre una margarita.

Multitud de reliquias inmortales viven y reinan
en el pueblo de mil almas.
El espíritu brilla sobre la misma tierra.
Y yo lo siento: él lucha en mí mismo
con las tinieblas.





Joanis Gryperis
(1870-1942)

Muerte

Será bienvenida cuando llegue el último momento
a cerrar mis ojos para siempre,
cuando sea! ahora o más tarde!,
siempre y cuando no llegue como la tormenta.

Deberá ser primavera, por supuesto, como hoy.
Habrá una dulce puesta de sol,
habrá brisa que se lleve
el alma de blanco y
caiga como una flor de manzano.

Y adonde la lleve la corriente
entre jardines y flores...
no importa adonde vaya
que de las viejas voces
se escuche sólo
un adiós
que dará la triste fuente.

Lambros Porphyras
(1897-1932)

Espera muerte, bebe

Bebe tu vino en la taberna junto al mar,
en la esquina,
las lluvias de otoño han empezado.
Bebe viendo a los marinos y a los cansados pescadores,
hombres torturados por la pobreza y el mar.

Bebe para que el alma se aligere,
que si la mala suerte viene, le sonrías,
si nuevos sufrimientos llegan, con ellos también bebas;
y si llegara la muerte...
simplemente, ¡invítale una copa!



Sólo diré pocas palabras sobre el caso de Manzoni, el creador de *Los novios* (*I promessi sposi*), la primera novela moderna de la literatura italiana, mucho más ambiciosa y lograda, en relación con un plan narrativo, que el *Ortis* de Foscolo por la concepción de personajes populares y pertenecientes a las clases oprimidas por la bota española, por la creación de una lengua nacional, y por la extraordinaria armazón teórica en que se apoya. Conocida es la evolución ideológica de Manzoni desde su primera formación que simpatizaba con algunas ideas y personajes de la Ilustración y del pensamiento calvinista, hasta su conversión al catolicismo tras una serie de reflexiones, y de su matrimonio con Luigia Blondel, quien también abjuró del implacable y pragmático calvinismo.

Dos aspectos del todo armonizados constituyen el fundamento de la ideología manzoniana. Su gran realismo, repito: social, histórico, lingüístico y narrativo, y, en aparente contradicción con dicho realismo, su fe en Dios y en la Providencia. Esta última, se ha dicho, es el verdadero protagonista de *Los novios*, pues es ella quien se encarga del teje y maneje de los destinos personales de todos y

cada uno de los diferentes personajes, quienes prosiguen, pese a los tropiezos y a las momentáneas debilidades y dudas, el camino que deben seguir para la obtención de los propósitos providenciales. La conversión del *Innominato* o las bodas finales de Renzo Tramaglino y de Lucia Mondella son, en el pensamiento social y religioso de Manzoni, una propuesta que, para nuestro finisecular siglo XX, o incipiente siglo XXI, adolece de algo del todo utópico porque ya hemos perdido la fe.

Pero esto no era así para Manzoni. Para él es algo real y actuante la relación del plano trascendental con el de la historia humana. Renzo y Lucia son una metáfora de la historia del género hu-

mano que, con todo y sus tiranos y sus malos sacerdotes (don Rodrigo y don Abbondio), sabe hacia dónde marcha, porque es guiada por el Supremo Intelecto. Y en este sentido Manzoni y Dante son harto parecidos.

Sea de ello lo que fuere, tanto en Dante como en Machiavelli, en Foscolo y en Manzoni, cabe subrayar una poderosa voluntad de acción y un vigoroso componente realista y pragmático que mantenía un pie en el mundo de las ideas y el otro en la proyección del porvenir. De estos dos elementos, Leopardi poseyó a raudales el primero, mas careció del pragmatismo político por la falta de una praxis que en cierta manera sí tuvieron los autores de la *Divina Commedia*, de *La mandrágora*, de la *Oda a la amiga restablecida* y de *Los novios*. Su condición de noble y el reaccionario mundo social y cultural al que pertenecía, en religión papista a ultranza y en política restauracionista y proaustriaca, no lo ayudaron a que pudiera dar el salto hacia cualquier intento de tipo práctico. Considero que, en este sentido, sus viajes por Italia y sus intentos por salir de la asfixia de Recanati fueron muy poca cosa y rea-

tálamo de la Aurora, y del nocturno
oculto sueño del mayor planeta?
He aquí que se esfumaron
y el mundo se figura en breve carta;
he aquí, todo es igual, y descubriendo,
sólo la nada crece. A nos te veda
la verdad cuando llega,
oh caro imaginar; de ti se aparta
nuestra mente por siempre; a tu estupendo
poder primero nos sustraen los años;
y el consuelo murió del afán nuestro.

Nacías a dulces sueños, y el primero
Sol esplendía a tu vista,
dulce cantor de armas y de amores,⁴
que en edad menos triste que la nuestra
de felices errores nos colmaron:
esperanza de Italia. ¡Oh torres, celdas,
oh damas, caballeros,
jardines y palacios! Si en vos pienso,
piérdese en mil amenidades vanas
la mente mía. De vanidad, de hermosas
fábulas y de extraños pensamientos
se componía la vida: los echamos
al destierro: ¿hoy qué resta, hoy que su verde
perdiera el mundo? queda el acierto y sólo
ver que, salvo el dolor, es vano todo.

Oh Torcuato, Torcuato,⁵ a nos tu excelsa
mente entonces, el cielo
deparada, y a ti tan sólo el llanto.
¡Ay, mísero Torcuato! El dulce canto
no valió a consolarte, o a derretir
el hielo con que habían ceñido tu alma
tan cálida, el odio y la inmundicia
envidia de privados y tiranos.
Amor, de nuestra vida último engaño,
te abandonaba. Sombra real y firme
te pareció la nada, e inhabitado
páramo el mundo. Al honor tardío
no alzaste la mirada; la hora extrema
te fue merced, no daño. Muerte pide
quien probó nuestro mal, y no guirnalda.

Vuelve, vuelve, resurge de la muda
e inconsolada tumba,

si quisieras angustia, oh miserando
ejemplo de infortunio. Mucho, en eso
que reputaste triste y tan nefando,
nuestro vivir ha empeorado. Oh caro,
¿quién por ti lloraría,
si sólo de sí mismo todos curan?
¿Quién no llamaría estulto tu mortal
afán hoy día, si lo grande y raro
es nombrado locura;
ni envidia sólo, sino aún más dura
a los excelsos llega indiferencia?
Si más que cantos, cómputos se escuchan,
¿quién el lauro otra vez te aprestaría?

Después de ti, hombre hasta hoy no hubo,
oh desdichado ingenio
par al ítalo nombre, salvo uno,
único indigno de su edad cobarde,
alóbreo feroz,⁶ al cual del cielo
y no de mi cansada árida tierra
le llegó dentro el pecho
la virtud varonil; ignoto, inerme
(memorable ardimiento) en el proscenio
movió guerra a tiranos: dése al menos
esta mísera guerra
y a queste vano campo, a la ira enferma
del mundo. Así a la arena entró el primero
solo, sin émulos, pues ocio y torpe
silencio hoy a los nuestros sólo importa.

Desdeñoso, vibrando, inmaculada
vivió su vida entera;
la muerte lo libró de ver más males.
Vittorio mío, para ti ésta no era
tierra ni edad. Otro siglo, otra sede
conviene al alto ingenio. De reposo
vivimos hartos, guiados
por la mediocridad: caída el sabio
y ascendida es la turba, a un mismo linde
que el mundo iguala. Oh gran descubridor,
sigue; despierta muertos,
pues que duermen los vivos; las difuntas
lenguas arma de nuestros priscos héroes:
que este siglo de fango o vida ansíe,
y a ilustres actos surja, o se avergüence.

⁴ Ludovico Ariosto

⁵ Torcuato Tasso

⁶ Vittorio Alfieri. Los Alóbreos fueron antiguos habitantes de Piamonte.

de mi existencia frágil,
algún bien o contento
tendrá algún otro; a mí la vida es mal.

¡Oh grey mía que descansas, oh dichosa,
que tu miseria, creo, desconoces!
¡Cuánta envidia te tengo!
Y no porque de afanes
casi librada estés;
pues penurias, y daños,
y temores extremos pronto olvidas:
sino porque jamás pruebas el tedio.
Cuando en la sombra yaces, sobre el verde,
estás quieta y contenta;
y gran parte del año
consumes sin hastío en tal estado.
Si me siento en la sombra, sobre el verde,
un fastidio me estorba
la muerte, y un aguijón casi me punge
tal que, yaciendo, muy lejos me encuentro
de hallar paz o sosiego.
Pero yo nada ansío

y no tengo hasta aquí razón de llanto.
Lo que goces, o cuánto,
no sé decir; mas fuiste afortunada.
Y es escaso mi goce,
mi grey, ni de eso sólo me lamento.
Si hablar supieras, yo preguntaría:
dime: ¿por qué yaciendo
a su placer, ocioso,
todo animal se calma;
y a mí, el tedio me salta si reposo?

Si yo tuviera alas
para poder volar sobre las nubes,
y contar las estrellas una a una,
o como el trueno errar de cumbre en cumbre,
sería más feliz, dulce grey mía,
sería más feliz, cándida luna.
O acaso se extravía
mi pensamiento al ver la suerte ajena:
que quizá en toda forma,
o condición, ya sea cubil o cuna,
es funesto a quien nace el día natal.



XXXII Palinodia al Marqués Gino Capponi

El suspirar continuo a nada lleva.
Petrarca

Erré, ingenua Gino, asaz gran tiempo
y en gran medida erré. Mísera y vana
juzgué la vida, e insulsa más que todas
las épocas, la actual. Intolerable
pareció, y fue, mi lengua a la dichosa
prole mortal, si mortal debe o puede
llamarse el hombre. Entre desdén y asombro
desde el Edén fragante donde mora,
rió la alta prole, y de mí dijo
que yo, mal venturoso u olvidado,
e incapaz o inexperto de placeres,
mi hado creo común, y creo consorte
de mi mal nuestra especie. Al fin, entre humo
tan loado de puros, y entre el ruido
de hojaldres crepitantes, a los gritos
militares que ordenan los helados
y la bebida, entrechocar de tazas
y blandidas cucharas, refulgieron
a mis ojos las luces cotidianas
de las gecetas. Vi y reconocí
la pública alegría y las dulzuras
del destino mortal. Y vi el excelso
estado y el valor de las terrenas
cosas, y el curso humano todo flores,
y cómo nada aquí disgusta y dura.
No menos conocí además las obras
estupendas, y estudios, y virtudes
e ingenio y alta ciencia de mi siglo.
Y de China a Marruecos, de las Osas
al Nilo, y desde Boston hasta Goa,
no menos vi correr tras las pisadas
del alma Dicha, en lid y jadeantes,
reinos, imperios y ducados; a ésta
la asían del pelo suelto, o por supuesto
de la punta del boa. Viendo y pensando
sobre las anchas hojas, de mi antiguo
grave error, y de mí, sentí vergüenza.

Áureo siglo ya tuercen, Gino mío,
los huesos de las Parcas. Cada diario,
género vario en lenguas y columnas,
en cada tierra lo promete al mundo
concordemente. Universal amor,
ferrocarriles, múltiples comercios,
vapor, la imprenta y el *chólera* los pueblos
unirán, y los climas más variados:
ni maravillará que leche y miel
rezumen pino o encina, hasta que dancen
de un *walser* al compás. Tanto el poder

hasta hoy de alambiques y retortas,
y máquinas del cielo emuladoras
creció, y otro tanto crecerá en los tiempos
venideros; pues hacia lo mejor
vuela sin fin y volará por siempre
la simiente de Sem, Cam y Jafet.

Mas en verdad no comerá bellotas
la humanidad, si el hambre no la fuerza:
no depondrá el acero. Muchas veces
despreciará oro y plata, muy contenta
con pólizas de cambio. Y de la sangre
de los suyos no quitará la mano
la generosa stirpe: es más, cubierta
de guerras tendrá Europa y la otra margen
del Atlántico mar, fresca nodriza
de pura civil vida, con que lance
contrarias en el campo hermanas tropas
a causa de pimienta o de canela
u otro aroma fatal, o dulces cañas,
u otra razón cual sea que tienda al oro.
Virtud, valor certero, fe y modestia
y de justicia amor, siempre muy lejos
estarán, en cualquier público estado,
de comunes negocios; o afligidos,
derrotados del todo y sin fortuna;
porque siempre en el fondo por natura
se quedarán. Proterva osadía y fraude,
junto a mediocridad, reinarán siempre,
a flotar destinados. De la fuerza
y el mando abusará quien comulados
en extremo los tenga, o compartidos,
y bajo cualquier nombre. Hado y natura
esta ley escribieron en diamante
desde un principio; y con sus rayos Volta
y Davy no podrán borrarla, ni Anglia
con sus máquinas, ni este siglo nuevo
con Ganges de políticos escritos.
Siempre en tristeza el bueno, el vil de fiesta
y el ribaldo estará; perpetuamente
contra las almas nobles conjurados
y en armas estarán todos los mundos;
al verdadero honor seguirán odio,
livor, calumnia; cebo de los fuertes
será el débil, adulador de ricos
y siervo el pobre hambriento, en cualquier forma
de gobierno civil, lejos o cerca
de la eclíptica o el polo, hasta que al hombre
faltan la luz del día y su propio albergue.

Estas leves reliquias y estos signos de las pasadas eras, la que surge edad dorada bien llevará impresos: pues mil discordes, y mil contrastes principios tiene y partes por natura la humana compañía; y nunca fuerzas de los hombres valieron, ni intelectos a poner paz en estos odios, desde el día en que nació la ínclita stirpe, ni valdrán, por más sabio y poderoso que en nuestro siglo sea pacto o gaceta. Pero en las cosas más graves, entera, nunca vista, será la dicha humana. Más suaves día a día serán las ropas de lana o seda. Ya los toscos paños dejando, agricultores y artesanos de algodón vestirán su piel insuave y con castor se cubrirán la espalda. Mejor hechos, o mucho más hermosos a la vista, colchones y tapetes, sillones, canapés, bancos y mesas, camas y otros enseres, ornarán con belleza mensual los aposentos; y nuevas formas de calderos y ollas el fogón requemado admirará. De París a Calais, de allí a Londres, y de ésta a Liverpool, será tan rápido cuanto ninguno a imaginar se atreve, el camino, más bien el vuelo; y bajo la corriente del Támesis el túnel será abierto, obra osada e inmortal, como desde hace años se debiera. Con mejor luz, aunque a la par seguras que hoy día, estarán las callejuelas de las ciudades reinas, y quizá las vías mayores de ciudades súbditas. Tales dulzuras y dichosa suerte depara el cielo a la veniente prole.

¡Dichosos quienes, mientras esto escribo maullando recibe entre sus brazos la comadrona a los que corresponde ver aquel día soñado, en que por largo estudio se conozca, y con la leche de la nodriza aprenda todo niño, cuánto peso de sal, cuánto de carnes, cuántas fanegas de harinas engulle el patrio burgo cada mes; y cuántos nacimientos cada año y defunciones registra el viejo prior: cuando, por obra de potente vapor, en un segundo impresas por millones, llano y monte, y creo también del mar las vastedades, cual parvada de grullas que, de pronto a las vastas campiñas hurta el día,

recubran las gacetas, alma y vida del universo; y del saber en ésta y en las renientes eras sola fuente!

Como un chiquillo, con cuidado asiduo, de papel y ramitas, ya con forma o de templo, o de torre o de palacio, levanta un edificio, y lo ve apenas terminado, y ya quiere destruirlo, pues las mismas ramitas y papeles le son para otro juego necesarios; procede así Natura con sus obras: aunque de alto artificio al contemplarlas, no bien las ve perfectas, las deshace, usando, la otra parte los fragmentos. Y en vano a preservarse a él mismo y a otros del juego cruel cuya razón ignora eternamente, aporta el ser humano mil virtudes, actuando de mil modos con docta mano: y pese a sus esfuerzos la Natura cruel, cual niño invito, realiza su capricho, y sin descanso formando y destruyendo se divierte. Una familia así, varía, infinita de males incurables y de penas oprime al mortal frágil, destirado sin remedio a morir: pues una fuerza hostil, y destructora, lo acomete asidua y pertinaz, por dentro y fuera desde el día en que nace; y lo extenua, por siempre infatigada, hasta que él yace al fin por la cruel madre opreso y extinto. Oh alma gentil, esas miserias últimas de nuestro estado: la vejez, la muerte, que empiezan cuando oprime el labio infante el tierno seno que le instila vida; enmendar, creo, no puede el feliz siglo decimonono, más de cuanto pudo el décimo o el noveno, ni podrán más que aqueste jamás siglos futuros. Mas si una vez es lícito nombrar la verdad por su nombre, no otra cosa sino infeliz, en cualesquiera tiempos, y no sólo en los órdenes civiles, sino en todas las partes de la vida, por esencia insanable, y por la ley universal que abarca cielo y tierra, será todo hombre. Mas consejo nuevo casi divino hallaron los excelsos ingenios de mi siglo que, incapaces de hacer feliz a nadie aquí en la tierra, olvidados del hombre, se pusieron a buscar una dicha universal; y fácilmente hallada ésta, de muchos tristes todos y míseros, un pueblo

Notas sobre poesía en lengua inglesa

Federico Patán

IRLANDA. El Seminario Permanente de Traducción, asentado en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), ha estrenado un proyecto que sin duda resultará atractivo para ciertos lectores, esperemos que abundantes: una antología de poetas irlandeses contemporáneos. Aún en sus etapas iniciales, el proyecto adquirirá naturaleza de libro; en no demasiados meses se unirá a otras dos empresas del mismo Seminario, ya concluidas; una antología de poesía norteamericana actual (en librería desde hace un par de años) y una antología de poesía inglesa contemporánea (en prensa). El trabajo cuidadoso al que se sujeta cada poema, pues toda versión primera por cualquiera de los diez miembros del grupo pasa a comentario general, garantiza la buena calidad de la traducción. El volumen incluirá cinco poemas de cada uno de los treinta autores elegidos. Abarca el proyecto desde escritores nacidos en los veinte (Máire Mhacant Saoi, Richard Murphy, Thomas Kinsella) hasta los pertenecientes a los cincuenta (Paul Muldoon, Paula Meehan, Cathal Ó Searcaigh). Se ha procurado un equilibrio entre nombres muy conocidos en México (Seamus Heany) hasta varios que pudieran resultar una novedad interesante. En este *Periódico de Poesía* se tuvo ya un avance de tal proyecto.

JANE KENYON GRAYWOLF. La también poetisa Carol Muske ha publicado un sobrio comentario en torno a *Otherwise* (1996), que ha venido a ser el último libro de Jane Kenyon Graywolf, muerta de leucemia en 1995. Pusimos el adjetivo sobrio porque la circunstancia lo amerita; sabedora de su fin próximo, Kenyon evitó en su libro todo exceso de conmiseración por su estado, y la reseñista tuvo la cortesía de respetar el tono. *Otherwise* incluye una selección de textos venidos de los cuatro libros publicados por la autora, más el agregado de veinte poemas nuevos. En Kenyon tenemos una poetisa de las minucias cotidianas, de la busca de universales en los incidentes de lo diario. Los últimos dieciocho años los pasó en la Eagle Pond Farm (en Nueva Inglaterra), donde vivía con su esposo, el poeta Donald Hall, quien

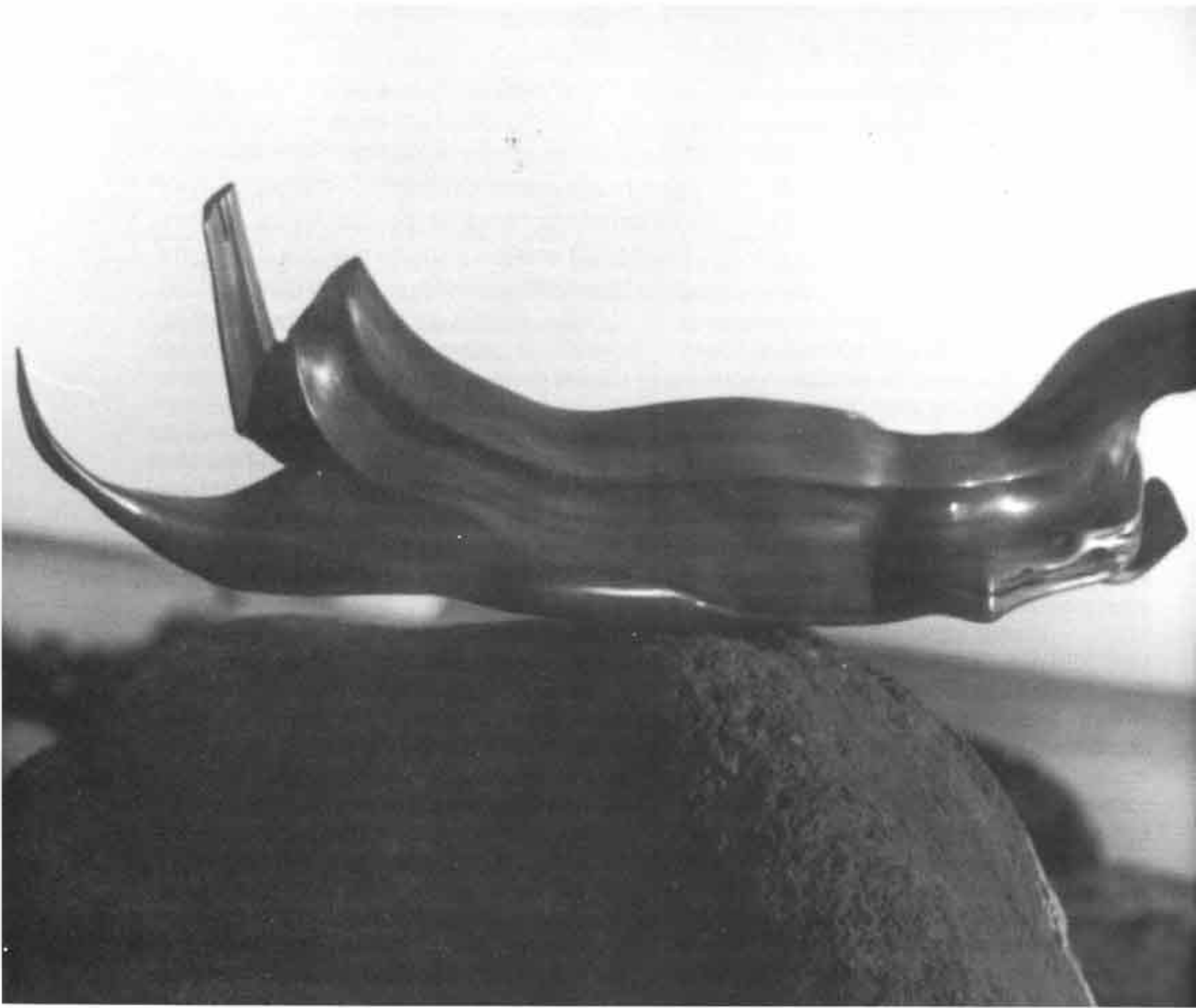
ha puesto un "Epílogo" al libro de su cónyuge. De vivir allí fue sacando el material pequeño de sus hondos poemas, y Muske nos hace ver que en Kenyon (heredera de Dickinson y de Frost) hay una relación íntima con el paisaje, que le sirve de consuelo y en ocasiones incluso de cura. Por ello, y en sus palabras, "la bendición del alma/ y el sufrimiento están unidos/ como las hierbas".

MARIANNE MOORE. Desde *Poemas* (1921), su libro inicial, Marianne Moore (1887-1972) comenzó a recibir la atención de la crítica, atención que en términos generales se volcó en alabanzas "su tono es a la vez elegante e irónico, con aires de conversación y sin embargo contenido..." ha dicho Harold Beaver; Hayden Carruth opina que de la obra de Moore surge "una ironía, una concentración de preocupaciones éticas que es, en los mejores poemas, poderosa en su escrupulosidad". Se ha visto, pues, que su abundante obra "destila percepciones morales e intelectuales, derivadas de una observación minuciosa y exacta de los detalles objetivos". Traductora de LaFontaine y autora de ensayos, Moore no quiso satisfacerse con esas actividades y les agregó otra: la de corresponsal. Resulta entonces que treinta mil cartas dan testimonio de su afán comunicativo.

Imposible como es publicarlas todas de golpe, ahora se tiene una no desdeñable porción de

ellas en el volumen *The Selected Letters of Marianne Moore*, aparecida en 1997. La edición estuvo al cuidado de Bonnie Costello, Celeste Goodridge y Cristanne Miller, siendo las dos últimas ayudantes de la primera. Según noticia que nos da Grace Schulman, poetisa ella misma y autora de un libro sobre Moore (*Marianne Moore: the Poetry of Engagement*, 1995), la compilación abarca desde 1905 (cuando la poetisa llega a la universidad de Bryn Mawr), hasta 1970. El tono de la correspondencia es de exaltación, y abundan las cartas en comentarios a lecturas, sitios visitados y amigos vueltos a ver o recién conocidos. ¿Habrá de extrañarnos que en estas cartas aparezca una "rigurosa rectitud moral"? No, que coincide con lo

expresado en los poemas. Ese rigorismo la llevó ocasionalmente a ser injusta con algunos escritores, pero a la vez habla de un espíritu firme en sus convicciones y claro en su modo de plantearlas ante el mundo. De esta manera, si por un lado se muestra profunda admiración por el Ezra Pound poeta, del otro se lamentan las actitudes políticas que sostuviera durante la Segunda Guerra Mundial. Schulman no tiene sino alabos para esta compilación, pues encuentra en las cartas de Moore la misma inteligencia de ideas que tanto abunda en los poemas. Como en aquél donde asegura que "el sentimiento más hondo siempre se muestra en el silencio; y si no en el silencio, en la contención". 



Alexander Pushkin (1799-1837)

(Paráfrasis de Pushkin)*

Apareciste ante mi puerta como un rayo cegador
por ti deseaba ser un gran poeta y alcanzarte
un viento liberando a su país
y el ritmo del cosmos, algoritmo marino giró en mi corazón.
Pero el tiempo pasó, montando una racha helada y gris
los años soltaron sus crines revueltas y no te pude ver:
la oscuridad reptó en mi rostro, se enroscó en mis ojos
y ennegreció mis labios con un veneno azul.
Pero el tiempo pasó, aún con su dolor sin fin
en una de sus esquinas —la tormenta— te volví a ver
surgida del blanco remolino: deslumbrante aparición
del más puro ideal de la belleza.
Y otra vez habló ante mí aquel oro de Saturno
y el entusiasmo astral de su contemplación
volvió a encender mi rostro.
Y recordé al que pudiera ser
al loco del abismo que quería salvar a su país
y el ritmo del cosmos, girándula de ámbar, girasol de la noche,
volvió a arraigar en mí.

* Versión libre.

Marina Tsvetaieva (1892-1941)

Magdalena (3)

Sobre tus caminos no voy a interrogar
Querida, todo se realizó
Yo iba descalzo y tú me arropaste
Con aguaceros de tus lágrimas y de tu cabellera.

No pregunto a qué precio
Se compraron tus esencias
Yo estaba desnudo y tú una ola
Con cuerpo y pared me ceñiste.

Tocaré con mis dedos tu desnudez
Más silencioso que el agua
Y más bajo que la hierba.

Yo era recto
Y tú me inclinaste apretado a tu cariño
Cávame un foso en tus cabellos
Cúbreme sin lino, apaciguadora,
Para qué quiero el mundo*
Tú como una ola me lavaste.

31 agosto 1923

* Este verso es de la versión popular oral (que me gusta más) y en la original es: Para qué quiero mirra.

Osip Mandelstam (1891-1938)

Por la estirpe más alta
Y la gloria sonora de futuras edades
Quedé sin mi copa en el festín de los padres
Y perdí mi alegría y mis honores.

El mastín de la época se abalanza sobre mis hombros
Pero no soy un lobo, no tengo sangre de fiera.
Metedme cual gorro en la manga de la pelliza siberiana
Y que su blanca nieve de los males me proteja.

Para no ver al cobarde ni la viscosa inmundicia
Ni los huesos sangrientos en la rueda.
Que la primigenia belleza de los zorros azules
Ilumine mi noche de extensión infinita.

Llévenme a la noche donde fluye el Yenisey
Donde se yergue el pino hasta alcanzar la estrella
Porque no soy un lobo, no tengo sangre de fiera.

Y sólo otro igual podría matarme.

Vladimir Mayakowski (1893-1930)

¡Escuchen!

¡Escuchen!

Si encienden en verdad a las estrellas
entonces —¿a alguien le hace falta?
Entonces —¿alguien quiere que existan?
Entonces —¿alguien llamará diamantes
a estos pequeños escupitajos?
Y desgarradoramente
en tormentas de polvo del mediodía
irrumpe con dios
teme haber llegado tarde
llora
besa sus rugosas manos
pide—
¡sin falta que aparezca la estrella!—
jura—
¡no soportaría
este sufrimiento sin los astros!

Y después
camina ansioso
pero tranquilo en apariencia.
Le dice a alguien:
"¿Ahora sí te sientes mejor?
¿No temes?
¿Sí?"
¡Escuchen!
Si encienden a las estrellas
Entonces —¿alguien lo necesita?
Entonces —hace falta
para que cada noche
sobre los techos
¡cárda aunque sea una estrella?!

1914

Estación

Caja inflamable de mis separaciones
Encuentros y despedidas
Estación, mi amiga fiel, mi preceptora
Sin contar tus méritos quiero empezar.

A veces, toda mi vida en bufanda,
Apenas si llegaba el tren
Y bozales de arpías resoplaban
Con vapores devorando nuestros ojos.

Cubierta de humo, póstuma
Quedaste con la partida del horizonte
¡Adiós mi tiempo, mi amada, mi alegría!
Conductor, yo salto ahora.

A veces se abría el occidente
Con las maniobras de las lluvias y los rieles
Y se agarraba a los copos
Por no caer bajo las ruedas.

Las trompetas bajaban sus antorchas
Ante neblinas de misas enlutadas
Quién, entonces, sino el ángel
El expreso, abandonó la tierra.

Ahora los atardeceres impacientes
Se lanzan tras las huellas del vapor
Ya arrancaron los campos y el viento
¡Cómo quisiera estar entre ellos!

Más allá de las barreras (1914-1916)

Marburgo

Yo temblaba. Yo me encendía y apagaba.
Me estremecía. Hace poco le pedí su mano
Pero ya era tarde, me intimidé, y mírame: el rechazo.
¡Qué pena me dan sus lágrimas! Yo soy más
santo que un beato.

Salí a la plaza. Y me creí
Vuelto a nacer. Cada minucia
Vivía y sin tomarme en cuenta
Se erigía en imagen del adiós.

El pavimento se fundía y la frente de la calle
Se bronceó, un guijarro miraba de reojo
Hacia el cielo y el viento, de barquero,
Remaba por los tilos. Y todos ellos eran aquella
semejanza.

Evadía sus miradas, como fuera.
No advertía sus saludos.
No quería saber ya nada de tesoros.
Huía de ellos para no estallar en llanto.

El instinto innato, ese viejo dadivoso,
Me era insoportable. Por todas partes me seguía
Pensando: "Amor infantil, contra una desgracia
Hay que andar detrás de ti".

"Vamos camina", ordenaba mi instinto
Y me guiaba sabio como viejo escolástico
Entre la virginidad de la espesura intransitable
De los árboles caldeados, de las lilas y de la pasión.

"Aprende a caminar primero, luego correrás"
—Afirmaba— y el nuevo sol desde el cenit
Miró cómo enseñaban a caminar
A un aborigen planetario por su nuevo destino.

A unos todo esto encegueció, a otros
Los tragarón las tinieblas como boca del lobo.
Escarbaban los polluelos entre las matas de dalias
Libélulas y grillos tictaquearon cual relojes
diminutos.

Flotaban las tejas. El mediodía sin pestañear
Observaba los tejados y en Marburgo
Había quienes silbando fabricaban las ballestas
Y quienes se recogían para la feria de la Trinidad.

Arena amarilla a las nubes devoraba.
Anunciando tormenta se enarcaban las cejas de
los matorrales.

Y el cielo se cuajó al caer
En un trozo de árnica cicatrizante.

Aquel día, toda, de la peineta a los pies
Como lleva un trágico de provincia un drama
Shakespeariano,
Te llevé conmigo y te supe de corrido
Ensayándote al vagar por la ciudad.

Cuando caí ante ti, abrazando
Esta niebla, este hielo, esta candente superficie
"¡Qué bella eres!" —fue el torbellino de bochorno...
¿De qué hablas?
Vuelve en ti. Todo se perdió, has sido rechazado.

(...)

A la memoria del Demonio

Por las noches llegaba
En el azul glaciar de Tamara
Con un par de alas enmarcaba
Donde ulula, donde la pesadilla acaba.

No sollozaba, ni entrelazaba, no;
A los descarnados y en las cicatrices azotados
Donde la pesada loza intacta quedó
Tras la tapia del templo georgiano.

Sin melindres la sombra, bajo la reja,
Tal horrible joroba.
Cerca de la lamparilla, la zurná
Levemente respirando no se enteraba de la zarina.

Pero el fulgor se rompía
En los cabellos que como fósforo crujían
Y la espiga no escuchaba
Cómo el Cáucaso en la tristeza encanecía.

A un *arshín** de la ventana
Penetrando lanillas de la pelerina
Juraba por las cumbres y su escarcha:
¡Duérmete amiga, regresaré en avalancha!

* Medida antigua rusa menor que un metro.

Mi hermana la vida (verano de 1917)

Dedicado a Lermontov

Aúlla el bosque
Por el cielo vuelan nubes tormentosas
En el ojo del huracán
Veo tus líneas virginales.
Lenau.

Sobre estos versos

Sobre las aceras los machacaré
Mezclados con cristal y sol.
Al techo invernal los declamaré
A húmedos rincones los daré a leer.

Con una reverencia al invierno y las ventanas
Se pondrá a recitarlos el desván.
Hacia las cornisas saltarán ladeándose los cambios
Las extravagancias, las ventiscas, las señales.

La borrasca arrasará durante meses
Borrando los principios y los fines.
Recordaré de pronto: el sol existe
Y veré: la luz hace mucho que cambió.

Con un polluelo de urraca me mirará la Navidad
Y el día soleado
Despejará mucho de lo que a mi amor y a mí
Jamás se nos podría ocurrir.

De bufanda, cubriendo los ojos con la mano,
Gritaré a los chicos desde la ventana:
Díganme pequeños, por favor,
¿En qué siglo estamos?

¿Quién limpió el camino
Hasta el hoyo escarchado de mi puerta
Mientras fumaba con Byron
Y bebía con Edgar Allan Poe?

Mientras estuve en el Darial* fui recibido
Como amigo en el infierno, en un depósito y un
arsenal.
La vida en el delirio igual que Lermontov estremecí
Como labios que se zambullen en vermut.

* Mítico lugar de Transcaucasia, profundo cañón del río Terek, inspiración de Lermontov donde estuvo exiliado por el Zar.

Lluvia de primavera

Sonrió al cerezo aliso, sollozó y mojó
La laca de los equipajes el estremecimiento de los árboles
Debajo de la luna rodando en fila india violinistas
Se dirigen al teatro iciudadanos en cadena!
Las charcas en la piedra, la garganta llena de lágrimas
Rosas profundas en húmedos diamantes ardientes
El azote húmedo de la felicidad encima de ellos
En las pestañas y los nubarrones.
Por primera vez la luna esculpe una epopeya en yeso:
Los eslabones y el temblor de los vestidos, el poder
de labios admirados, el busto por ninguna modelado.
¿En el corazón de quién toda su sangre
Brotó de las mejillas chorreando hacia la gloria?
Mírala manar: las manos del ministro,
Aortas y bocas anudaron un manojo.
Esto no es la noche ni es la lluvia ni un coro poderoso:
"¡Viva Kerensky!" La salida deslumbrada al foro
De las catacumbas, ayer sin soluciones,
No son las rosas, no son las bocas, ni el rumor
De las muchedumbres, es aquí, frente al teatro,
El maremoto de la noche vibrante de Europa
En nuestros asfaltos orgullosa.

Definición de la Poesía

Es el silbo súbitamente madurado
El chasquido de hielitos apretados
Es la noche que congeló a la hoja
Y el duelo entre dos ruiseñores.

Es el guisante dulce ahogado
Las lágrimas del universo en vainas
Es figaro de atriles y de flautas
Y se derrumba con el granizo sobre el huerto.

Todo, lo que es tan importante de hallar para la noche
En las profundidades de las certenejas
Y llevar a la estrella hasta la parterre
En las húmedas palmas temblorosas.

El calor sofocante más plano que tablas en el agua
El firmamento que cayó con el alisio
A las estrellas les sienta hacer reír a carcajadas
Es un lugar abandonado el universo.

Definición del Alma

Con la pera madura volar en la tormenta
Con su hoja indivisible.
Es tan fiel, dejó su rama
E iconoclasta se ahogará en sequía.

Con la pera madura, con el torcido viento.
Es tan fiel: "¡A mí no me revuelca!"
Le digo que volteee pues dejó de tronar en la belleza.
Dejó de arder, se regó por la ceniza.

Fulminó la tormenta a nuestra patria
Polluelo, ¿reconoces tu nido?
Hoja mía, más medrosa que el jilguero,
Mi tímida seda, ya no tiembles.

No temas, canción inseparable,
¿Hacia dónde podríamos partir?
"Aquí", adverbio mortal, ni te imagina
Nuestro indivisible palpar.

Definición del Arte

Desordena las solapas de las camisas,
Velludo como el torso de Beethoven,
Cubre sus fichas con la mano
Y es el sueño, la conciencia, la noche y el amor.

Y con qué pieza tan negra coronada
Con qué frenética tristeza
Prepara las presentaciones de la luz
Con el caballero sobre los terrestres peones.

Y en el jardín, al pie del sótano, desde el témpano,
Las estrellas derraman su perfume
Y exclaman con el Ruiseñor: sobre la tumba de Isolda
La helada de Tristán se atragantó.

Y es los jardines y estanques y verjas,
Y hierve con blancos clamores
El universo: sólo descargas de pasión
Acumuladas en el corazón.

Joseph Brodsky (1940-1995)

La Mariposa

I

¿Decir que tú estás muerta?
Tan sólo viviste una jornada.
Cuánta tristeza hay en la broma del Creador
Apenas puedo articular "vivió":
Unidad de la fecha del nacimiento
Y de cuando en mi mano te deshiciste.
A mí me desconcierta restar
Una de las dos cantidades
A los confines del día.

II

Después que los días para nosotros
No son nada —sólo nada—
No los atrapas
Y de pitanza para los ojos no los tendrás:
Ellos
En el fondo blanco
No tienen cuerpo, son invisibles
Los días son como tú
Exactamente ¿qué puede pesar
Disminuido diez veces
Uno de estos días?

III

¿Afirmar de lleno que no existes?
¿Pero qué es en mi mano
Algo tan similar a ti?
¿Y el color? Que no es fruto del no ser
¿De quién es este soplo
Que así se unta en la pintura?
Dudo que yo
Balbuceando un nudo de palabras
Ajenas al color
Pudiera delinear esta palestra.

IV

En tus alitas hay
Pupilas, pestañas, ninfas o aves.
¿Fragmentos de qué rostros es este retrato
volador?
Dime de qué partes y pizcas tu casualidad
Aparece una naturaleza muerta:
De cosas, quizá frutos,
Incluso el trofeo
Extendido de la Pesca.

V

Es probable que seas un paisaje,
Si tomo la lupa
Encuentro al grupo de ninfas,
al embrujo, la playa
¿Es tan claro allá como en el día
o tan abatido como la noche?
¿Qué estrella se encendió en la bóveda
celeste?
¿De quiénes son estas figuras?
¿Dime
De qué naturaleza
Todo el paraje se hizo?

VI

Pienso: tú eres
Esto y lo otro
Tienes rasgos de astro, rostro, objeto
¿Quién fue el orfebre
Que sin arrugar el ceño
Engarzó en miniatura
Los rasgos de este mundo?
Que enloquece.
¿Quién nos tomó entre sus pinzas:
Donde tú eres el pensamiento sobre la cosa
Y nosotros la cosa misma?

VII

Dime
Para qué este arabesco
Te fue dado sólo un día.
En el confín de los lagos
¿A quién esta amalgama
Reservará espacio de antemano?
Quitándote la posibilidad
El corto tiempo
De caer en la red
Estremecerte en la palma de la mano
Y en el instante de la persecución
Deslumbrar a la pupila.

VIII

Tú no me respondes
Y no es por timidez
Y no por algún mal
Y no por estar muerta.
Pues para cada criatura
—Viva o muerta—

En señal de parentesco
Se donó una voz:
Para el entendimiento, el canto,
La prolongación de un instante
de un día.

IX

Estás privada del empeño
Pero hablando con rigor: mejor así.
Para qué tener deudas con el cielo.
En el recuento no te aflige
Si tu siglo y tu peso son dignos del silencio
El sonido también pesa
Pero tú eres más incorpórea
Más insonora
Que el tiempo.

X

No alcanzaste a vivir
Hasta sentir el miedo.
Más fácil que el polvo te ensortijas
Sobre el tiesto
Estás fuera de lo transcurrido
Del pasado del porvenir con sus ahogos
Parecidos a la cárcel.
Por eso cuando vuelas hacia el prado
Soñando libar
El mismo aire —de pronto—
Toma forma.

XI

Así la pluma se desliza
En la suave blancura el abismo del cuaderno
Sin conocer el destino de su línea
(Donde el saber y la herejía se enredaron).
Mas confiándose a los empeños de la mano
En sus dedos
Se bate el habla
Muda por completo:
No quita el polvo acumulado de la flor
Mas sí el peso de los hombros.

XII

Esta belleza
Y su fecha tan pequeña
Uniéndose a esta conjetura
Tuerce la boca
Sin decir —claro—
Que en realidad
El mundo fue fundado sin objeto
Y si lo tiene
No somos nosotros.
Amigo entomólogo:
Para la luz no hay agujas
Y no las hay para las sombras.

XIII

¿El "Adiós"
Es la forma de los días?
Hay quien con sus razones
Quiere cortar el limo del olvido
Pero mira
La culpa de esto es que a su espalda
No carga días de mutuas sábanas
Ni espesos sueños
Ni pasado.
¡Pero mira el nubarrón de tus hermanas!

XIV

Tú eres mejor que la Nada
Más verdadera, más cercana
Más visible.
En el fondo eres su familia:
En tu vuelo alcanzó la encarnación
Y por ello
En el tumulto cotidiano
Eres digna de la mirada
Como ligera barrera
Entre Ella y yo.

La Estrella de Navidad

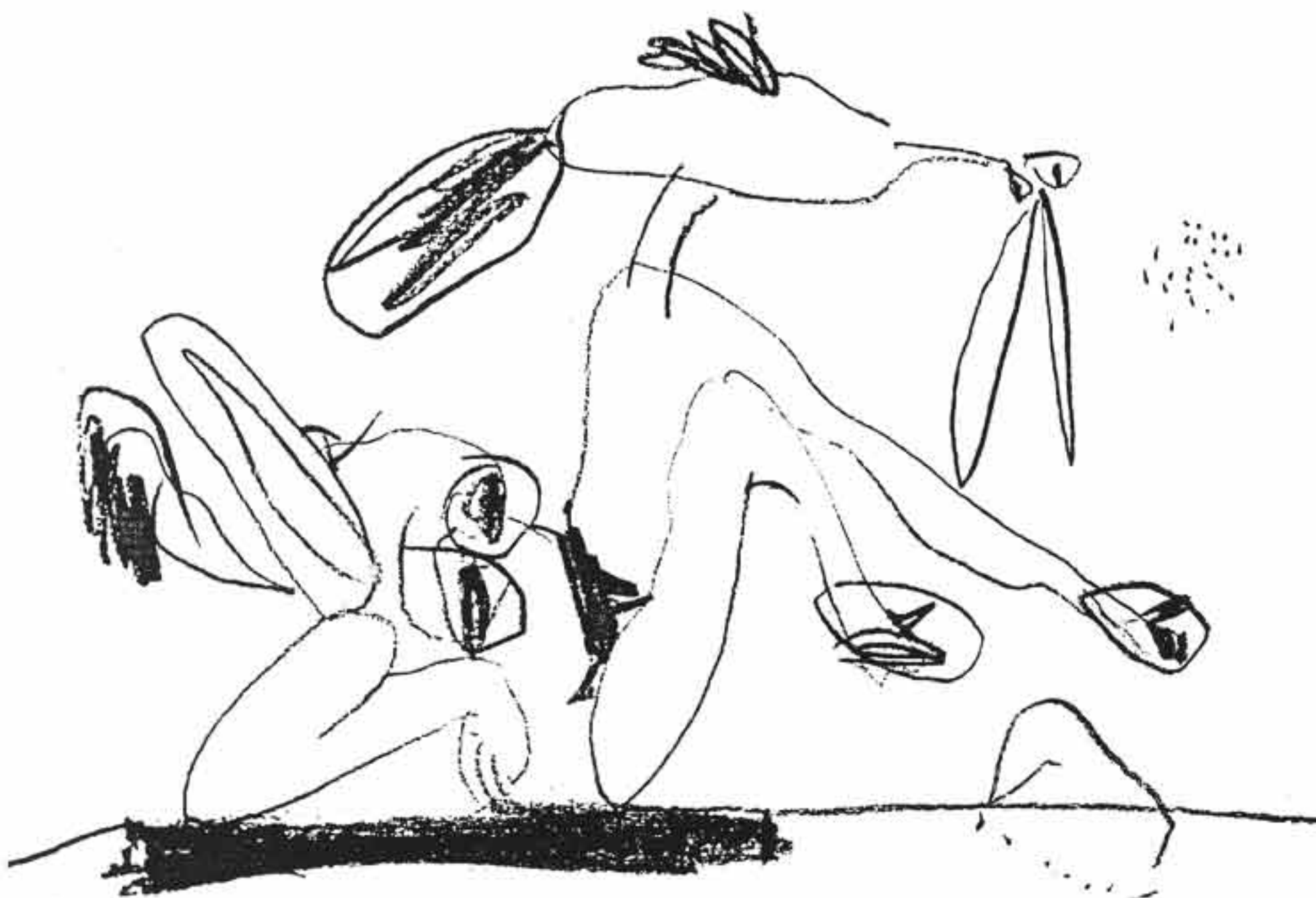
En una fría temporada
En el cósmico lugar
Inclinado más al calor que al frío
Y más que a la montaña hacia el llano
El niño dios sonrió en la cueva para salvar al mundo.
El blanco aullaba y barría:
Así la tiza del invierno
borra y atiza en el desierto.

A Él todo le parecía enorme: los pechos de la madre
El vapor amarillo de las ventanillas nasales de los toros
Los magos Melchor, Gaspar y Baltazar
Sus regalos traídos de tan lejos.

Él era sólo un punto.
Un punto era la Estrella.

Que atenta, sin parpadear, entre una misteriosa nube,
Sobre el pesebre del bebé,
Desde lejos, en el otro final,
Al fondo del Infinito,
Miraba hacia la cueva.

Y era Ella
La mirada del Padre.



estilísticas: barroquismo, sí, pero también ternura, sentido del humor, poemas de lectura múltiple y una informalidad sostenida en el cuidado extremo de la forma, lo cual ya se había apuntado vigorosamente desde el poemario precedente. La relevancia de *Algo así* en la trayectoria personal de su autor —tanto por la madurez alcanzada como por ser la primera obra en la que el poeta alcanzó la plenitud de su voz y porque el poemario no tiene desperdicio en ninguno de sus textos—, convirtió en precursores a los tres primeros libros.

Ángel José Fernández realizó seis exploraciones —entre *Escribir sin para qué* y *Algo así*— alrededor del poema de lectura múltiple, en la que la distribución tipográfica de los versos va señalando, como en una partitura, las variadas direcciones de una interpretación trenzada (tres, por lo menos, según se lean exclusivamente los versos de la columna izquierda, los de la derecha o la totalidad del texto); de entre ellos, “Era yo un tonto corazón, y *The ballad medley* —Charly Parker, Concierto del 52— me ha dicho y hecho tres palabras y uno solo (Un Huidobro en Sí Menor)”¹⁸ fue el poema que culminó esta línea de exploraciones: así lo confirman la exactitud de todas las lecturas y su ensamblaje riguroso para producir, por lo menos tres textos en uno.

Otra impresión causada por *Algo así* es que, para Fernández, el poema no es un solo poema sino una serie agrupada bajo distintos polípticos, de ahí que en su obra exista lo que Paz considera una de las características de la cultura poética moderna: el poema extenso en el que se percibe, más que un tono “narrativo”, el transcurrir de una voluntad expansiva, integradora, contemplativa, lo cual hace de un grupo de textos una historia agazapada subterráneamente del otro lado de la objetividad, historia que no suma acontecimientos, descripciones y peripecias a través de un argumento, sino que sugiere las entrevisiones que develan esas otras posibilidades —las verdaderas— ocultas bajo el orden cartesiano: por decirlo de alguna manera, describen el rostro velado de las cosas, son crónicas con imágenes de instantes que se niegan a las leyes de la causalidad.

Aunque *Aprender de una sombra* apareció en 1981, el mismo año que *Algo así*, y comparte con

éste la madurez expresiva, me parece encontrarle más afinidad con el que Fernández publicó el siguiente año: *Epigramas de mayo*. Ambos coinciden en una temperatura homogénea para enfrentar el tema amoroso y el de la separación, ambos coinciden en una mayor medida de la forma (se abandona en los dos el experimento del poema trenzado, por ejemplo, o la tendencia a ciertas formas versiculares que aparecieron en *Algo así*); en ambos, las imágenes buscan reforzar la transparencia del sentido y se apoyan en la (otra vez) reelaboración de los asuntos y frases cotidianos para reubicarlos en un nivel poético diferente. En los dos libros anteriores, el amor, la ternura y la separación ya habían sido asuntos recurrentes; sin embargo, creo que el tema alcanzó sus propuestas más sencillas, frescas, serenas y equilibradas en *Aprender de una sombra* y *Epigramas de mayo*. *Arenas de cristal*, *Nocturno al amanecer* y *Furia en los elementos* alcanzarán otras iluminaciones al respecto, tal vez con más depuración, pero con un acercamiento menos exclusivo, en cuanto a la temática general de esas colecciones, y con formas más alambicadas. En ambos libros, también, Fernández define las características de su acercamiento al asunto amoroso: hablar al tú femenino de los poemas y, después de haberlo mirado y asediado con la palabra poética, regresar al yo que habla para entender los efectos que el amor o la separación han dejado en él, lo cual hace de la mujer un camino y espejo de conocimiento, simultáneamente gozosos y dolorosos.

Sandro Cohen¹⁹ describió de manera sintética y aguda el proyecto de *Aprender de una sombra*: “gira alrededor de este sentido de pérdida [el *withdrawal*] para ver el amor a través de su ausencia, de la sombra que dejó. Pero el poeta lo entiende como un aprendizaje, y todo aprendizaje es positivo porque, a su vez, implica reconocimiento”. Eso es, en efecto: un poema extenso acerca de la declaración y del descubrimiento de amor a través de la ruptura, la separación, la distancia y el ya-no-estás, de la sombra que enseña mediante la ausencia del ser al cual representa, como si fuera un trasunto de esa esquiva sombra suspendida del soneto sorjuanesco o rememoración de los adioses de Dido, en la versión de Henry Purcell: “Remember me, but ah!, forget my fate”. El poema no sólo prefigura lo que Fernández habría de retomar en *Orbayu*, diez años después; también es necesario señalar el impacto de una nueva sombra tutelar en voz del poeta, menos obvia y más profundamente asimilada que las

¹⁸ *Ibid.*, pp. 74-77. En la edición de *De un momento a otro*, el final del título se convierte en “(Pieza en Huidobro menor, para solista)”. La edición de *Reino posible* lo elimina. Asimismo, en la edición de *De un momento a otro*, el poema se dedica “al Perseguidor de Cortázar”, mientras que en *Algo así* y *Reino posible* no hay dedicatorias. Los títulos en *Algo así* y *De un momento a otro* ofrecen pequeñas variantes tipográficas y de puntuación respecto a *Reino posible*, a la que considero la versión definitiva.

¹⁹ Cf. Sandro Cohen: “Amor y erotismo en la poesía de Ángel José Fernández y Vicente Quirarte” en *Revista A.* (México, D.F.) mayo-agosto de 1986: VII, núm. 18, pp. 111-117.

gría". La sección "Arenas de cristal" significó un contrapunto en el desarrollo del libro: en un modo grave (y en tono menor, para proseguir con las afinidades musicales), las cuatro prosas que lo integran fueron un acercamiento zozobante al tema de Dios y a la crisis religiosa vivida por el autor. El poema con el que se clausura el libro, "Estar triste", resuelve el tema que anuncia desde su título: la tristeza sin desgarramientos producida por una ausencia (la de la mujer amada y, después de las secciones precedentes, la inevitable, de Dios, como casi fraternal despedida de un amigo que se fue).

Arenas de cristal, poemario que debió su título a un epígrafe de Saint John Perse ("...y el sol entierra sus bellos sesterrios en las arenas..."), abrió el camino a la discusión del tema de la duda fideísta y al de una mayor complicación de la forma, especialmente a través de ciertas heterodoxias gramaticales y la elaboración de campos metafóricos de no siempre fácil persecución. Dos años después, en 1984, Ángel José Fernández anunció, desde el oxímoron de *Nocturno al amanecer*, que ya había cocinado nuevos proyectos verbales, los más complejos de toda su trayectoria poética, hasta ese momento; simultáneamente, cerró el ciclo de sus reflexiones religiosas.

Nocturno al amanecer fue nominado al premio "Los Abriles", en 1984, el cual fue otorgado una sola vez por la efímera Asociación Mexicana de Críticos Literarios de Periodismo. Este reconocimiento a la trayectoria poética de Fernández (que sólo se quedó en nominación) era, también, un reconocimiento de la cúspide alcanzada por el poemario: construido por dos poemas extensos, ambos parecían resolver dos de los caminos seguidos por su autor: el de Dios, explorado en el poemario precedente, y el de las ambiguas relaciones de amor y odio, encuentro y separación, que son características del pensamiento amoroso del poeta. Puede pensarse que el tema de la pérdida de Dios y el de la pérdida de una relación amorosa serían los goznes que le dan unidad al libro, o que ambos son variantes de un solo amor producido por la misma persona, pero el poemario también se construyó alrededor de otra unidad: la angélica. Dentro de una tenue referencia a las *Elegías de Duino*, de Rilke, autor muy querido para Fernández, "Tempestad en la lumbre" muestra el amor a un Dios que, inexorablemente, se va disolviendo en su propia ausencia; ya sin Dios y como ángel caído, la voz del poeta Ángel compara a la mujer del segundo poema con otro ángel. Sin embargo, ningún mensajero y ningún espíritu puro detuvieron la segunda pérdida, la de la mujer amada. A pesar de que *Nocturno al amanecer*

refleja el desastre producido por dos rupturas, el primer poema terminó con un "¡Nunca!" que funciona como una ambigua distribución de responsabilidades entre Dios y el Ángel que le habla, ambigüedad que parece apuntar a la persistencia del ser y del mundo, no obstante la muerte de Dios. El segundo poema, al concluir con una exclamación semejante: "¡Hasta nunca! ¡Hasta pronto!", se entroncó con el espíritu del primero, contaminando ambas lecturas y relativizando el efecto de las despedidas y rupturas para proponerlas como un reencuentro dilatado en las incertidumbres del futuro. La paradójica noche que se abre con el amanecer o el nocturno (forma romántica enamorada de la noche) dirigido al amanecer, metaforiza la súbita consunción de lo que apenas va naciendo desde el libro más ceñido, unitario y redondeado de los escritos por Fernández hasta 1984: la necesidad de Dios y el amor por una mujer.

Si *Nocturno al amanecer* fue, después de *Aprender de una sombra*, el mejor integrado de los poemarios de Fernández, las tensiones de estilo buscadas por el autor casi desde *Escribir sin para qué* llegaron a un punto de solidez y densidad no vistos en los libros precedentes. Por un lado, volvió a aparecer la insistencia en figuras ya trabajadas por Fernández, como el juego de palabras; también, como en *Arenas de cristal*, Fernández prosiguió con los experimentos gramaticales, como convertir el complemento usual de un pronombre posesivo en uno abstracto e inusual en español: "no me acuerdo de nada... ni dónde vives".²⁰ Los oxímoros y paradojas tampoco fueron infrecuentes: desde el título del poemario, Fernández anunció la insistencia en un proyecto retórico, el cual siempre ha buscado la ambigüedad de expresión para multiplicar la riqueza del sentido y propiciar lecturas más profundas del poema. Aparte del ya comentado "Nocturno al amanecer", habría que mencionar versos como "Hace un porvenir corté la flor..."²¹ Finalmente, las construcciones con hipérbaton, que fueron avanzando en la obra de Fernández desde *Escribir sin para qué*, aunque de manera esporádica, comenzaron a perfilar sus logros más personales.

De un momento a otro no reunió la totalidad de la obra compuesta por Fernández hasta 1984, pero la selección que realizó junto con Alfredo Pavón, crítico achotaleño, y las *addenda et corrigenda* que preparó el autor, fueron un indicio de lo que éste pretendía dejar en la memoria de sus lectores. En tal sentido, los ocho poemarios que confluyeron en ese libro (más los textos concebidos, *ex*

²⁰ "Tu elegía, III" en *ibid.*, p. 29.

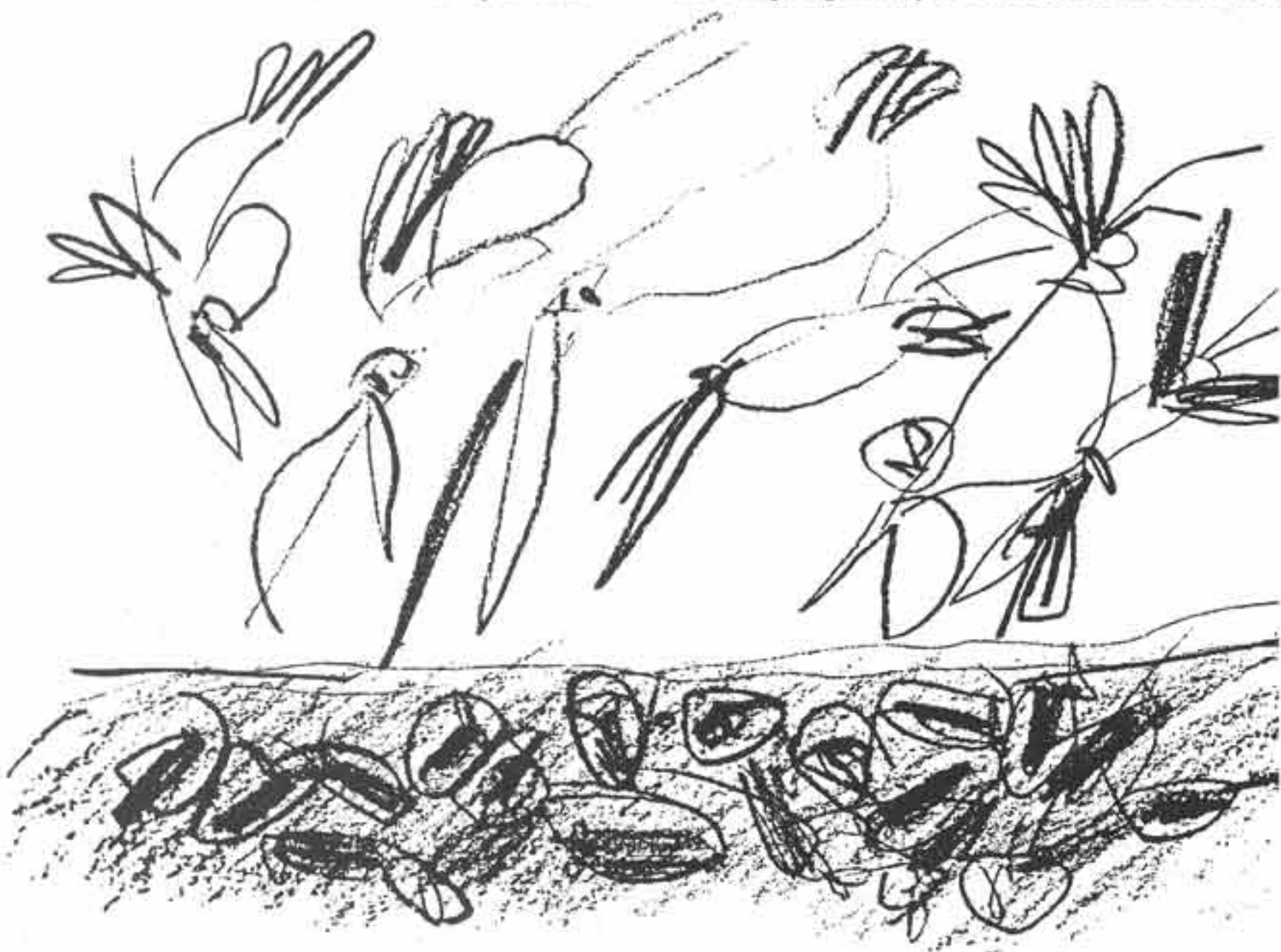
²¹ "Nuestro génesis" en *ibid.*, p. 22.

professo, para el mismo, y *Furia en los elementos*) adquirieron formas más definitivas y señalaron las direcciones y búsquedas que, después, devinieron las siguientes dos obras. En *De un momento a otro* Fernández alcanzó un equilibrio afortunado entre la reflexión acerca de temas dolorosos o punzantes (aunque no todos los poemas tengan esta temperatura) y una forma cada vez más desabrochada que regresó al verso libre, acentuó la contaminación de las atmósferas poética y cotidiana, y llevó más lejos el constante juego con las palabras. El resultado fue un volumen en el que forma y contenido se opusieron en sus tonos para evitar la caída en el desgarramiento verbal o en las formas melancólicas, lo cual produjo, a su vez, una poesía risueñamente triste con sensaciones esperanzadas, afirmativas y antisolemnes.

Como parte de *De un momento a otro*, *Furia en los elementos* ofreció una unidad interesante, puesto que el propio Fernández la desgajó para integrarla en la antología *Azoro de voces...* En tal medida, resulta un conjunto relativamente independiente de las demás secciones de ese nuevo libro que, sin la reunión de las obras que se publicaron entre 1975 y 1984, también puede llamarse *De un momento a otro*. Si el tema amoroso que lo recorre dio unidad al conjunto de *Furia en los elementos*, el sistema de contrapunto resolvió temáticamente los itinerarios elegidos por Fernández: los momentos desazonados de la soledad no bastan para deshacer los alcances gozosos del amor. Por otro lado, *Furia en los elementos* también se resolvió en una unidad alrededor de las exploracio-

nes formales, hasta el punto del abigarramiento, especialmente en los dos primeros textos. Así, en los ocho poemas no hay una verdadera interrupción en los juegos formales ni en el flujo del recorrido feliz que, melopencamente, inaugura el primer soneto, desde ojos que entrecruzan sus miradas y miran lunas —elevando la conciencia del locutor poético hasta el punto de hacerlo tocar sus mejores y más extremos límites personales—, desde un sistema de rimas cuya dificultad y rispidez melódicas hace pensar más en alguien como Stockhausen que en Mozart (-oño, -undo, -ismo, -umo), y desde una complejísima experimentación de encabalgamientos, elisiones, hipérbatos, juegos de palabras, aliteraciones y oxímoros asimilados en formas paradójicas.

Entre *Algo así* y *Furia en los elementos* se constituye el segundo y más dilatado momento de la primera época de Fernández, con seis poemarios aparecidos entre 1981 y 1986, caracterizado por una constante vocación de la forma, complejidad en el vehículo formal y una mayor naturalidad en el comercio con la palabra. Cinco años después, Ángel José Fernández publicó *Orbayu*, breve *plaque* con doce poemas que representaban el producto de un lustro silencioso. La razón más poderosa para producir tan extraño mutismo en un poeta que se había caracterizado por la fecundidad, traducida en diez poemarios durante once años de vida literaria pública, debe buscarse en dos fechas: el 6 de diciembre de 1986, cuando murió don Lorenzo Fernández, padre del poeta, después de una larga agonía, y el 20 de abril de 1987, día en que



Entre el paisaje y la campiña [de Xico a Xicochimalco, Veracruz]

Ángel José Fernández

A mi padre Rubén, en sus 74

1

UNA higuierilla enferma de tenchos colorados,
nos indicó el barrunto a la montaña.

El día estaba metido en una nube.

Caminamos adentro. Era el día
en que volvió a juntarse, entre turbiones,
la lluvia de la noche con la víspera.

Aquella luz grisácea de septiembre
reciclaba el bochorno y la quietud del aire
nos abatía el aliento.

Para colmo, el paisaje nos dejaba
con las bocas abiertas.
Deseábamos llegar al viejo caserío
y yo quería ir contigo lo más lejos.

La asamblea de huizaches y el potrero
nos miraba pasar sin saludarnos.

2

EL CAMINO ES SINUOSO.
Sobre el borde del cerro
sube entre arroyos liebres,
que descienden del Cofre.

La vereda, un tapete
de piedra triturada,
que en su punto mayor
topa en las nubes.

Sus caudales augurios
cuchichean en voz baja,
mientras llegan al mar
o al mismo cielo.

(Las canciones del agua,
aquí contracorriente,
denuncian resistencia
que al pueblo ciñe origen).

Para subir al cielo, necesito la gracia
que sólo para mí guardan tus ojos.

3

SENTADO frente a ti, en una piedra verde,
te contemplo a la sombra de ese ilite
lleno de hongos, de musgo y de parásitas.

Es la tregua exclusiva en el tramonto.

Los cuerpos, insaciados, solicitan
sobredosis de oxígeno, tomar descanso y agua.
Yo preferí aspirar lo que veían mis ojos.

Beber de agua distinta fue el presagio.

4

BOSQUE abajo —al fondo del repecho
que procura aquel río—,
entre oasis de arbustos germinales,
vemos a una recia campesina
que colecta unos leños y aniquila sus breñas.

Maniobra la moruna como sus propias manos.

Forma tercios atados con esmero
y atesora los saldos que arrojó la tormenta
a la flora suprema del paraje.

Su trabajo es de hormiga comisaria.



Ángel José Fernández
Archivo fotográfico INBA/CNIPL

Bajo el haya desnuda y tremenda,
hace trozos de un ramo desprendido
y simula que ignora lo que somos.

5

NOS FALTABA trepar a la colina.
Subir hasta el cenit era preciso
y redoblamos, rápido, la marcha,
para ganarle al súbito aguacero.

Cortaste una cañuela de zacate silvestre
y al dármele me diste tu consejo
para no abrir el pico. La cañada,
ramplona ya de arbustos, presumía
la tala antiética y la roza,
los disturbios del hombre contra el bosque.

Grey mediocre, a distancia, las coníferas;
flor de liquen, tu boca sin mis labios,
jazmincillo menudo tu cadera;
piel sin sol derramada tu codicia,
que sólo concedió mi duelo y sus quebrantos.

Mi temeraria sed de bestia innoble
te anunciaba azucenas estelares
que duran sólo un día.
Lo demás era el bosque adivinado,
precisamente aquí, rumbo primero
del soldado invasor de la Conquista.

6

DE LAS estribaciones de la sierra,
descienden hilos de agua
que recibe la poza en el paraje.
Al desbordar el vaso,
nace y se escapa otro aprendiz de río.

Entre helechos arbóreos y entre lianas,
cae el chorro a hurtadillas. Saucos, tilos
y fresnos resbalosos atestiguan
la escena que corre a nuestros pies.

El agua, filtro, espejo de sí misma,
deja observar el alma de la tierra.
Su piel, carnosa y firme, pule el jaspe
de sus viejas edades transitorias.

Huele a barro chicloso, a humus negro,
a yerba verde, intensa y machacada,
a huella vegetal y penetrable.

7

LA EPIDERMIS austera de la roca
maciza, se ha rasgado. La potencia
del hielo de las cumbres
le taladró su sombra de alas negras
y abrió brecha en la entraña. Y golpe a golpe,
con su paciencia líquida y rotunda,
formó su propio ser a la intemperie.

Viajó redonda y ágil, agua pura,
desde lo alto hacia el rostro de la piedra
con ardor congelado, promisorio,
con música por dentro. Cadencioso
atavió de ropas invisibles
que tu boca probó mejor que nadie
del cuenco de mis manos.

Sus razones tendría para donarle,
al sabor de tus labios, la sustancia.

Agua recién brotada del abismo
que a mi sed y entusiasmo convidaste,
inauditas la paz y mi alegría;

agua que es siempre igual, siempre distinta,
ola aérea, salada, y luego simple nube,
tras la lucha en el cielo vuelta lluvia.

Y ya propicia, al trasminarse lenta
entre el surcado suelo labrantío,
ha de tornar en savia y en sabores amenos
la algarabía soberbia de sus frutos.

Me diste un sorbo del agua de tu manto
y quedé poseído.
¿Fue el antier de la nieve, el hoy del cielo
o el manantial del nunca
lo que bebió en el trago mi memoria?

El clamor del collado fue voz baja
que surgió de tu cuerpo.

8

UNA vaca-mujer que sin el crío
estropeaba el silencio del establo
por citar el ternero a sus calostros
corrompió el equilibrio en la pradera.
Bramidos, desconsuelo. Y su insistencia
no era sino aire triste de nostalgia.

Villaurrutia en seudónimo

Luis Mario Schneider

Es indudable que el seudónimo se precisa en el punto intermedio entre el nombre verídico y el anonimato. Las razones para su utilización o adopción son múltiples, vastas y sutiles, y su consolidación depende de la usanza, que puede ir desde una sola vez hasta suplantar determinantemente el acta bautismal. El seudónimo no participa de la exclusividad de los géneros, es asexual o mejor transgresor: una mujer puede travestirse de varón o viceversa, aunque lo primero era más corriente, por razones de una sociedad dominada por la ideología judaico-cristiana. Sin embargo el seudónimo con todas las otras formas de ropaje —anagrama, iniciales, etcétera— frecuente una ética que se mueve desde una conducta blanca hasta el extremo de la malicia, de la vileza, del encarnizamiento. Ciertamente porque el seudónimo es un ocultamiento, un disimulo que puede prestarse a “tirar la piedra y esconder la mano”.

México, quizás como ningún otro país latinoamericano, reúne una lista descomunal del uso de seudónimos, comprobado hace algún tiempo por el meritorio libro de María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez.

Ahora paso a la historia que me interesa. Alfredo Gómez de la Vega fue un personaje del teatro nacional cuya vida revela cierta singularidad. Después de realizar los estudios en la Escuela Preparatoria de San Ildefonso, ingresó bastante joven al servicio diplomático. Estando en Francia como secretario de la Embajada Mexicana, se le revela su vocación de actor, y a su regreso al país se vuelve uno de los mayores empresarios a finales de la década de los veinte, creando su propia compañía, actuando, dirigiendo y, a veces, traduciendo del francés las obras de su repertorio. Se hizo célebre desde su primera temporada en el Teatro Fábregas hacia 1927, y después de una gira por algunas naciones del continente, radica en 1930 en la capital mexicana, haciendo largas temporadas en el Teatro Arbeu, hasta su consagración definitiva cuando con *La verdad sospechosa* de Ruiz de Alarcón inaugura el Palacio de Bellas Artes el 26 de septiembre de 1934.

Este panorama de escalonamiento triunfal tuvo, dentro de cierto ambiente cultural, una opo-

sición crítica, mayúscula, debido fundamentalmente a la selección de las piezas y los autores que se seguían alimentando del desarrollo de una dramaturgia mediocre, de *boulevard*, de *vedetismo*. Por si ello fuera poco, se dedicaban a mofarse de la dicción recitadora e importada de un clásico españolismo, amén de ridiculizar la baja estatura de Gómez de la Vega.

Los ataques provenían de las páginas de *El Espectador* (1930), la primera revista de análisis teatral y propulsora del teatro experimental en México. Fundada por el poeta español Humberto Rivas, contaba entre sus colaboradores con Celestino y José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, Ermilo Abreu Gómez, Jorge Cuesta, etcétera, y, por supuesto, Marcial Rojas, ese seudónimo colectivo, todavía misterioso.

Antonio Acevedo Escobedo, quien realizara en 1969 una antología de *El Espectador*, nos informa de un soneto de Villaurrutia firmado con el nombre irónico de Gabriel Bocángel —el arcángel vaticinador— publicado el 17 de abril de 1930, referido a la personalidad de Alfredo Gómez de la Vega. La composición ingeniosa, inteligente, muestra a un Villaurrutia capaz de inscribirse también en la mordacidad de una poética circunstancial y anecdótica. 

Malinalco, 4 de junio de 1997

En que se aclaran las multidiversas raras dotes de un actor invisible

Érase un hombre a una peluca asido,
érase un hombre en un tacón montado,
érase que se era un afamado
actor de salto, moco y alarido.

Érase un ente megalomanido,
érase un infusorio cultivado,
érase un medio ser a quien Machado
dióle una carta y otra Diez-Canido.

Érase un mexicano arrepentido,
érase un tropo castellanizado
y luego al siciliano traducido.

Y por si fuese poco lo nombrado,
como dentro no lo hubo conseguido,
era un farsante fuera del tablado.





mé, Cézanne y Debussy fueron contemporáneos. Bien, dejo a mejores capacidades que la mía el trabajo de analizar a fondo estas constantes estéticas que generaciones después se retoman y que no me atrevo a dudar que contienen alguna clave fundamental para comprender toda

la poesía moderna. Por lo pronto, me basta con decir que este libro es un trabajo que hace evidencia del talento de un joven poeta al establecer finamente sus ascendencias y preocupaciones, al tiempo que prueba las amplias posibilidades de su voz. *LS*

amantes están servidos golosamente con *El dolorido sentir*. Campean tanto Mariana Alcoforado, Julia de Lespinasse, Betina Brentano, la del nombre callado, la del manto y la corona, Lucía Méndez, todas al fin reconocidas en la mujer "finita pero interminable", del fuero de nuestro poeta.

La revista *Estepa de Nazas* núm. 7, de Torreón, Coahuila, trae entre otros poemas dos sonetos de Fernando Martínez Sánchez. Buena factura de esta que algunos dicen cansada forma, y que su demostración contraria a modo de bandera, publica en sus primeras páginas el soneto "Una estepa del Nazas" de Manuel José Othón.

Treinta y cuatro revistas de poesía y sus directores son objeto de homenaje por los *Cuadernos de Poesía Nueva* de la Asociación Prometeo de Poesía en Madrid. Una curiosa antología con poemas de quienes son cabezas de las ediciones especializadas en España, Hispanoamérica, Estados Unidos, Israel, Francia, casi un concurso, digno de leerse. De México sólo se incluye *Blanco Móvil*. Faltan, ¿no?

La misma asociación publica su *Carta de Poesía* núm. 51 con sendos poemas de Juan Gelman, Luis Ricardo Furián, Miguel de Cervantes y José María Pemán. Lo demás son notas, noticias sobre del mundo de habla española y una entrevista rápida con Leopoldo de Luis.

"Salvadme/ que no hay luto ni descanso/ de la aurora sobre el pájaro/ blasfemado que canta",

Del libro *La salvedad*, por Ernesto Olivera. Colección Canto de Sátiro de Ediciones Arlequín.

Una buena muestra de la poesía de Jennie Ostrosky está en *Palabras olvidadas somos*. Margen de poesía, UAM. Poemas de una verdad interior, "solitario arrebatado" dice el "Canto grave".

Pura López Colomé y Rafael Vargas echaron sus recursos verbales al fuego en sus versiones de los *Poemas del hombre sombra* de Charles Hasty. Poesía explorada en los planos de "nuestra más secreta inteligencia". Edición Bilingüe. Colección Continentes.

Con su calidad de poetisa gramatical Susana Vieri lanza este mensaje en el fascículo literario núm. 26 de la Prueba de Galera Buenos Aires, Argentina, que ella dirige, "Maestro, escúchame/ cuando te ofrezco/ mis adjetivos/ Contesta, si quieres,/ al oír mi voz/ repleta de verbos".

Escritura suave, lenta, con las palabras necesarias de Eliseo Bayo, en su breve libro *...Y el ciclo era la casa*. Margen de poesía, UAM. Ejemplo: "Qué luminosa el alba del alma/ en la batalla de las sombras ganada".

Pablo Mora compromete la mecánica de la verdad de afuera en la verdad de sus poemas. Logra unas atmósferas gratas y simpaticantes con nuestro medio *vi-vendi*. Poética de modernidad. Ir al volante de su *Dirección hidráulica* es un gusto no frecuente.

Juan Pablos Editor. Ediciones Sin Nombre.

El nuevo lenguaje en la poesía da como resultado poemas de toda novedad. Versos largos, palabras fuera de uso en la poesía en boga son la nota distintiva del trabajo poético de Fernando García Álvarez como se advierte en "Visiones nómadas". Cuatro estrofas declaratorias de una condición grotesca de la vida de hoy "mientras surcamos cabalgando reptiles inéditos/ al margen de un litoral plagado de visiones nómadas/ como racimos australes de sombras humeantes". Sábado, *Unomásuno*, núm. 1057.

La colección *El Jején Africano*, editada por el Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa y la Fundación Cultural Navachiste, aparece con cuatro títulos *Rama de cóleras* de Raúl Renán, *Relámpago nocturno* de Carlos López, *Flores y relámpagos* de Rubén Rivera (Premio Interamericano de Poesía Navachiste 1997, Jóvenes Creadores) y *Por las esquinas de tu agua* de José Solórzano, mención de honor de dicho premio.

Del poeta y traductor Miguel Ángel Flores son los poemas "Paul Eluard, i. m." y "Monumento" publicados en *La Cultura en México de Siempre!* La eluardiana mirada por una mujer perfecta y la visión de los sentidos en tono personal. Verso libre perfectamente medido.

Poco difundido en castellano el poeta catalán Josep Ramón Bach, su poema "El pájaro imperfecto" aparece traducido en *Aérea*, revis-

ta hispanoamericana de poesía editada en Chile. Poesía versicular a la manera del renglón árabe. Podría llamarse *El libro de los pájaros*, porque en él surcan todas las alas en todos los vuelos, según los poetas árabes.

No obstante su prosa juguetona, *Rayuela* y demás, Julio Cortázar dejó poesía cercana dentro y fuera de su obra con el mismo tenor. Por ejemplo cuando dice: Qué familia, hermano./ Ni un abuelo comodoro, ni una carga/ de caballería/ nada, ni un cura ilustre, un chorro,/ nadie en los nombres de las calles./ nadie en las estampillas/ minga de rango/ minga de abolengo,/ nadie por quién ponerse melancólico... Y como ésta más y más poesía en 16 páginas de la antes dicha revista *Aérea* de Chile, núm. 1.

Hay más en la publicación chilena, una sección dedicada a nueva poesía de Eduardo Espina, el vanguardista que la crítica ha señalado como "una poderosa máquina de sentidos que libera el lenguaje de su utilitarismo y su inmediatez"; poesía augural. "Es —dijo el poeta-crítico, Eduardo Milán, también de Uruguay como Espina— el gesto de apertura de una de las voces más subversivas de la joven poesía hispanoamericana." Los poemas

que publica *Aérea* son excelentes modelos de este trabajo que asume la forma medida de la columna editorial.

Algo pocas veces visto, en otra de las exposiciones de la tres veces citada revista *Aérea*, es la lírica croata en la letra traducida de Drazo Stambuk. Como otros célebres ejemplos este autor es además médico y su poesía desborda el paisaje interior del alma croata en el exterior martirizado por las armas del odio y la destrucción. Poemas con "la dolorosa belleza de la historia y el tiempo".

Amado Nervo, el poeta de los "Rondós vagos" de quien los nayaritas cantan a coro su poema "En paz", lo hicieron religiosamente frente a su túmulo en la Rotonda de los Hombres Ilustres en un homenaje rendido a su memoria.

Acercarse a los poetas israelíes modernos es de sumo interés por su tono personal. De Jay Shir y de Seymour Mayne reproducen, traducidos del castellano por Esther Solay-Levy, poemas en la excelente revista de artes y letras de Israel Ariel, núm. 103 (agosto 1997) editada en Jerusalem.

Después de su publicación en *Preludios* (1903), *Occidente* de Guadalajara (1945), en *Rueca* (1945) y en *Vuelta* (1988), y en las Obras de Enrique González Martínez, tomo 2, editada por el Colegio Nacional, "El cuervo", poema célebre de Edgar Poe, traducción de E. G. M., vuelve a aparecer, en una magnífica edición intensa, basada en la primera versión de 1892 y la quinta de E. G. M., de 1945. La edición está enriquecida con el soneto "La tumba de Edgar Allan Poe" de Stéphan Mallarmé; la presentación, "Génesis de un poema", escrito por Charles Baudelaire, a su traducción de "El cuervo" al francés y la "Filosofía de la composición" de Poe, traducida por Salvador Elizondo, quien junto con Víctor Manuel Mendiola se hizo cargo de la edición.

La colosal colección La Hoja Murmurante, dirigida por Héctor Sumano Magadán, acaba de lanzar su título número 302. Son notables los poemarios: *El país de los pájaros azules* de Marisa Trejo Sirvent, *Descorazonamiento y fatiga* de Armando Alanís Pulido, *Lilith* de Yolanda Gómez Fuentes, *Corazón roto* de Citlali Ferrer, *Jardín de las sombras* de Salomón Villaseñor Martínez, *El verano y las islas* de Thelma Nava, *Vado ancho* de Carlos López y *Cenizas de ausencia* de Silvia Núñez Pérez. 

Margarito Cuéllar

1. Todo cabe en una alforja...

Por lo menos sí tiene calidad. Hablo de *Alforja*, revista de poesía. Los números que tengo a la mano son los correspondientes a verano y otoño del 97. Buena cosecha, buen sabor de boca deja el vino de esta revista, única en su género en México. *Alforja* es dirigida por José Vicente Anaya y Jorge González de León y es editada por José Ángel Leyva. Como todo lo que suele hacer José Vicente Anaya (Coronado, Chihuahua, 1947), *Alforja* tiene un sello contestatario en cierta manera y con tendencias a ir más allá de las capillas y de las catedrales de poetas. *Alforja* es algo más: un homenaje a la poesía y a los poetas del mundo, pero también a los artistas gráficos.

En el número correspondiente a verano del 97 se incluye un pequeño ensayo sobre el poeta neoconcretista brasileño Ferreira Gullar, así como algunos poemas. El ensayo "La sonrisa del gato", de Agustí Bartra, centellea desde las páginas de *Alforja*. Como lo ha hecho con la poesía *beat*, con la de Concha Urquiza, la de Charles Bukowski y la poesía japonesa, José Vicente Anaya nos entrega una nota sobre el poeta persa Hafiz, así como cinco poemas de este cantor de la ebriedad y los placeres del buen vino. Carlos William y Allen Ginsberg, entre otros autores, son parte del extenso contenido de este morral de versos y temas alusivos a la poesía.

El número de otoño inicia con una traducción de "Miércoles de ceniza" de Thomas Sterns Eliot, textos de Martha Madrigal, Lanza del Vasto, Margarita León, Mario Uribe y Antonia Robles Aragón.

2. Un pompeyano en Monterrey

Pompeyanos es el título que Genaro Huacal recién publicó en la colección Los Cincuenta, como parte de diez nuevos títulos coeditados por la Coordinación Nacional de Descentralización y la Universidad Autónoma de Nuevo León. Genaro Huacal, originario de Sihochac, Campeche (1957), pero avecindado

en Nuevo León desde hace más de 15 años, reúne aquí parte de su obra anterior: *Bahía de la mala pelea*, *Duendecitollos mayas* y *Noctambulario*.

Como siempre, Huacal entrega al lector pequeños textos cargados de ironía y soledad, de reflexión y mordacidad. Desde cuatro apartados: "Sin nombre sin patrón y sin bandera", "Entre sábanas blancas y cantos gregorianos", "Triada linarense" y "Constancia del jimador", Huacal traza una cartografía de lugares, seres queridos, instantes, rondas etílicas, calles que trazan un puente entre su tierra de origen y el suelo que ahora habita. Cito esta cornucopia:

Florecieron en mi cuarto las caguamas con furor contumaz y algarabía. / Los rincones cayeron a su paso sin poder creer, anonadados. / Empezaron a subir por las paredes, por las cuatro cardinales del espacio. / Amenazando teñir... el horizonte con el ámbar de sólito campeo. / Cada día un poco más del paraíso reverbera en los tecates a lo lejos / el hermoso calor de mi basura. / Amenazando teñir el horizonte con el ámbar / de sólito campeo.

3. Aguamala y otros poemas

Es el título más reciente de la poetisa tamaulipeca Gloria Gómez (Tampico, 1950), *Aguamala y otros poemas* que edifica en un solo apartado, en defensa de algunas especies que amenazan con no extinguirse, una casa de luz para la poesía con títulos en los que el agua es el móvil de los títulos. Cito algunos: Agua bendita, Agua de lujo, Agua María, Vía de agua, Agua móvil, Aguacero, Agua firme, Aguarraz, Aguaje, Aguallumbre, escrito en el agua, aguamuerte.

El tono que permea en esta obra de Gloria Gómez, poetisa de la vieja guardia de Tampico, es un poco desencantado, pero lleno de matices en los que el recuerdo se convierte en la crónica de un instante que ilumina o deja cicatrices. En otros libros de esta singular autora se daba indicios de

Incunable de Mariana Bernárdez

Angelina Muñiz-Huberman

Incunable, el más reciente poemario de Mariana Bernárdez, revive la especie perdida del libro en su brevedad del nacimiento. Del libro envuelto en paños del origen. Del libro de magia, de mitos del amor, de certeras existencias de rosas, pegasos, minotauros.

Breve historia de un laberinto que enarbola la rosa como su rastro seguro. Mas la rosa desconoce. La rosa ignora. No se sabe centro. Sólo queda la conversión:

Lo que no supo la rosa
es que era un laberinto
y su sangre
río

La conversión y el incunable como el límite no traspasado. La precisa definición entre lo que es y lo que no es. Lo que fue y lo recientemente adquirido. El amor que se atrapa en un espacio —en un vacío— y el amor que vuela inatrapable. Es la restringida palabra que en sí todo lo anuncia.

Rosa
Minotauro
Pegaso:

Gotas en un sueño de humo.

Runa, palabra que repite Mariana Bernárdez. *Runa* como signo de antiguo idioma, rasgo, misterio, secreto. *Entre runas* aparece Pegaso, dador de la poesía:

Era tan blanco
tan perfecto
en su blancura
parecía palomo en celo
picoteando la tierra

Frente al misterio otra palabra —también misterio, no por única sino por múltiple— que se repite: *parir*. Y el imposible deseo:

¿Quién parirá un pegaso
de las paredes
blancas?

La rosa reaparece, al lado de Pegaso, *llena de rumor* pero ignorándolo. Una rosa mística en perfecta humildad, olvidada en su sopor. Rojo y blanco se contraponen.

La rosa al lado del Minotauro se desdice en la lucha entre materia y espíritu. Las fuerzas oscuras son expuestas y, esta vez, la rosa enseña el camino de la redención. En el imposible —e incunable, por origen y original— diálogo entre la rosa y el Minotauro se borda la pasión del conocimiento y se establecen los límites del amor.

La poesía se acerca al entorno filosófico. La separación aspira a la amorosa re-unión platónica. ¿Podrá consumarse el alquímico matrimonio entre la rosa y el Minotauro? Por lo pronto, su manera de dialogar es un paso hacia la comprensión última. Reminiscencias de María Zambrano —tan cara a Mariana Bernárdez— pavimentan deslizadas ideas del vacío, la nada y el infero.

San Juan de la Cruz se refleja fugazmente, pleno de intensidad: *Mi Amado las montañas*. El entramado de la luz del conocimiento hace posible la creación de la rosa. La rosa es capaz de domeñar al Minotauro sin necesidad del triunfo de la muerte.

Por fin, el infero adquiere su rasgo positivo, aunque devastador:

El infero es el alma
cuando se da cuenta de que hay
un solo absoluto: la nada

Si *los caminos del dédalo/ se pierden en el aire*, es plena la redención del Minotauro: su precio puede ser veintisiete perlas rescatadas del Oriente. Su despertar, perdida ya la forma animal, es la metamorfosis del espíritu y su lucha contra Pegaso no ha sido en vano. El triunfo es el de la rosa. Quizá *no existe el laberinto*.

La versión del mito propuesta por Mariana Bernárdez es de una extraordinaria lucidez, de una arriesgada concepción y siempre dentro de los límites del acaecer poético. Estamos ante un poemario que verdaderamente hace honor a su título. Que se propone como una lectura para iniciados y que abre una nueva senda plena de sutiles derivaciones hacia la palabra iluminada. 

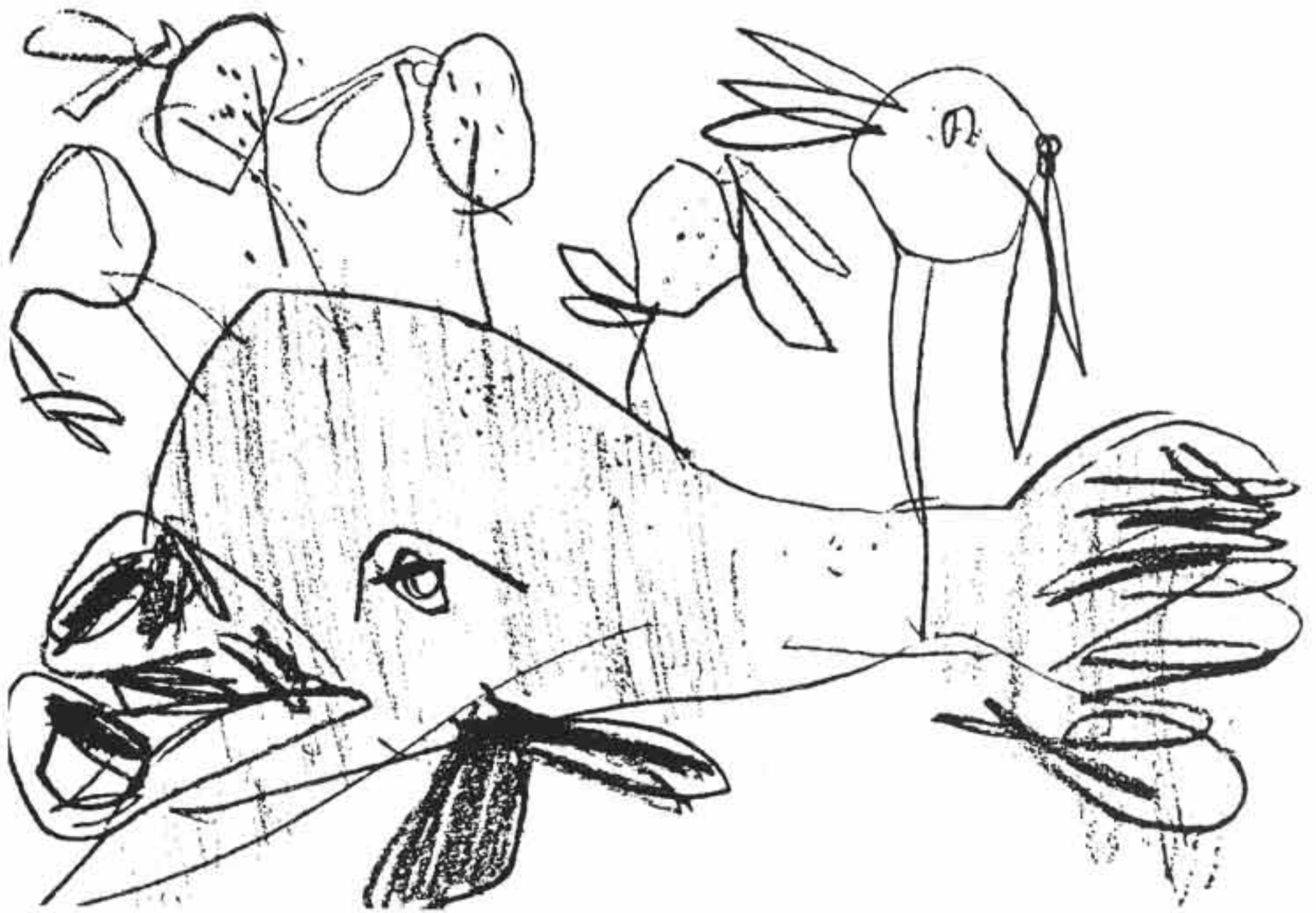
Mariana Bernárdez, *Incunable*, UAM, Molinos de viento 103, serie Poesía, México, 1996. 82 pp.

el significado sino sentirse viviente en la ruptura. Los rompimientos definen, así, "el lugar sin lugar". Es la utopía misma, contemplada en su evidencia móvil, impulsiva. Porque "toda grafía es arrebatada por su propio impulso". Ese trazar impulsivo conduce a la purificación del sentido; es el olvido de lo que

se ve. Lo fragmentado se "re-agrega" y nos da en qué pensar. Nos ofrece otro mundo, "una nueva multiplicidad" que rechaza tanto lo visto como el sentido de lo visto. Michaux postula un desarreglo por el cual todo aprendizaje y toda realidad aprendida se humillen y sometan a algo que considera más real: el rechazo, el

rompimiento, el alucinante dejar de ser. Estamos, nos dice, "aspirando a una mayor transrealidad en la cual vivir siempre". 

Henri Michaux, *Emergencias-resurgencias*, UNAM, Col. Poemas y Ensayos, México, 1996.



Mascarón de prosa

Eduardo Cerecedo

Quien conoce la producción poética de Francisco Hernández sabrá que no es la primera vez en que el poeta incursiona en la prosa, ya que desde *Mar de fondo* (1982) ha participado con esa fuente del lenguaje que le permite jugar con la elasticidad y la flexibilidad de las palabras hasta lograr su objetivo. Y si nos vamos un poco atrás, es decir, en "Gritar es cosa de mudos", poema escrito bajo los límites del verso y, escrito también bajo los auspicios de la prosa, dos juegos para decirnos su malestar, dos fuerzas poéticas dominadas por y con las palabras, no sé si justas, pero sí bien templadas por el arco del lenguaje y la flecha desgarradora de imágenes; apropiadas al estado de ánimo del poeta.

Mascarón de prosa es el viaje en el que Francisco Hernández prepara su itinerario espiritual y emprende el vuelo ¿Hacia dónde? se preguntará el lector, pues hasta donde él desee internar a su autor en turno, pero no obstante al género que empleará el poeta, *Mascarón de prosa* inicia con un soneto, base en la que Hernández emprende el viaje hacia los suyos, hacia él, su interior y su memoria.

El título del libro más reciente del poeta veracruzano no tiene nada que ver con las máscaras, a mi juicio, dado que es un juego con los sonidos y la imagen del que llega o del que

emprende su salida hacia el lugar fijado con anterioridad. El punto de arranque es el soneto de corte erótico, soneto que tiene la esencia de lo clásico, como los de Quevedo, para después tratar el lenguaje con rigor, ejemplo de ello son los poemas dedicados a Günther Gerzso, poemas con rimas consonantes y compuestos por cinco versos alejandrinos, la temática se centra en la variedad de la naturaleza. Va desde la mujer a las grandes ciudades, que toma como abrevadero el pincel del pintor Gerzso. En "Cinco cartas urgentes a Bélgica Cisneros" es el despliegue de imágenes que surcan el presente y pasado del poeta, momentos que desea que sus amigos tengan esa vivencia, que la mujer entienda lo maravilloso de la vida, la entrega amorosa, la pasión que se desborda por los cinco sentidos del hombre, teniendo como blanco a la carne de la hembra, perfume que lo levanta de su cotidianidad, para saberse inmortal.

En "Dieciocho textos cosidos, con aguja de marear, a un mascarón de prosa" está la habilidad de Francisco Hernández para deslumbrar al lector, entregándole —en forma de relato, crónica, testimonio— dotaciones de poesía, "Pan de los elegidos, carne maldita..." Envíos que no son sólo ráfagas o pequeñas muestras, no, son el cuerpo y la

sangre por cuyas venas se ha filtrado el espíritu de la luz, espíritu que mueve las palabras para darles la temperatura necesaria, el brillo de la imagen es el resultado de ese tratamiento, búsqueda al centro de los cuerpos en reposo o cuerpos en movimiento.

La presencia de sus amigos, es decir, los maestros del poeta que han dejado huella en su vida, hoy los rememora para convivir con ellos su avance poético. "Los doce signos del zodiaco" son el resultado de la prosa por la poesía que tiene su nacimiento en los grabados de Artemio Rodríguez, el poeta recrea la atmósfera dando origen a un nacimiento en la hoja en blanco: bestiario celeste fraguado en la palabra de Francisco Hernández.

De esta manera *Mascarón de prosa* es el mar que da vida a su propio faro, el observador del silencio en su propia mirada, cuerpo que es azotado no por la brisa del mar para robustecerlo, sino por la fuerza de la palabra libre de asonancias en que se forja el lenguaje de Francisco Hernández. Lenguaje que es su mascarón en el que vive y revive con la poesía. ✍

Francisco Hernández, *Mascarón de prosa*, CNCA, Col. Práctica Mortal. Dirección General de Publicaciones, México, 1997, 196 pp.



sigue de la contraportada

Aníbal Angulo

Retorno

Mascullada en las colas de un cine,
en el asfalto maloliente,
la mirada busca el mar.
Desde el periférico,
el techo de palma es más fresco,
la cerveza más fría.

Al regreso, caminar sobre la orilla de un riesgo,
escondidos bajo el sargazo
acechan pulpos y aguamalas.
Sus largos brazos untados a las rocas
—inmóviles—
los han hecho rencorosos.
Recuerdan,
te recuerdan y no perdonan.

Al regreso,
la casa ya no es tan grande,
la ventana tiene otro paisaje,
los gatos murieron de hambre.
Sólo
el cementerio no ha crecido.

2

El azar calculado, que André Breton descubrió
como la fórmula que hace del artista un mago
que delira con los ojos abiertos, es uno de los
métodos que Aníbal utiliza en sus exploracio-
nes peninsulares. El mar ha traído a la orilla
ramas de palofierro, palo amarillo, mangle y
brasil, maderas utilizadas por los seris para
custodiar el ánima de las criaturas circundantes
y convertir un trozo de madera en pelícano
o ballena, en delfín o cacto.

"*Suiseki* es en Japón el arte de contemplar
las piedras", dice Aníbal mientras me entrega
—reverencial y sobrio, sacerdote y camarada—
la piedra que elige entre varias otras enterradas
en la arena de la punta Cerritos, uno de los en-
claves iniciáticos donde Aníbal hace varias ve-
ces la primera comunión de la mirada. La
piedra parece una ballena. Al moverla y mirarla
y al escuchar a Aníbal hablar de la veneración
oriental hacia los minerales, se descubre la li-
mitación de la palabra *como*. La piedra *es* una
ballena y la ballena una metáfora absoluta. Al
fondo, sin que aparezca la majestad serena de
sus chorros, el mar es un camino de ballenas,

la ruta por donde han pasado y seguirán pa-
sando con la misma ceremonia con que las vio
el poeta o el pintor anónimo que supo registrar
por vez primera grandeza semejante.

Con esa entrega al mar, supremo escultor
de hechicerías, Aníbal observa las formas de la
madera, sus nudos y torceduras, sus voces
ocultas. Aquí el mar decidió esculpir una
mano; en ese palo amarillo, las olas labraron
un torso femenino; un pájaro disperso quedó
para siempre en esa rama. Aníbal recoge, ob-
serva, traduce. Bautiza las cosas y les otorga su
categoría de seres de creación.

3

En Playa Cerritos, Aníbal Angulo contempla el
mar. En el nervioso y seguro carbón conduci-
do por su mano, aguas y piedras se encrespan
al unísono, pero exigen su respectiva represen-
tación en el papel. Un retrato realista del mar
se va transformando, afinando, desnudando,
como en los cuadros de Piet Mondrian, hasta
llegar a su más pura geometría, hasta que eri-
zos y caracoles, esponjas y acantilados descu-
bren su condición primaria. No basta el carbón.
Hay que enfrentar el color que inunda la mira-
da y devolverlo en fragmentos de eternidad.

Para que el Sol no nos ofenda, hay que
saber gritar más alto que su brillo, hay que ser
más insolente que su grito. Felipe Garrido des-
cubrió esa secreta comunión: "Lo que Aníbal
ha pintado una y otra vez, incansable, ha sido
la luz. Pintor de la luz, todo lo demás se le ha
ido volviendo superfluo, deleznable, prescindible.
Y ahora solamente la luz llena sus cuadros
y uno debiera verlos protegido con los lentes
oscuros, o al menos, haciéndose visera con la
mano, previsoramente, por si en el último
momento llega a hacer falta —¿quién puede
saberlo?— salvar, en el desigual encuentro, la
dicha de mirar sus telas, de mirar en ellas el
estallido de la luz".

4

La morada es el alma del artista. A unos cuan-
tos kilómetros de La Paz, espera San Pedro,
donde se halla la casa de los mayores Angulo.
Arisco y austero, audaz y multicromático, el de-
sierto proporciona sus materias originales.

Todo debe servir, ofrecer su humilde origen para ser parte del hombre. Una gran cardona es el palo mayor de la veranda. La puerta es custodiada por una ballena tallada por Aníbal. Un horno, fiel heredero de los antiguos, sirve al mismo tiempo para cocer una cabeza de res que para templar una pieza de cerámica. La damiana, de flores amarillas y olor profundo, de secretos poderes afrodisíacos, ha sido uno de los mayores desafíos. Tras varios intentos, Aníbal obtiene el fruto preciado: un licor de Damiana que bautiza Scammon, en honor al capitán ballenero Charles Melville Scammon, ese depredador del siglo XIX que causó la muerte de casi todas las ballenas grises de Baja California y que, como un tributo de arrepentimiento y homenaje al dios de los mamíferos marinos, escribió uno de los mayores tratados sobre el leviatán: *The North American Marine Mammals*

5

En Punta Lobos, pelícanos, gaviotas y buitres marinos se arraciman sobre las vísceras de las criaturas vencidas por los pescadores que los destazan, ceremoniosos y rituales. Aníbal pide una gran lonja del lomo de un marlín, para vengar simbólicamente la derrota del viejo pescador de Hemingway, y tratar de entender otro de los cotidianos e indescifrables misterios de nuestro estar aquí. El poeta Eduardo Langagne narró épicamente aquel instante en que Aníbal Angulo luchó con un marlín para traerlo a tierra, para hacerlo parte de nosotros, sin otro pretexto que la lucha. Aníbal saca un marlín con la misma exigencia que se impone al mirar pausadamente a los pelícanos, registrar su vuelo rasante, su humorismo involuntario,

su sacrificio ignorado. Por eso sabe de qué habla cuando traza su "Lección de dibujo para un poeta adolescente":

Los tiburones son muy rápidos,
difíciles de dibujar.
Si no se parecen,
atacan.

Las mantas y las rayas,
más mansas,
no se enojan
si les ponen
lomos con tinta china.

Las canoas
—con vela y botavara
sobre fondo azul—
pescan dorados
con anzuelo de color
y carnadas de crayón.
La trinquetilla
se deja en blanco.

Neblina,
olas encrespadas
rompiendo sobre la costa.
Al fondo,
nubes de chubasco.
Ponga en la paleta
todo el cerúleo del tubo,
azul de prusia, ultramar, turquesa,
verde olivo y siena tostada
pa' las rocas.

Ahora diga:
"Picasso nuestro que estás
en los cielos..."



Aníbal Angulo

Iluminaciones

1

El deslumbramiento es la peor enfermedad y el riesgo mayor del hijo pródigo. Reeducar la mirada. Volver al paisaje que nos formó —sin saberlo— en la inocencia, y traducirlo con las armas de la experiencia, es un viaje feroz e irreverente hacia la infancia. Aníbal Angulo ha vuelto a casa, tras haber mirado, tocado y descifrado el otro lado del mundo, lo mismo en la interminable geografía femenina que en las piedras de los lugares sagrados que le ofrecieron sus luces y sus sombras. Ha vuelto



a Finisterre, esa península alguna vez imaginada como isla. Ha vuelto a La Paz, donde pájaros y piedras lo esperan para contarle historias, para escuchar la voz que les debía.

Aníbal Angulo empuña sus herramientas como si por primera vez las conociera. Inédita es la lente de la cámara fotográfica; virgen, la paleta; aprendiz, el lápiz, porque el paisaje que nutrió la infancia está exigiendo formas adánicas de mirarlo. Todo retorno es maléfico, descubrió el jerezano al volver a la mansión de sus fantasmas, con *la mutilación de la metralla*. Para exorcizar verdaderamente a los fantasmas es preciso exigir las plenas potencias del aguafuerte, el óleo, el carbón, las gubias, la plata y la gelatina. Pero hace falta, además, acudir a medios de expresión que no han sido los habituales. Exigir a las palabras que rindan testimonio de este reencuentro entre un hombre y su querencia.

Vicente Quirarte

Sigue en la página 132

